

Claudio de la Torre

En la vida del señor Alegre

Claudio de la Torre

BIBLIOTECA BASICA CANARIA

26

EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE

Edición de Jorge Rodríguez Padrón



Biblioteca Básica Canaria

Director

Juan Manuel García Ramos

Consejo asesor

María Rosa Alonso

Juan Jesús Armas Marcelo

Joaquín Artiles

Luis León Barreto

Sebastián de la Nuez

Pablo Quintana

Jorge Rodríguez Padrón

Lázaro Santana

Maximiano Trapero

Comisión técnica

Coordinación:

Maximiano Trapero

Corrección:

Juan Antonio Martínez de la Fe

Diseño:

Juan Francisco Alamo

Producción:

Carlos Gaviño de Franchy

Secretaría:

Bernardo Chevilly

Mireya Jiménez Jaén

Claudio de la Torre

EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE

Premio del Concurso Nacional de Literatura
1923-1924

Islas Canarias
1989

© Para la introducción **Jorge Rodríguez Padrón**

©  Viceconsejería de Cultura y Deportes.
Gobierno de Canarias

ISBN: 84-87137-06-7

Depósito Legal: M. 9.681-1989

Fotomecánica e impresión:

MARIAR, S. A. - Tomás Bretón, 51 - 28045 Madrid

To Muriel Alexander

INDICE

	<u>Págs.</u>
INTRODUCCION	11
1. ENSAYO PARA UNA BIOGRAFIA	11
Hasta 1918	11
Madrid, circa 1927	14
Y a partir de 1940, el teatro	19
2. EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE	26
Algunos puntos de referencia	26
Una exploración por la memoria	28
La elección del narrador	30
La construcción del personaje	32
El espacio y su significación	36
Una opción de lenguaje	38
Tres principios para un final	40
PRIMERA PARTE	
Abril y Mayo	47
SEGUNDA PARTE	
La relación de Alvaro Cubas	131

INTRODUCCION

1. ENSAYO PARA UNA BIOGRAFIA

Hasta 1918

En diversas ocasiones me he referido al alumbramiento de una literatura canaria, con caracteres perfectamente definidos y que aporta determinados rasgos diferenciadores al conjunto de la literatura escrita en lengua castellana. Y he subrayado, bien con metódica insistencia, bien con énfasis casi pasional, que tal comienzo coincide con el despertar de una conciencia de insularidad en tanto que espacio abierto y concurrente, donde —sin traumas ni recelos— se acepta la novedad o la aventura de lo posible, y donde —por idéntica razón— se origina una voz plural y unánime en la cual se contemplan y dialogan entre sí (unas veces con entusiasmo, otras con asombro) las voces inaugurales de la modernidad, precisamente en el reducido segmento cronológico que va desde 1893 (última epidemia de cólera, en Tenerife) a 1918 (final de la primera guerra europea). Una etapa muy corta, pero extremadamente rica, en lo económico y en lo cultural, para la historia de Canarias.

Se descubre entonces, como digo, el carácter de la insularidad como frontera y como incógnita (final y principio), tanto por la evidencia geográfica como por las limitaciones del progreso, que todavía planteaban grandes dificultades a las comunicaciones entre el Archipiélago y los continentes, próximos o lejanos; y sobre todo, por la ceguera política

con que desde Madrid, y a pesar del desastre colonial de 1898, se seguían observando la realidad y los problemas del archipiélago. Una conciencia de insularidad que obliga a generar unos mecanismos autónomos de —digamos— supervivencia cultural y de afirmación histórica, puestos en marcha por una clase económicamente fuerte, pero atenta, al mismo tiempo, a las corrientes culturales más renovadoras: una burguesía emergente que no sólo impulsó las relaciones comerciales con otros países, y de manera muy especial con el Reino Unido, facilitando de esa forma el tránsito y las comunicaciones entre las islas y Europa, sino que permitió el florecimiento de una vida intelectual y artística que ella misma iba a protagonizar y apoyar con absoluta decisión.

Pues bien, en 1895 y en el seno de una de esas familias acomodadas y de gran sensibilidad hacia los temas intelectuales y artísticos, nace, en Las Palmas, Claudio de la Torre Millares, un escritor cuya trayectoria estará siempre ligada a ese origen y condicionada por él, pues el escritor se manifiesta explícitamente fiel a esas circunstancias: haber nacido en la frontera del mundo contemporáneo, haberse formado en un concepto liberal y cosmopolita de la cultura, y resistente a toda limitación empequeñecedora y provinciana... Educado en el Colegio de San Agustín, donde se formó la mayor parte de las personalidades de la cultura grancanaria de fin de siglo, Claudio de la Torre concluirá (hacia 1912) sus estudios en el Brighton College, en Inglaterra, para iniciar inmediatamente su carrera en la School of Practical Engineering de Upper Norwood. No obstante, el comienzo de la guerra lo obliga a regresar a España. Pero no a las islas. En la Universidad de Sevilla estudiará Derecho, licenciándose en 1920. Por esos años de su regreso forzado a España (1917-1919) comienza a publicar, primero en los diarios grancanarios *La Crónica* y *Ecos* (una aventura periodística y literaria, esta última, muy corta pero muy intensa, que adquiere especial significación durante el tiempo en que *Alonso Quesada* dirige el periódico), donde su firma

se oculta todavía tras el nombre de Néstor de la Torre, que pronto abandonará para no coincidir con el de su primo, el pintor modernista. Son apenas unos primeros escauceos poéticos que tendrán acogida también en la revista tinerfeña *Castalia*, dirigida por Luis Rodríguez Figueroa.

Más que el valor o la frecuencia de estas primeras aportaciones literarias, lo que importa destacar es que Claudio de la Torre se vincula de esa forma, en sus juveniles comienzos, a la llamada generación de intelectuales canarios, atenta al quehacer más renovador (acogen en sus publicaciones más de una colaboración de este signo) que en la literatura representan entonces el vigor modernista de Darío, Santos Chocano, Nervo o Lugones, la escritura inaugural de Juan Ramón Jiménez, Machado o Unamuno, la atrevida prosa de Pérez de Ayala o Gabriel Miró y la agudeza crítica de Enrique Díez-Canedo. O que buscan, en los portugueses Teixeira de Pascoães y Guerra Junqueiro, en el francés Jules Romains o en el belga Maeterlinck, el justo paralelo a su deseo de novedad y fundación. Era un grupo de escritores que entendió, con meridiana claridad, que sólo a través de un diálogo espejeante entre los diversos extremos de una común opción cultural sería posible afirmar su protagonismo y su identidad.

Pronto estará Claudio de la Torre en Madrid, y visitará con frecuencia a un Galdós anciano, pero todavía ilusionado con sus creaciones literarias. Un encuentro significativo por cuanto, para ambos, lo insular no estaba reñido con la dimensión universal de la obra; antes bien, será esa marca de la insularidad, y el peculiar acento que imprimen a su lengua literaria, lo que singularice la personalidad del uno y del otro, en sus respectivas opciones literarias. En 1918, nuestro escritor pasa el verano en Las Palmas. Ha publicado ya su primer libro, un poemario titulado *El canto diverso* (Imprenta Clásica. Madrid, 1918), con prólogo de Enrique Díez-Canedo; y en el Museo Canario —según testimonio de Juan Rodríguez Doreste— leerá, el 23 de agosto, una selección de los poemas que componen *Las monedas de*

cobre, el libro de Saulo Torón que publicaría aquella misma editorial madrileña, al año siguiente. Mantiene también estrechos contactos con los miembros y actividades de la Escuela Luján Pérez, fruto de los cuales serán los dos artículos que sobre esa institución artística grancanaria publicará en el diario *Ecos*, en enero de 1919, con el título de "Una casa, un jardín". En ese mismo mes y año, lee su pieza teatral *Espigas* (al parecer, título inicial del cuento dramático "Ruinas", incluido posteriormente en su primer libro de relatos), también en el Museo Canario.

Madrid, circa 1927

El interés por la poesía se redujo, al parecer, a los años iniciales de su obra. Los poemas contenidos en *El canto diverso* nos conducen al intimismo cultivado por los poetas insulares del momento, libres en la forma e interesados por los temas cotidianos, pero que ya empiezan a asumir los primeros riesgos de una irracionalidad prevanguardista, que seguirán presentes —e incluso acentuados— en los poemas que publica poco después, cuando, vuelto a Madrid, inicie sus colaboraciones en acreditadas revistas como *España* (dirigida por Ortega y Gasset), *La Pluma* (dirigida por Manuel Azaña) o *La Gaceta Literaria* (dirigida por E. Giménez Caballero); en diarios de tan significativa influencia como *El Sol*, en Madrid, y hasta en la revista murciana *Verso y Prosa*, de Juan Guerrero Ruiz. En algunos de ellos, como en la revista *España*, ya colaboraba desde 1916. En 1920 aparecen, sin embargo, sus primeros cuentos ("El molino", publicado en *El Liberal*, de Las Palmas, y el volumen *La huella perdida*, en la editorial Caro Raggio, de Madrid). Debe tener concluida ya su primera obra teatral, *El viajero*, primera ruptura también con el teatro español habitual por esos años: ajena al realismo costumbrista imperante y muy próxima al simbolismo teatral europeo de Maeterlinck. No obstante, la vinculación temática del drama y el sentido de su lenguaje no pueden negar su indiscutible origen insular,

ni sus sorprendentes concomitancias con *Llanura* (1919), una de las piezas capitales de *Alonso Quesada* (1).

Tras una nueva estancia en Inglaterra, donde trabaja como lector de español en la Universidad de Cambridge (1921), y hacia 1924, se encuentra de nuevo en Madrid. Siguiendo la dirección emprendida años antes, desemboca en la *Revista de Occidente*, como colaborador y como partícipe de aquella generación de narradores empeñada en la renovación de la prosa literaria española, encaminándola "en dos direcciones —lirismo e intelectualismo— de las que casi todos sus miembros participan (...), encabezada por las teorías orteguianas y presidida por Benjamín Jarnés", como precisa Eugenio de Nora. Una renovación de la prosa a partir de la incorporación a la misma de la incertidumbre y las sugerencias propias del lenguaje poético, dejándose arrastrar por el vértigo y la perplejidad de la memoria, antes que limitándose a servir a la dudosa evidencia de la realidad inmediata. También (y ello nos importa especialmente en el caso de Claudio de la Torre) demostraban su voluntad por integrar la creación narrativa española en los rumbos del pensamiento universal de entreguerras, suscitando el conflicto central que allí anidaba: la circulación fronteriza de la literatura entre nacionalismo y cosmopolitismo, entre la pasión por la pureza del arte y la confianza en los principios del reformismo burgués, entre la erudición

(1) El argumento de *El viajero* es como sigue: un joven se lanzó un día al agua para bañarse y desapareció. Ocurría esto en Las Palmas y en una peña que era conocida como la Peña del Estudiante. El cadáver no apareció jamás. Y en el hogar atribulado se creó la esperanza de que algún día el muchacho reaparecería. Alguna lancha podría haberlo salvado (...). Los espectadores no llegan a saber si un personaje hermético que figura en el texto es o no es el desaparecido. Pero en la pieza late continuamente la esperanza del regreso, "resucitado" en el espíritu de un personaje misterioso que nos deja aterrados cuando a una pregunta que le hacen sobre su lugar de procedencia, se limita a contestar: "Quise regresar antes, pero no pude hacerlo". Y cae repentinamente muerto ¿por segunda vez? Está presente el médico y el médico duda.

elitista y la espontaneidad creadora. El joven escritor canario se identificó sin el menor esfuerzo con un proyecto así, tan afín a los perfiles básicos de su personalidad humana e intelectual, y al ambiente literario insular del que tan activamente había participado.

Vinculado al grupo de la *Revista de Occidente* vive Claudio de la Torre sus primeras aventuras literarias en Madrid y, con otros jóvenes poetas de entonces (Dámaso Alonso, Pedro Salinas, Jorge Guillén, Muñoz Rojas...) forma el grupo de redactores de la efímera revista *Cuatro Vientos*. Traba amistad con Rafael Alberti (que inmediatamente reconoce la afinidad atlántica que los une ante la vida y la literatura), a quien insta para que presente su *Marinero en tierra* al Premio Nacional de Literatura que el propio Claudio había obtenido con su primera novela, *En la vida del Señor Alegre*. *El viajero*, aquella primera pieza teatral, había inaugurado años antes (agosto de 1917) el Teatro Mínimo que, en el domicilio familiar grancanario del Paseo de las Canteras, alentaba y dirigía su hermana, la escritora y actriz Josefina de la Torre; y posteriormente, hacia 1920, sería representada en "El Mirlo Blanco", el teatro de cámara de la familia Baroja, dirigido por Carmen Monné. En 1926 ya tiene escrita y estrenada una nueva obra teatral, *Un héroe contemporáneo*.

Atraído ya por la pasión del teatro concluye un nuevo drama, para el que Salvador Dalí le hace los bocetos del decorado; un drama tan extraño, para los tiempos que corren, como aquél de 1917. Y se atreve entonces (1928) a enviar su obra a París, con el "insano pensamiento" de que fuese aceptada por M. Lunge-Poe. El director del Théâtre de l'Oeuvre parisino acepta estrenarla. Se traslada entonces el autor a la capital francesa y por mediación de Luis Doreste Silva, a la sazón en la embajada española de Francia, se pone en contacto con el gran renovador del teatro europeo que fue Lunge-Poe. Pero la disparidad de criterios entre el famoso director y el por entonces joven dramaturgo sobre el montaje de la obra (antes la había habido también, cuando

en España Valle-Inclán se brindó a estrenarla en su compañía teatral) impidió aquel estreno que parecía inminente. *Tic-tac*, que ésta era la obra en cuestión, no subiría a un escenario hasta 1930. Ensayaba en ella Claudio de la Torre un expresionismo con el que zarandear las fórmulas agotadas del teatro naturalista; y "los símbolos que se sucedían en el sueño del protagonista, enfrentado con los arcanos de la vida y de la muerte, hallábanse asimismo bien concebidos, con una graduación acertada de la fantasía y de la emoción. El juvenil héroe, atenazado por la mediocridad, obsesionado por el destino, podría ser un precedente escénico y humano de los actuales jóvenes rebeldes", escribía Leopoldo Rodríguez Alcalde por los años setenta.

Después de pasar todo el año 1929 en Las Palmas, vuelve Claudio de la Torre a Madrid, con la idea de dedicarse al cine, "lo que no me entusiasmaba menos, si bien me apartó del teatro durante diez años"; el actor Fernando Soler aceptó de pronto —casi por sorpresa— estrenar *Tic-tac*, cosa que hará al año siguiente, el mismo en que nuestro autor se desplaza a París, para trabajar como director en los estudios de la Paramount, en Joinville. Allí realiza diversas películas, y ese contacto con el cine le descubre una nueva mirada con la que multiplicar sus aproximaciones a la realidad cotidiana y a su dilatada memoria personal, confirmando así la vertiginosa pluralidad de la materia literaria. Para Claudio de la Torre, como para tantos escritores de su tiempo, el cine fue un arte que les apasionó en tanto que escritores, puesto que subvertía para siempre, y de forma radical, la perspectiva del narrador y la sintaxis del relato; porque dejaba sin valor el tiempo sucesivo y lineal en el que aquél se producía habitualmente, para dar paso a un fragmentarismo y a una síncopa, también espacial, que permitía insospechadas posibilidades: la novela iniciaba así el camino, ya sin retorno, de su contemporaneidad. Y Claudio de la Torre se encuentra con ella precisamente en ese punto de su historia.

Pero todo se desplomó de la noche a la mañana, arrasrando consigo esperanzas e ilusiones, cercenando de raíz

las posibilidades con tanto esfuerzo inauguradas. La guerra civil sorprende a Claudio de la Torre en Madrid. Ya se había casado con la escritora Mercedes Ballesteros. Se ven entonces en la necesidad de refugiarse, primero, en la embajada de México, gracias a los buenos oficios del jefe de la misión diplomática, Sr. Urquidí; pasan luego a Valladolid y a Burgos, para salir finalmente hacia Gran Canaria y pasar aquellos difíciles años en una casa del Monte, muy próxima a la de Rafael Cabrera Suárez que con tanto afecto y hospitalidad los acogió entonces. En Las Palmas (verano de 1938) se entrega con entusiasmo a la actividad teatral; con su hermana Josefina y un grupo de aficionados estrenaría la versión para el teatro de una de las novelas de su hermana Josefina, *El enigma*. El tortuoso laberinto de aquella guerra había podido con todas las barreras de la razón, y quienes como Claudio de la Torre entendían la vida y la aventura creadora como producto de un sereno y generoso liberalismo, de una curiosidad sin límites por lo nuevo, pero sin crispaciones ni intolerancias homicidas; quienes como nuestro escritor se mantuvieron fieles a su memoria personal y familiar, no pudieron reaccionar ante aquel radical sectarismo que hubo de acabar con tantas cosas. "Claudio —recuerda Rafael Alberti— era sólo escritor. Ya bastante maduro. Muy serio, muy ordenado, muy... En fin, muy a propósito para merecer tal galardón (...). Admiraba yo en Claudio, tal vez por la ley de los contrastes, su esmeradísima pulcritud, su tono mesurado, su finura sin tacha, el metal tenue de su voz, sostenida en la gracia del acento canario, tan grato para mi oído andaluz". Todo eso quedaría sofocado bajo el peso de aquel telón primitivo, pintado de odio y sangre, que cayó durante tres largos años sobre la vida española. Sofocado, pero no perdido; porque Claudio de la Torre no perdió su entereza de escritor, ni su fidelidad a los orígenes que lo justificaban como tal y que lo mantendrían siempre en la brecha.

Y a partir de 1940, el teatro

Pero entre las cenizas de la guerra consiguió rescatar aquel otro eslabón de su memoria, y de la memoria de su origen, que es su segunda novela, *Alicia al pie de los laureles*, publicada precisamente en 1940. De nuevo una novela como búsqueda de sí mismo; como búsqueda que es retorno al tiempo original, a un mundo ya irremisiblemente perdido, pero que se mantiene como "una de las más hondas cicatrices de mi corazón juvenil". Aquella misteriosa Alicia que atraviesa el territorio fácilmente reconocible de esa "ciudad de Granda, medio dormida a la orilla del Atlántico", antes de desaparecer para siempre, es —de nuevo— un personaje espejo que Claudio de la Torre pasea por el camino de su memoria, para realizar —con su característico lenguaje sugeridor y poético, y gracias a una aguda observación irónica y a una no menos eficaz sutileza humorística— la crónica de unas gentes y de un tiempo ya idos, pero capaces de animar —en el nuevo espacio creado por la voluntad indagadora del narrador: un niño de nueve a diez años— las peripecias intensas y verdaderas que en la novela se suceden. *Alicia al pie de los laureles* habla de personajes que han muerto, significativamente, durante la guerra europea de 1914-1918; con ellos han desaparecido años de esplendor y, sobre todo, una forma de vida, una intensa y cordial relación íntima, que nunca más podrá reconstruirse. Pero la novela se publica cuando otra guerra ha dado al traste con el esplendor ilusionado de un tiempo poético y vigoroso, vivido por Claudio de la Torre con idéntico entusiasmo. Y el autor, que ha entrado en la madurez, no sólo por su edad sino por la particular condición de su obra literaria, concluirá este relato certificando la triste ausencia de Alicia, y subrayando —en un oportuno e intencionado distanciamiento, como si apenas se limitara a aportar un dato más para la historia— la situación final en que quedan los demás protagonistas. Así dirá la tía Elvira:

Pero la guerra ha terminado, Carlos Severino es español y posee ya, sin debérsela a nadie, una fortuna. No será necesario que se sacrifique por los demás. Cumplirá su misión cuando sea un hombre. Nació en 1916... En 1936 tendrá veinte años.

Alicia al pie de los laureles resulta ser entonces, además de una melancólica exploración en la memoria, la certera metáfora del final de un tiempo y del comienzo de otro que ese año 1940 suponía para el autor, como para tantos otros españoles obligados a definir sus posiciones ante la perspectiva de un maniqueísmo excesivamente simplificador y, a la larga, estéril. Para Claudio de la Torre —y esta novela así nos lo hace ver, lo mismo que su trayectoria inmediatamente posterior— aquella madurez alcanzada, y la fidelidad a su origen intelectual, le permiten estar por encima de modas y de circunstancias; afirma frente a ellas, una vez más, su concepto de la creación literaria como una opción superadora de cualquier servidumbre a un tiempo y a un espacio inmediatos. No vuelve la espalda a la dura imagen de aquel momento crítico, pero se resiste a someter su obra a la dictadura de la actualidad. Claudio de la Torre es de esos escritores que entienden el tiempo de la creación fuera del discurrir convencional de los hechos, como un *anacronismo* que, a causa de esa libertad, permite inauguraciones mucho más sugerentes. Tampoco resulta ser un escritor evasivo, negado a la contundencia de la historia, por muy cruel que ésta resulte: sus novelas (o el teatro que escribirá enseguida) están rigurosamente situadas en unas explícitas coordenadas cronológicas, y particularmente significativas, no sólo para el tiempo que le tocó vivir. E incluso más, puesto que aquella anacrónica resistencia les permitirá superar el estrecho margen histórico al cual podría parecer que se vinculan de manera exclusiva.

En el verano de 1943 se traslada a Las Palmas con el propósito de preparar el rodaje de una película que se titularía *Bajo el sol de Canarias*, e iba a ser protagonizada

por Julio Peña y Mercedes Valle. Se realizaron las pruebas y los primeros ensayos, pero las dificultades de financiación dieron al traste con el proyecto. Y entonces, de nuevo, el teatro. En un momento especialmente difícil para una actividad como ésta, tan acosada por la censura, tan impregnada del uniformismo ideológico imperante; en un tiempo de vacío y esterilidad, tras las repetidas renunciadas y rechazos que los dramaturgos más avisados (Claudio de la Torre entre ellos) protagonizaron y sufrieron entre 1925 y 1935. Quienes se aventuraban, en aquellos primeros estadios de la posguerra, a escribir o a hacer teatro, se veían en la obligación de partir de la nada, o de construir sobre arena. Zanjado el compromiso con la memoria, que lo había conducido hasta el umbral de la madurez, nuestro escritor aplica su mirada al presente, al estado de inmediata indefensión y desposesión a que se había llegado tras la guerra. Y al margen de las obras escritas en colaboración, con su mujer (*Quiero ver al doctor*, 1939), con Luis Escobar (*Mi querido ladrón*, 1944) o con Alvaro de la Iglesia (*El sombrero de dos picos*, 1948), sus piezas fundamentales resultan ser las escritas en la primera mitad de los cuarenta: *Hotel Terminus*, (1944) y *Tren de madrugada* (1946), por esta última recibirá el Premio Piquer, de la Real Academia Española, en ese mismo año.

Estas dos obras, que se aprovechan del lenguaje simultáneo y de la superposición de secuencias, en el tiempo y en el espacio, derivados de los contactos del dramaturgo con el cine, se aplicaban —además— a una tarea de nuevo fundacional. Como escribe Domingo Pérez Minik, que ha sabido precisar muy bien el significado del teatro de Claudio de la Torre, *Hotel Terminus* y *Tren de madrugada* (en cierto modo, piezas complementarias en la temática y en la forma) intentan darnos “nada más ni nada menos (que) la maqueta de un posible teatro colectivo social”; y Francisco Ruiz Ramón añade que ambas obras “destacan por las preocupaciones que acogen y por su voluntad de lucidez, muy por encima del teatro de propaganda triunfalista (...) y de la

subliteratura teatral"; aunque el propio Pérez Minik echará de menos en ellas "un ánimo más subversivo", en consonancia con el significado histórico inmediato que el crítico tinerfeño quería para un teatro español que se debatía entre la inanidad más absoluta y una voluntad de compromiso y denuncia que tan difícil resultaba llevar a la práctica. Piezas, en suma, donde la soledad y el drama de la guerra dejan su huella en unos seres sin rumbo que se apretujan y confunden en su derrota y en su vacío.

Seguirán *El collar* y *En el camino negro*, ambas de 1947, aunque la primera no llegaría a estrenarse en vida del autor. Se trata de una comedia de soltería que critica "la represión ciega de los instintos sexuales de una juventud enamorada a la que condenan a una espera interminable en años y años de noviazgo (mientras se van agotando sus ilusiones y sus más legítimos impulsos en virtud no de principios sino de costumbres que han perdido su justificación", como escribe Adolfo Prego. La segunda, un melodrama familiar, del que Pérez Minik dirá que "es difícil encontrar otro de esta índole que se acerque más a los textos desgarrados y crueles de este tiempo" en el teatro europeo, muestra "la ruina de una de esas familias aparentemente modélicas, a la que el autor presenta en estado de putrefacción", como también dijera Adolfo Prego. En 1950 se le concede el Premio Nacional de Literatura por *El río que nace en junio*, una comedia policíaca, y el Ciudad de Barcelona por *La cortesana*, una novela sentimental escenificada. Y entre 1954 y 1960 será director del Teatro Nacional *María Guerrero*. Comienza así una nueva faceta de su trabajo teatral, simultánea a la de escritor, que ya había desarrollado, en los primeros años cuarenta, cuando dirigió el "Teatro Invisible", de Radio Nacional de España. Desde el *María Guerrero*, Claudio de la Torre posibilitó el estreno de algunos autores significativos del teatro español de aquellos años, y en especial de los considerados difíciles, por el teatro crítico y conflictivo que proponían. "Dos obras mías —recuerda Buero Vallejo— aceptó y dirigió; me pidió la segunda y

luchó por obtener el permiso de su estreno, porque la primera había fracasado". Y Alfonso Sastre abunda en opinión similar: "Claudio de la Torre ha sido, en estos sombríos años, el único director de un Teatro Nacional que trató de abrir de par en par las puertas a los autores españoles jóvenes. Y las abrió, incluso, un poco más de lo que pudo". Bien es verdad que hubo quienes se manifestaron más críticos ante el trabajo de Claudio de la Torre al frente de un Teatro Nacional. Juan Guerrero Zamora declara que, junto a "montajes de decantado gusto —*El hombre de mundo*, de Ventura de la Vega— y certera propiedad realista —*Hoy es fiesta*, de Buero Vallejo— (...) tergiversaba (...) la función propia de aquella escena nacional dedicándola impropriamente a un reparto ochocentista de máxima intrascendencia (...) o a una comediografía norteamericana trivial".

Después de aquella comedia de enredo que fue *La caña de pescar* (1958) y tras unos años dedicados, casi en exclusiva, a las adaptaciones y refundiciones de obras de otros autores (por entonces, también, dirige el Misterio de San Guillén y Santa Felisa, en la localidad navarra de Obanos), se produce su último estreno teatral. Se trata de *El cerco* (1965), Premio Nacional de Literatura y premio Alvarez Quintero, de la Real Academia Española. En ella, y tomando como anécdota el caso de la misteriosa población de los agotes, marginados y reclusos en sus aldeas del País Vasco, condenados a ejercer los oficios más despreciables, Claudio de la Torre escribe lo que —como él mismo explica— "puede ser una tragedia o un poema dramático. Puede ser las dos cosas a la vez. Pero yo he pretendido, aparte de escribir una obra de teatro, que fuera también un testimonio de una injusticia permanente. No tanto por denunciar una vez más el acto brutal de la violencia, como por mostrar, en el laberinto de la mente humana, la lenta formación de todo un sistema de represiones a lo largo del tiempo". De nuevo son los perdedores sus protagonistas; como lo habían sido desde sus primeras tentativas literarias.

Comienza a partir de entonces la última etapa de su trabajo como escritor. En ese mismo año viaja a las islas —una vez más— para preparar su "guía" de Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote, debiendo superar las muchas trabas burocráticas con las que incomprensiblemente tropezó para documentarse, y soslayar la desidia o el recelo con que los responsables de las instituciones locales acogieron entonces un proyecto de esa naturaleza. "Sólo Pepe Ramírez —recordará años más tarde el autor—, como alcalde que era, y Juan del Río Ayala, me ofrecieron su asistencia sin regateos. Gracias a ellos pude rehacer y coordinar mis nuevas e interiores perspectivas de la tierra. Gracias a ellos pudo escribirse la *Guía* con estimativa actual. Y en directo". Una situación que, no por el tiempo transcurrido, parece haberse superado del todo. Y en 1966 parte con su mujer a Londres, desde donde ambos ejercerán, hasta 1968, la corresponsalía del diario "ABC", de Madrid.

Una conferencia sobre Pérez Galdós, en el Real Club Náutico de Las Palmas o el Pregón de las fiestas de la Ciudad lo traen de nuevo a la isla natal, en los primeros años setenta. Por entonces (1971) se publicará su última obra, la novela *Verano de Juan "El Chino"*. Regreso a la memoria y al origen; pero no ya para sentirse afectivamente complacido con las imágenes que le devuelven. La peripecia misma, y las circunstancias históricas en las cuales el autor se sitúa, se hallarán bajo una atmósfera sombría y agobiante. El círculo se cierra. Y si se había abierto con la confrontación del insular trasplantado con una sociedad agresiva e inmisericorde, del liberal y su condición con la brutalidad inconsecuente; si cruzaba su ecuador en aquel final de un tiempo que era comienzo de otro; la búsqueda concluye en la áspera sequedad, en la soledad radical de una isla donde el mar supone una barrera infranqueable. También en una paralela desnudez del relato, desarrollado ahora con absoluta linealidad y desposeído de la luminosa capacidad alumbradora de imágenes que antaño manifestara. Un testimonio directo, un *ejemplo*, tratado con escéptica melancolía, del inmovi-

lismo social y humano que en aquellos límites se consume, voluntariamente ajeno a cualquier posibilidad de cambio. La epidemia de cólera de 1851 (Claudio de la Torre toma mayor distancia en el tiempo cuando quiere proponernos una imagen más próxima de la realidad) es sólo un pasajero revulsivo: el orden parece —sólo parece— subvertido; se diría que los valores pueden recuperar su lógica, pero el abnegado personaje que se sacrifica por los demás, que resulta ser imprescindible para todos, retornará a su condición de vagabundo insignificante y marginal, cuando todo haya concluido. Julio Rodríguez Puértolas y otros críticos ven en esta última novela de Claudio de la Torre una sutil alegoría —a la manera de *La peste*, de Albert Camus— de la guerra, y más en concreto de la guerra civil española. Y sin duda algo de eso alienta en ella. Pero, ¿no hay también en esa amargura mucha sabiduría insular? ¿No se trasluce, en la peripecia contada, la impotencia de cuantos, entregados a la obsesión de una tierra que los arrastra con fuerza hacia su seno, para devorarlos, han pretendido transformarla inútilmente en el espacio de generosidad y apertura que siempre debió ser?

Apenas dos años después, Claudio de la Torre fallecía en su casa madrileña de El Viso, donde recuerdo haberlo visitado, en los primeros años sesenta, para solicitar la ayuda de su memoria insular, y poder reconstruir con ella la imagen y la obra de un poeta por entonces olvidado, Domingo Rivero. Me hallaba cercado, también yo, por la incompreensión y la mezquindad, por la intransigencia y la cerrada convicción de aquellos que pensaban (como pensaron quienes habían negado a Claudio de la Torre la ayuda para su libro sobre las islas) que todo debía permanecer igual, y para siempre. No lo entendí entonces. Ha debido pasar todo este tiempo para que, junto a Claudio de la Torre y con su obra en perspectiva, comprenda que no hemos errado quienes, para conocernos mejor como insulares y para dominar la compleja trama cultural a la cual nos debemos, hemos optado por la distancia y la altura; es decir, quienes nos hemos resistido a la amnesia tan perjudicial que nos ha

caracterizado siempre. Así lo hizo Galdós. También, Claudio de la Torre. Así, muchos más, después. Aunque, en apariencia, y para quienes sólo se empeñan en ver la pequeñez y la vulgaridad de lo inmediato como único destino de sus vidas y de sus obras, la marcha de las islas suponga una renuncia radical que —curiosamente— tratan de paliar luego (por lo general, una vez que los protagonistas han muerto) repartiendo ridículas patentes de *canariedad* que, como poco, hubiesen hecho sonreír a todos ellos.

2. EN LA VIDA DEL SEÑOR ALEGRE

Algunos puntos de referencia

Claudio de la Torre debió escribir *En la vida del Señor Alegre* entre 1922 y 1923. Precisamente esta última fecha figura como colofón del relato, con indicación expresa del lugar en donde concluyera su redacción: "Montaña de Los Lirios. Gran Canaria". Galardonada con el Premio Nacional de Literatura de 1923-1924, sería publicada en este último año, por la editorial Caro Raggio (2), donde había aparecido también su libro de relatos. Escrita, pues, en esos años, y situada su acción en Sevilla, ciudad a la que llega el inglés protagonista para vivir sin proponérselo una extraña historia de amor, no será difícil colegir que el componente biográfico no se halla ajeno a la intención de nuestro autor: también él había sido un insular que llega de improviso a Sevilla, desde Inglaterra; también él se incorpora a un ambiente social que, aun formando parte de su propio país, le resulta extraño: su condición de burgués culto y liberal mal se avenía con aquella sociedad dominada por una pseudoaristocracia venida a menos, muy elemental y movida por impulsos primarios, pero muy pagada de su poder.

(2) *En la vida del Señor Alegre* debía haber tenido una segunda parte, obra anunciada y nunca aparecida, que habría de titularse *En la vida de Mister Cubas*.

Ese Mr. Bright que protagoniza la novela "nos parece extranjero, porque lo vemos desenvolver su vida en un medio bien acusado, Sevilla, y en tal ambiente, sus costumbres, sus palabras, y hasta sus mismos gestos, han de destacarse más. Pero, en el fondo, Bright no es inglés, ni español; es el pobre diablo, el paria, el hombre sin tierra y sin amigos, sin patria y sin mundo; el hombre inepto, inútil, incapaz de servir para nada". Así define Claudio de la Torre, por intermedio de su segundo narrador, Alvaro de Cubas, a su personaje. Hay, sin duda, una voluntaria extrapolación del personaje real, acentuando ese carácter de víctima propiciatoria que el novelista le adjudica; pero no me cabe duda, tampoco, de que —aparte lo dicho— lo que el autor hace es trasladar a su criatura literaria su propia y conflictiva identidad de insular burgués e ilustrado; y así constituido, obligarlo a vivir en un mundo que se resiste a la modernidad y se encasilla en posiciones y privilegios ya terminales. Gracias a esa confrontación, el protagonista se conocerá mejor; y en ella, también, se le revelará su imprescindible necesidad de cambio, si no quiere perecer. Pero eso —curiosamente— sólo lo sabrán aquellos depositarios de su historia, aquellos que responden por él. Que todo ello conduzca, en el espacio del relato, a configurar una imagen de Mr. Bright como víctima incapaz de superar sus propios conflictos, resulta tan sólo anecdótico; o, tal vez, sorprendentemente premonitorio.

Quizá no deba apuntarlo, por evidente; pero no me resisto a subrayar la condición del personaje, que no es ni inglés ni español; cuyas costumbres, palabras y gestos contrastan con las de aquellos que forman el coro de sus antagonistas; que es un hombre sin patria y sin mundo. Una figura —en suma— cuya identidad resulta tan difícil de precisar, manifiesta unos perfiles tan peculiares, tendentes a la ambigüedad, y ofrece ese *alegre* e ingenuo sentido de la vida, como único rasgo inequívoco de su carácter. Un personaje cuyas raíces sólo podrán encontrarse en la personalidad emergente en el canario de fin de siglo (tan *britanizado*, por otra parte),

cuya candorosa visión del mundo se deshace ante la contundencia de los acontecimientos históricos inmediatos, o se convierte en dramático desengaño al intentar confrontarla con la sociedad peninsular de su tiempo. Salvando las distancias de su diferente origen social, idéntica reacción se produce en un escritor como *Alonso Quesada*, tras su experiencia madrileña: había llegado a la capital con el entusiasmo y la ilusión del escritor que busca un lugar al sol de la literatura de su tiempo; regresará a la isla con la desengañada amargura que destila la esperpéntica visión de la capital que traza en su "Poema truncado de Madrid".

Una exploración por la memoria

Hacia el año 1924 no se había despertado aún, en la novela española, la conciencia plena de la crisis fundamental vivida por la novela contemporánea; no había publicado aún Ortega y Gasset sus dos ensayos capitales sobre este particular (*La deshumanización del arte* e *Ideas sobre la novela*). Pero, como es lógico, ya los narradores sentían ese extraño malestar que había de conducirlos a la ruptura que —apenas unos años después— intentaría toda una generación de escritores, nacida al calor de la *Revista de Occidente* y de aquellos alumbramientos orteguianos. Fue Claudio de la Torre uno de esos escritores pioneros; y, quizá sin premeditación, el primero que se atrevió a transitar por "un mundo de viejos pensamientos, de recuerdos olvidados", para construir allí la vida de su primer protagonista literario, aquel extravagante Mr. Bright llegado a Sevilla. Una historia que el autor no desarrolla limitándose a transcribir determinados acontecimientos, sino que —una vez establecida la distancia suficiente para que la memoria intervenga sobre tales sucesos y altere sus perfiles hasta conseguir una imagen literaria de los mismos— la recupera a través de la conciencia personal del autor, y la convierte así en un espejo fiel de su propia existencia: una experiencia subjetiva encarnada en el personaje, y "elaborada con el depósito de sensaciones,

recuerdos e ideas críticas" que constituirán la materia novelesca de toda la narrativa de Claudio de la Torre.

Conscientemente, el autor se arriesga a reconstruir la aventura sevillana de Mr. Bright, sin tener un conocimiento cabal del personaje ("apenas podría hoy fijar, de modo absoluto y preciso, cuándo hice conocimiento con Mr. Bright (...) yo no hice más que saludarlo de cuando en cuando y siempre en ocasiones vanas y pasajeras (...) de su persona física, apenas quedan en mi memoria unas cuantas líneas borrosas"), aunque alentado por lo que ha oído decir sobre su singular condición y sobre su afición a las más sorprendentes aventuras. Partir de este supuesto significa que el novelista prescinde de su sabiduría y se entrega a la marcha zigzagueante de los acontecimientos y a los saltos imprevisibles que en el tiempo puedan producirse, puesto que las referencias de que dispone para contar su historia no se hallan previamente ordenadas; significa, igualmente, que la exploración novelesca, prescindiendo de toda sucesión lineal, gira en espiral en torno al protagonista, contrafigura irónica y crítica del propio escritor; significa, en fin, que la narración no puede hacerse desde un único punto de vista, sino que ha de asumir perspectivas concurrentes y complementarias para alcanzar la plenitud analítica con que toda novela se justifica como tal.

Es muy habitual entre la crítica zanjar la cuestión de la crisis de la novela, en el primer cuarto de siglo, señalando que la prosa narrativa se ve alterada por la invasión de recursos propios de la poesía, por la instauración de la lírica como forma de acercarse a la realidad. Y eso se dice con un peculiar tono de recelo, como si se denunciara una negación del verdadero ser de la novela. Sucede exactamente lo contrario, y escritores como Claudio de la Torre y otros compañeros de generación lo demuestran sobradamente: al dejar que el relato circule entre la incertidumbre y la diversidad de perspectivas, al implicarse como individuo en la peripecia subjetiva de su protagonista, o al desarrollar voluntariamente una relación reflexiva entre la contundencia

de los hechos y la ambigua condición de ese yo que los vive, o los cuenta, las posibilidades de análisis y conocimiento de la realidad crecen a causa de tal confrontación dialógica; y al final se alcanzan las inciertas márgenes de lo posible, subrayando así la indiscutible vitalidad de la narración.

Se debe tener en cuenta, en el caso de un escritor como Claudio de la Torre, la incertidumbre personal que —en sus años de formación— debió vivir: la salida de las islas para completar su educación, la obligada renuncia a sus estudios en Gran Bretaña, el evidente final de toda una época que entonces se palpa (de una época, además, que había determinado su opción cultural)... Pero se ha de tener presente también su condición de hombre de las islas, con lo que ello supone de inestabilidad histórica, de híbrido cultural: una forma peculiar de afrontar la existencia, a la vez retraída y aventurera. Y las novelas de Claudio de la Torre (y no sólo esta primera) suponen siempre un regreso —en mayor o menor grado— a la identidad insular; son también un ejercicio de acercamiento a la realidad, y de transfiguración literaria de la misma, al que contribuyen de forma decisiva esa misma prudencia recelosa ante los acontecimientos y esa inagotable indagación en lo posible con que el insular se desenvuelve en la vida: apatía y dejadez, por un lado; perpleja y constante curiosidad, por otro. Un ejercicio para el cual resulta decisivo, igualmente, un peculiar acento en el lenguaje que, como sucede en la prosa galdosiana, no es perceptible en la superficie; pero sí es claro en la intencionada organización interna de la escritura, y en la evidente pluralidad de sus referencias.

La elección del narrador

Por tanto, si el objetivo de esta novela es consumir dicha exploración, y hacerlo de la forma plural y concurrente que decimos, lo primero que se debe explicar a continuación

es la cuidada elección del narrador que realiza Claudio de la Torre. Narrador que es diferente en cada una de las dos partes del relato, y cuya complejidad no se disimula en ningún momento: si durante la primera mitad de la novela el punto de vista es asumido por la primera persona (bien que desde aquella indeterminación ya señalada) de un narrador anónimo, a quien no tenemos otro remedio que identificar con el autor; en la segunda, el relato estará a cargo de ese Alvaro Cubas con quien el primer narrador traba conocimiento años más tarde. Esta clara distinción entre ambas perspectivas sobre una misma peripecia tiene que ver con la intención última del autor: llegar a un conocimiento lo más completo posible del protagonista, para establecer, después, una distancia crítica, y reflexiva, sobre aquella aventura sevillana, en tanto que definitoria de su condición. Para hacerlo, primero se cuentan unos hechos de los que el narrador dice tener tan sólo referencias orales. Eso no es obstáculo para dar fe directa y personal de los mismos, para comprometerse con ellos, puesto que —a medida que el relato avanza se hace cada vez más evidente el proceso de absoluta identificación entre el yo narrador y el héroe (o antihéroe, en este caso) protagonista. Tanto, que la perspectiva del narrador en primera persona se va desplazando hacia una tercera que, sin embargo, no resulta nada convencional, puesto que no perdemos la conciencia de aquel yo que toma posiciones frente a la historia, al comienzo de la misma; aunque sí descubrimos que coincide, poco a poco, con el punto de vista personal e íntimo del personaje principal. A través de ese relato en tercera persona *oímos*, sin duda, al propio Mr. Bright, como si el narrador se valiera de una implícita segunda persona. Y a pesar de todo ello, el autor se las arregla para que ninguno de los dos (ni el narrador ni el protagonista) abdique de su función convencional en el esquema narrativo.

Y no sólo el punto de vista. La voz que relata los acontecimientos vividos por Mr. Bright se distingue perfectamente de la de los otros personajes, individualizados también

por su forma de hablar, y adquiere el peculiar acento, entre ingenuo y melancólico, del protagonista; se carga de ese tono vacilante con que el personaje se sitúa ante la seguridad con que se detallan los sucesos y la incrédula perplejidad con que aquél se reconoce como sujeto paciente de los mismos. En la segunda parte, sin embargo, esta perspectiva se diversifica, también significativamente: sigue el narrador en primera persona conduciendo el relato; pero no cuenta ya la historia de Mr. Bright, prefiere que sea el ya citado Alvaro Cubas quien complete la puntual referencia de aquellos sucesos, confiándole a él la palabra, como voz dialogal y como voz narrativa. Hay más aún: el narrador inicial se ha convertido en testigo del relato de Cubas, y junto a él aparece otro personaje, Mr. Eales, que también seguirá el relato del nuevo narrador, con idéntica atención. Si en la primera parte de la novela sólo teníamos un relato, teñido todo lo que se quiera de la personalidad del protagonista, en esta segunda lo que se propone el autor es desarrollar un análisis reflexivo sobre el desenlace y las consecuencias de la peripecia sevillana del Señor Alegre. Análisis y reflexión complementarios del relato primero, y encaminados a lograr, por parte del narrador en primera persona, un conocimiento más completo e iluminador de la aventura del protagonista, en tanto que reflejo y contrafigura de su propia identidad. Al tomar esta nueva distancia y delegar en otro la narración de los hechos, y al introducir, por lo tanto, una tercera perspectiva (digamos que imparcial) sobre el personaje, las posibilidades de comprensión con las que el narrador (y el lector también) cuenta ahora son mucho mayores; y la proximidad sentimental, que quizá pudiera falsear el sentido de la historia, no es obstáculo (aun manteniéndose, como se mantiene) para ese conocimiento buscado con especial entusiasmo, puesto que se trata de encontrarse a sí mismo.

La construcción del personaje

Como hemos insinuado, el protagonista será el catalizador de toda la historia; él centra, con su particularísima perso-

nalidad, el interés de la narración. Pero también se revela como objeto de exploración del narrador, en una suerte de relación espejeante mantenida a lo largo de toda la novela. Mr. Bright observa cuanto sucede a su alrededor y se esfuerza (a veces inútilmente) por entender esa extraña y variopinta realidad que lo rodea. Pero en esos sucesos exteriores lo que se descubre no es la personalidad o el carácter de los mismos, sino —precisamente— la identidad compleja y esquiva de quien los mira y, al hacerlo, se mira en ellos. Y una vez definidos tales perfiles, resulta ser el propio narrador anónimo quien se ve allí reproducido. Así, la dimensión del protagonista crece de manera sorprendente; y a través de ella nos es dado reconocer parcelas mucho más dilatadas de la existencia de un individuo que, más allá de cumplir sus funciones como personaje de novela, nos descubre el carácter arquetípico que comporta. Si tenemos en cuenta algo que escribe Adolfo Prego, amigo personal del autor (“Toda su vida permanecería Claudio, en fenómeno de ósmosis, siendo ese raro español que no grita, que no bracea, que no se descompone, que es amable y servicial y generoso con sus compañeros”), y si rastreamos los ya insinuados rasgos del personaje (inglés que llega a Sevilla para curarse de una afección pulmonar; su sorpresa e incompreensión ante la “sangre caliente” de sus antagonistas; sus siempre dubitativas reacciones o su fundamental desarraigo), empezamos a comprender mejor la proyección de su personalidad y la orientación última de la peripecia. Deberá el lector detenerse, con especial atención, en el párrafo inicial del capítulo V de la segunda parte, cuyo imprescindible análisis no podemos desarrollar aquí por evidente falta de espacio. Al hacerlo, podrá comprobar ese carácter espejeante y revelador que la biografía del protagonista tiene, como resumen de esa particular identidad que Claudio de la Torre busca, sin disimulo alguno, al plantearse el relato de Mr. Bright.

Por eso elige a un personaje con tantas reminiscencias insulares; diríamos que arraigado a esa tradición literaria

tan próxima, que el propio autor había compartido con sus compañeros de la generación de intelectuales en los años del diario *Ecos*. Una tradición que tiene que ver con el peculiar sentido cosmopolita de los escritores posmodernistas de Canarias. Porque, ¿no hay en Mr. Bright y en su curiosa personalidad —como también señala Lázaro Santana— un eco de la *conexión inglesa* con las islas; una lógica continuación de lo que *Alonso Quesada* se propuso al hacer de los ingleses de la colonia los protagonistas preferidos de sus relatos? No me cabe duda ninguna de que Claudio de la Torre ha utilizado el tema de la difícil relación entre una sociedad cerrada y muy definida y un recién llegado que no comprende aquella forma de vida, y que resulta —a su vez— incomprendido por los demás, de la misma forma en que lo hiciera *Alonso Quesada*. Y con idénticos recursos establece también una relación osmótica muy sutil (que tiene que ver, tal como sucedía en Rafael Romero, con la crítica de posiciones adocenadas y primitivas y con la burla más o menos cruel del asombro o el temor que el británico siente —quizá en los límites de su congénita hipocresía— ante la vida y sus espontáneas agitaciones) entre un personaje singular y el contexto extraño en el cual trata de integrarse (3).

En consecuencia, se pueden observar en el personaje dos vertientes que condicionan su peripecia: de una parte, la relación explícita con los demás, con lo que podría entenderse como el coro de su inevitable tragedia (tragicomedia, tal vez); de otra, el discurrir de su tiempo personal e íntimo, el constante rebrotar de su emoción interior. Mr. Bright, llevado y zarandeado por todos, no tiene apenas tiempo de reaccionar ante la rapidez con que se precipitan los aconte-

(3) "Frente a las formas de vida y de conducta cosmopolitas, importadas del extranjero, los narradores (...) adoptan también una posición ambivalente: les atraen por su novedad y por su efecto liberalizador sobre el provincianismo y la gazmoñería de nuestras costumbres, pero prescinden de ellas (...) por la frivolidad y la deshumanización que entrañan", escribe Víctor Fuentes.

cimientos: ve personas y oye nombres, pero no acierta a situarse en medio de aquel vértigo imparable. Los personajes que actúan frente y en torno a Mr. Bright (a veces, a sus espaldas) lo sumen en una confusión cada vez mayor; forman, como dice Eugenio de Nora, "el mundillo depravado e innoble de los pseudoaristócratas, figurones ociosos que quieren divertirse a su costa", retratado con agudeza por Claudio de la Torre, y al que aplica una cáustica ironía, manejando oportunamente la doblez de sus nombres (Moral de Morales —Joaquín Moral; José Díez de la Mata— Pepe La Mata; Isabel Casa-Manrique —Nené Manrique; vizconde de Hacha— Manolo Hacha (...)) para reflejar, en gran medida, la doblez de su contenido moral. Pero hay otros personajes que no actúan (o lo hacen desde un voluntario anonimato, desde esa penumbra del segundo plano en el que siempre se les ve), pero que hablan a Mr. Bright en los momentos de calma, tras la agitación de los acontecimientos: Carmen (o Carmencita, algunas veces) y el criado son personajes anónimos (el nombre de la muchacha, como es lógico, resulta irrelevante) que se llegan al protagonista para *contarle* algo, para explicarle —hasta donde ello es posible— la razón de las extravagantes situaciones en las que se verá envuelto, o para dejarle ver lo que tras aquellas apariencias se esconde. En suma, una relación (con aquéllos y con éstos) que muy bien podría responder a un aprendizaje, tal y como se demuestra en la progresiva incorporación de la conciencia del protagonista al discurrir de la narración.

Adolfo Prego apunta, con mucho tino, que el uso de la preposición *en* en algunos títulos de Claudio de la Torre (y en éste, de manera especial), "además de significar una localización en el tiempo o en el espacio del contenido significa algo que corre, que se desliza, que pasa por delante del espectador o que acontece en la grande y general biografía de una época, de una ciudad, de un individuo o grupo de individuos (...) el autor ha sorprendido en la carrera del tiempo el tema que ha desarrollado o va a desarrollar". Ese

fluir, añadiremos nosotros, no sólo tendrá que ver con lo anecdótico, sino con el transcurrir interior del personaje ("Bright arraigaba como ente social, apacible y misteriosamente. Bright, de sí mismo nacía y renacía"), por medio del cual, al aplicar este último su mirada ya nutrida de conocimiento, la realidad se altera y se impregna de la emoción, la inquietud y la sabiduría íntimas del protagonista. En una palabra: ya no es ajeno a ella; a través de ella se encuentra a sí mismo (vid. capítulo III, de la segunda parte).

El espacio y su significación

En esta novela de Claudio de la Torre, Sevilla —aparte las reminiscencias biográficas inmediatas— resulta ser un espacio intencionadamente convencional; incluso aparecerá revestido de sus tópicos más conocidos. Y el hecho de situar la acción en los días de la Feria no es, como se ha escrito, una forma de buscar "una Sevilla distinta, fascinante, por su verdad poética", sino un ingrediente más de aquella voluntaria utilización convencional. Y sucede así porque Claudio de la Torre busca en la capital andaluza un espacio simbólico donde desarrollar el enfrentamiento de su personaje con un mundo distinto en el cual, además, la normal sucesión de la vida se halla alterada por la fiesta: los valores se invierten y la explosiva vitalidad del Sur se desencadena sin trabas, ante los ojos atónitos del recién llegado. Espacio simbólico donde se produce, como consecuencia, el despertar de Mr. Bright, su renacimiento. Es decir, espacio donde —al transcurrir su vida nueva— el personaje acabará encontrándose, descubriendo al señor Alegre que, sin saberlo, llevaba dentro. Y nada de eso podría suceder en los límites habituales de su mundo. Debía viajar para recuperar una salud más precaria a causa de su tibia y vacilante condición que de las heridas cobradas en combate. Y el viaje (la metáfora esencial de toda novela) se convierte en una peregrinación hacia el amor, hacia sí mismo.

Por ello, el autor deslinda perfectamente el carácter del espacio en las dos partes de la novela: el protagonista circula por una Sevilla de callejas estrechas, de casas que guardan secretos o sorpresas, de hoteles de aspecto familiar..., y lo hace sin parar, y sin poder siquiera ver con claridad aquello que desea. Mr. Bright se pierde en aquel laberinto, mientras busca algo con especial denuedo y no menor esfuerzo. Pero se trata curiosamente —sea de día o de noche— de un laberinto cegadoramente iluminado por la vitalidad que desprende: todo pasa ante el protagonista con la contundencia de la realidad física, con la inmediata sensualidad que se desborda de aquella peculiar geografía urbana, cuya variable condición y cuyo ofrecimiento a una constante aventura hace evocar a Mr. Bright, en repetidas ocasiones, la imagen del mar. En la segunda parte, sin embargo, y aunque seguimos en la misma ciudad, el espacio se enturbia y ensombrece (es significativa la referencia inicial del narrador al hecho de que este segundo recorrido por la peripecia de Mr. Bright se produce "cuando ya Sevilla era sólo un recuerdo en mi memoria y (...) entre las brumas otoñales de Londres"), porque ya todo sucederá en el interior del protagonista; los sucesos funcionan como espejo para su madura conciencia de criatura novelesca.

Ya no sorprende el apabullante exterior de una ciudad apiñada en torno a edificios y monumentos de indudable atractivo, o de unas calles surcadas por gentes diversas y desconocidas; lo que ahora crece incontenible es la imagen que de todo ello —doblada por su experiencia— fabrica Mr. Bright, a medida que penetra más y más en ese otro laberinto (el de su conciencia individual) donde acabará perdiéndose, para hallarse plenamente renacido: se ha apagado el exterior, porque aquel derroche luminoso ha conseguido hacer luz dentro, en la intimidad: luz del recogimiento y de la sabiduría que da lugar a un nuevo viaje, paralelo y complementario al realizado por el protagonista en la primera parte de su historia, porque sin este segundo itinerario la peripecia no se cumpliría adecuadamente.

Una opción de lenguaje

La novela, pues, como viaje a través de un tiempo y de un espacio que dependen, directa y estrechamente, de la evolución interior del protagonista, y de la peculiar perspectiva que este último adopta frente a los sucesos en los que se ve involucrado, casi siempre de forma inesperada y sorprendente. Porque la historia de Mr. Bright no se halla trazada de antemano, sino que fluye a medida que el personaje se desplaza en su recorrido, y conforme se producen los encuentros con cada uno de sus antagonistas. Es más, la verdadera dimensión temporal de la peripecia y la precisa significación del espacio —como hemos explicado— sólo se descubren a través de la mirada y la reflexión que sobre una y otro despliega el protagonista. En consecuencia, el narrador no es dueño y señor de la peripecia; se limita a rastrearla hasta donde le es posible y a dejar, luego, en la incertidumbre, aquellas zonas de la misma que sólo el personaje podrá iluminar, desde los íntimos niveles de su conciencia.

Claudio de la Torre, por tanto, y al igual que hiciera con el punto de vista, ha elegido con especial cuidado una forma de escritura que, en principio, se limita a la relación objetiva de determinados sucesos, pero que sólo se completa a medida que lo poético sugeridor resulta imprescindible para alcanzar esa dimensión subjetiva a la que nos venimos refiriendo. Nuestro autor, que venía del lirismo posmodernista compartido con los escritores canarios de su época juvenil, alimenta su lenguaje con una particular sensualidad, con un tono de no disimulada vaguedad o imprecisión, y su prosa se convierte así en un instrumento de transfiguración literaria y poética (imaginativa, inaugural) de la realidad, porque en ella arraiga y se refleja la actitud adoptada por el personaje. Una prosa literariamente muy cuidada, con la que Claudio de la Torre se identificó también con los narradores españoles que, en los años veinte, se arriesgaron a introducir en la novela "los temas autobiográficos o de

evocación más o menos subjetiva, envueltos a menudo en un ambiente delicado y casi esfumado", como explica Simone Bosveuil.

Una escritura que, en lo que atañe a la construcción sintáctica, se resiste al párrafo largo y explicativo y prefiere la brevedad, la suma de situaciones y escenas que construyen fragmentaria o simultáneamente ese conjunto unitario que el lector debe completar y comprender, a tenor de la información que le suministran los personajes por medio de sus diálogos, o teniendo muy en cuenta el matiz y la intención que se encierran en la palabra y en la disposición del protagonista, según la detecta ese narrador que a él se aproxima y con él se identifica. Y si, como ya veíamos, la tradición modernista de la valoración poética de la realidad (la metáfora como "modificación de la materia novelesca en tanto que contribuye al enorme trabajo de reunificación de las apariencias que es la imaginación") se halla en el origen de la prosa de Claudio de la Torre; la velocidad y el dinamismo, celebrados por toda una época, encontraron su cabal expresión en el nuevo sentido del tiempo y del espacio narrativos ofrecidos por la imagen visual cinematográfica que el discurso novelesco y la imaginería poética incorporaron entonces a sus respectivas elaboraciones, para cumplir la profunda renovación literaria que estaba en marcha.

Claudio de la Torre, como sabemos (y aquí se demuestra), no fue una excepción en este sentido; pero en la prosa de nuestro escritor hay todavía algo más que es imprescindible señalar, precisamente porque tiene que ver con sus orígenes. Se trata de la doblez irónica (y hasta humorística, en ocasiones) con que observa la peripecia relatada. Es evidente que sus personajes, por mucho que se esfuercen (y aunque algunos crean poseerlo) no tienen el don de la ironía; es el narrador quien, ante la situación planteada y al abordar la confrontación entre el plácido Mr. Bright y sus antagonistas españoles, descubre lo ridículo que resulta la envarada gravedad que rodea al protagonista, y que éste no acaba de entender, o la cortedad del recién llegado y la terca insistencia

en mantener su distanciada frialdad en medio de aquella desbordante explosión de vida. Es el narrador quien dispone siempre, con maliciosa intención, las sucesivas escenas; quien desliza alusiones, o explícitas declaraciones de unos y de otros, que resultarán demoledoras a causa de la cáustica ironía que con tan notable espontaneidad maneja. Una intencionada deformación que ronda lo grotesco en muchas ocasiones, si bien ese posible carácter esperpéntico se halla atemperado por una escritura pulcra y contenida que prefiere aventurarse por los terrenos de una imaginería poética que tanto debe al simbolismo y a sus arriesgadas correspondencias, y que con tanta valentía se aproxima a las conquistas de la irracionalidad y de la subversión que la vanguardia impondría muy pronto.

Tres principios para un final

Las notas de lectura que anteceden apenas pretenden otra cosa que servir de guía para el posible lector deseoso de rastrear los orígenes de nuestro escritor y los elementos característicos de su obra. Ojalá tuvieran la suficiente capacidad como para despertar en ese mismo lector curioso el interés por discutir, e incluso contradecir, mis más o menos acertadas interpretaciones. En cualquier caso, aparte esa función introductora de la figura y de la obra de Claudio de la Torre, imagino que pueden resultar perfectamente prescindibles. Aun a sabiendas de ello, no me resisto a terminarlas sin exponer a la consideración de cuantos hayan tenido la bondad y la paciencia de seguirme hasta aquí los comienzos de las tres novelas más significativas publicadas por Claudio de la Torre: ésta que nos ocupa, *Alicia al pie de los laureles* y *Verano de Juan "El Chino"*. En esas líneas iniciales se explica, a mi entender, la intención fundamental que mueve a nuestro escritor a través del laberinto de la narración: encontrar en los recovecos del tiempo y del espacio de la memoria la imagen esquiva de una experiencia y de una identidad que, siendo rabiosamente personal, supere

esos límites e ilumine los perfiles de una colectividad de la que Claudio de la Torre nunca se sintió lejano ni ajeno.

Ha habido desde entonces tal sucesión de pequeñas anécdotas, y han transcurrido relativamente tantos años, que apenas podría hoy fijar, de modo absoluto y preciso, cuándo y cómo hice conocimiento con Mr. Bright, el héroe de mi historia.

Así comienza *En la vida del Señor Alegre*. Nótese cómo el narrador se introduce a tientas en el conocimiento de un individuo, de un héroe; o lo que es lo mismo, de alguien que *para ser*, para justificar su condición, debe abandonar su mundo y ofrecerse al azar de la aventura que es la vida. Y esa inseguridad confesada por el narrador se debe —de un lado— a la distancia en el tiempo que, como se apresura a advertir, es relativa; y de otro, al amontonamiento y confusa sucesión de una serie de anécdotas comunes y, en apariencia, irrelevantes. Entre tanto fárrago de pequeñas cosas, y entre tantos personajes que le disputan el conocimiento de su protagonista, el autor se empeña en conseguir un mínimo de claridad para enfrentarse cara a cara con él; para saber, exactamente, quién es, y qué sentido tiene la peripecia que se desencadena al ser trasplantado a un mundo tan diferente al suyo. Un deseo de conocimiento individual que, a causa de la relativa proximidad histórica entre los sucesos y el relato de los mismos, se convierte en reconocimiento del propio autor, a través del espejo de su pintoresco Señor Alegre. Al no haber excesiva distancia en el tiempo, no hay, tampoco, una perspectiva suficiente para ir más allá de unas relaciones personales derivadas de contactos fugaces y fragmentarios, de situaciones sincopadas que es preciso reconstruir *a posteriori*, reflexionando sobre ellas para desvelar su verdadero sentido.

Tendría que encaramarme de nuevo sobre los hombros de mi tío Alberto para distinguir la vida desde una altura aproximada, tal como yo la recuerdo en los primeros años de nuestro siglo.

Al comenzar la lectura de *Alicia al pie de los laureles*, la pretensión de este narrador en primera persona (de nuevo el yo confesional) es tomar distancia en el tiempo; y conseguir abarcar, de esa forma, un espacio mucho más amplio de visión ("distinguir la vida (...) como yo la recuerdo en los primeros años de nuestro siglo"). Todo ello sin perder —en absoluto— esa proximidad personal con los sucesos que en la historia de Mr. Bright ya existía, aunque sin la inmediatez aquí observada. La cercanía del narrador con respecto a los sucesos resulta ahora mucho más evidente, a causa de ese contacto corporal que el narrador necesita para alcanzar el conocimiento que desea; y la calidad de su visión es también mucho más nítida, y al mismo tiempo se halla magnificada por el fervor de la memoria, puesto que sobre aquella vida se proyecta la mirada, vigorosa y perpleja, de un muchacho de nueve o diez años. Las dificultades del narrador no derivan ya de la contundencia del acontecer menudo y cotidiano que lo confundía en la primera novela, sino que ese turbio espacio de la memoria, lejano y casi difuminado en el tiempo, se reproduce en la visión potencialmente rica del niño que mira y que reconstruye, con su ingenuidad cargada de sentido y con su penetrante memoria, el friso de su vida y de la vida de los suyos.

Si en la primera novela se lograba, implícitamente, el reconocimiento del yo en la figura del protagonista, y en las relaciones que éste mantenía con el espacio de su aventura y con los personajes que lo cercaban, Claudio de la Torre atraviesa ahora la frontera indecisa de la memoria colectiva para encontrar a aquel mismo yo, pero formando parte de una precisa comunidad que —también a causa del tiempo crítico que le toca vivir, cuando la mirada del narrador se tiende sobre su memoria— se convertirá en reducto terminal, abierto sin embargo a una dudosa y no menos conflictiva esperanza.

Pasemos al inicio de la última novela escrita por Claudio de la Torre.

—¡Saquen sus muertos, saquen sus muertos!

No era una orden, ni tampoco una súplica. Era simplemente un aviso, monótono a fuerza de repetirse, que Juan "El Chino" iba metiendo en los zaguanes de las casas al empezar al atardecer el recorrido de su distrito. Cumplía así las instrucciones del capataz Fonseca, las mismas que para las horas de la mañana.

Sin duda, el cambio sustancial que aquí se ha producido es la desaparición de la primera persona, y la implantación de un narrador que se distancia objetivamente de los acontecimientos, dando al relato un carácter de crónica puntual de un tiempo determinado. Pero aún hay otra variación igualmente significativa: la voz del personaje sustituye a la del narrador, en el arranque de la novela; ello es, nos permite oír, antes de nada, y con una frase ciertamente sobrecogedora, lo que alguien dice en el espacio de la ficción. La explicación vendrá después.

Claudio de la Torre ha rendido viaje, como explicábamos, volviendo al origen; pero no para reconocer allí al individuo que iniciara tiempo atrás su itinerario vital, ni para dilucidar —desde una discreta distancia— las claves de un mundo afín y próximo en el tiempo, sino para remontar esa historia e ir al comienzo, a la razón primera de la misma, principio que acabará por dar sentido a las dos exploraciones anteriores. Porque *Verano de Juan "El Chino"* se sitúa también en unas coordenadas muy precisas: el autor no tiene reparo alguno en dar referencia concreta de la epidemia de cólera de 1851, en la isla de Gran Canaria. Pero lo que a través de esa crónica persigue es el reconocimiento de una determinada organización social, causa de tanta incertidumbre, de tanta postración, y también de tanta abulia e indiferencia, como demuestran quienes son responsables del destino histórico de esa comunidad; y precisamente, a partir de la fecha en que el Archipiélago entra en la modernidad, con plena conciencia de su condición y de su identidad. Reconocimiento

de una organización social que, primero, desplazó al individuo fuera de su mundo (y así recorre, confundido, los primeros tramos de su existencia en solitario) y que, después, obligó a ese mismo yo indagador a reconocer en los suyos próximos las trazas de su identidad, y de una memoria tan compleja como es la que arrastra consigo.

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN

PRIMERA PARTE

ABRIL Y MAYO

I

Ha habido desde entonces tal sucesión de pequeñas anécdotas y han transcurrido relativamente tantos años, que apenas podría hoy fijar, de modo absoluto y preciso, cuándo y cómo hice conocimiento con Mr. Bright, el héroe de mi historia. Sólo recuerdo que le conocí en Sevilla, en una primavera inolvidable; creo que la primera primavera después de comenzada la guerra del 914, o séase en 1915. Digo que le conocí y, en realidad, yo no hice más que saludarle muy de cuando en cuando y siempre en ocasiones vanas y pasajeras. En cambio, con más frecuencia, oí hablar de Mr. Bright, quien, por lo visto, era un ser un tanto singular y un mucho aficionado a sorprendentes aventuras. De su tipo, de su persona física, apenas quedan en mi memoria unas cuantas líneas borrosas, francamente simpáticas.

Esto me parecían a mí. Pero noté que aquel desaliño suyo, aquella torpeza de movimientos, aquel lento maniobrar de los brazos, pegados siempre a las caderas, que lo hacían tan rotundamente cordial, no eran apreciados con exactitud, en su total virtud y armonía, por el resto de personas y amigos que le rodeaban. Hasta sospeché, a veces, que servían más a mover la risa y el comentario, que a la secreta adquisición de afectos y lealtades. Supe, más tarde, de perversas intenciones: quisieron en cierta ocasión vestirlo de torero

y hasta lo pusieron delante de un novillo, allá en una de las ventas camino del hipódromo. ¡Llamémosle así! Mr. Bright se dejó alucinar, como buen inglés, por la promesa del nombre, y no resistió la tentación alborozada de subirse a un coche de amigos que le empujaban ruidosamente. Allí disfrutó dulces sorpresas: carreras constantes de tres y hasta de dos caballos —uno de ellos, casi siempre, propiedad de un duque, cuyo nombre se pronunciaba en voz tan baja y respetuosa que adivinábanse en seguida las excelencias de la cuadra—. Mr. Bright jugó, por tanto, a estos caballos, o, como él decía derecho en su silla para no perder los incidentes de la carrera, y procurando maliciosamente un juego de conceptos: "yo estoy, por lo menos, colocado". Disfrutó, también, de las delicias del *stand* minúsculo, familiar, como el *court* de su casa de campo en Epsom, si bien éste de ahora sombreado tan sólo por una hierba pajiza, como regada con manzanilla, que crecía a trechos, mezquinamente.

—Farta de agua en la tierra der buen vino —le explicaron.

—Pero ¿y el río? —preguntó Mr. Bright, abriendo asombrado los ojos.

—Er río es pa navegá —le contestaron alegremente.

Mr. Bright sonrió. Verdaderamente, aquella gracia la tenían sólo los españoles.

—¡Y que lo digas tú, inglés! —sentenció uno de los amigos, haciendo un guiño de inteligencia a los otros.

Mr. Bright estaba encantado. No cesaba de admirar aquellas bellas muchachas de los palcos, nerviosas y elocuentes, de espaldas a la pista, engullendo entre carcajadas sabrosas golosinas. Los hociquitos se arrimaban glotones a las sagradas yemas de San Leandro, mientras la mano, mundana y ágil, levantaba, como en sacrificio, la sangre pálida de la manzanilla.

Claro está que Mr. Bright comprendía, confusamente, el por qué de este espectáculo en unas carreras de caballos y

hasta llegaba, en el fondo de sus convicciones, a encontrarlo desprovisto de toda lógica. No acertaba a entender la realidad de tan grande indiferencia ante el espectáculo que, precisamente, les había reunido, o, lo que era más inmediato a sus positivas percepciones, no llegaba a comprender el sacrificio económico para no ver un espectáculo al que asistían pagando. Pero éstas eran ridículas economías —pensaba Mr. Bright—, de las cuales se reiría seguramente cualquiera de estos románticos españoles.

Más tarde comprendió la causa. El ambiente se hizo tan extremadamente tierno, tan afectuosamente sincero, adquirió tal tono de familiaridad la general conversación, tan desiertos estaban los alrededores de la pista, limpios del bajo pueblo de curiosos que se amontona en otras latitudes en esta clase de reuniones, que aquel grupito de personas selectas, únicos espectadores aislados en un rincón de la campiña, agrupados alrededor de unos maderos, daba al espectáculo, a todo el paisaje, bello y dilatado, como un barniz doméstico, lo limitaba a proporciones caseras en las que una virtud cordial y democrática esfumaba las líneas y respetos para que se mezclaran, calurosa y momentáneamente, aquellos seres privilegiados, capaces de coincidir y adivinar la hora más elegante del día.

José María Alcántara, maldiciente y formal, aseguraba que todo era milagro de la manzanilla.

—Acaso del *champagne* —añadía, en una inexcusable rectificación.

Pero Mr. Bright, a fuer de extranjero correcto, capaz de gratitud cuando se le brindaba la hospitalidad más íntima, afirmaba muy serio que todo aquello brotaba espontáneamente del corazón.

Pronto le invitaron a los palcos. Fue presentado cortésmente a dos o tres familias, hasta que uno de los amigos que le acompañaba, que había estado en Gibraltar, recordó de pronto, con grandes aspavientos, que el nombre de Mr. Bright podía traducirse: Mr. Alegre. Y entonces, sucesiva-

mente, fue presentándolo entre gran algazara por toda la fila de palcos. Alguien, un poco bebido sin duda, llegó a gritarle desde uno de ellos:

—¡Olé los flamencos con nombre!

La ocurrencia se celebró y los jaleos se generalizaron entre bromas. Mr. Bright, confuso, sin abandonar su sonrisa, repetía a un lado y a otro, deshaciéndose en cortesía:

—¡Encantado, encantado!

Por fortuna, un incidente de las carreras desvió la atención unos segundos. Se corría la última prueba de importancia, el "Gran Premio" de Sevilla: un caballo catalán y otro caballo del famoso duque. Mr. Bright estaba extraordinariamente sorprendido de la insospechada parquedad de los españoles.

—¡Sólo dos caballos en ocasión tan solemne!

Con una torpeza inconcebible exteriorizó su entusiasmo, y vio compungido, con un sincero malestar, que sus palabras producían un efecto detestable. Alguien le preguntó, muy severo, si hablaba "con segunda". Mr. Bright no entendió, y se le quedó mirando boquiabierto, dolorosamente impresionado.

—Porque ha de saber usted —le explicó su vecino, un señor de aspecto venerable—, que aunque esta prueba no tiene muchos competidores, como usted ha observado, es, sin embargo, de una gran importancia. Seguramente usted no ignora nuestro viejo pleito con Cataluña. El pleito, en realidad, es con Madrid: que si Barcelona, que si la calle de Alcalá, que si las Ramblas... En fin, menudencias.

Mr. Bright continuaba boquiabierto, esperando, sin duda, conclusiones más concretas.

—Ante Cataluña —continuaba el orador, esta vez un poco azorado porque la explicación se iba haciendo larga—; frente a Cataluña nos unimos todos: los del Norte, los del Sur, los del Este... Porque Sevilla también tiene sus bellezas. Habrá usted visto su parque. En fin, aquí van a correr dos regiones, dos puntos de vista, dos políticas.

Mr. Bright se preparó a la carrera increíble. El punto de vista catalán era bastante más ligero, impetuoso, dando trancos mecánicos y rápidos hacia la meta. El otro punto de vista era más perspicaz, recogido, conteniendo un galope descompuesto. Ya mediaban la pista.

—¡Ahora! —apremió alguien al oído de Mr. Bright, mientras le apretaba convulsivamente el brazo.

Y como si en lugar de apretar el brazo del inglés apretase un terrible botón eléctrico, el punto de vista catalán rodó por los suelos al tomar una curva. Castilla, aligerada del freno en este instante, pasó como un relámpago junto a su rival y se precipitó, libre ya, suelta y vigorosa, en línea recta hacia la meta, mientras el público en pie, delirante, ovacionaba el victorioso arribo.

Un personaje alto y óseo, escondido hasta ahora en una pequeña tribuna, colocada en un extremo del stand, apareció en la escalinata secándose el sudor de la frente, con gesto de gran cansancio. Las manos enloquecidas revolotearon hacia él, en un movimiento circular y unánime, y le soltaron la ovación como un chocar de alas de madera. El personaje limpiábase con gravedad la frente y dibujaba en sus labios una maliciosa sonrisa, fruto de su experiencia, y, acaso de su inexperiencia.

Pero el triunfo fue rotundo, definitivo. Hasta Mr. Bright se sintió transportado, arrebatado por aquella ola de optimismo, y aseguró a grandes gritos que sólo en España se veían carreras tan emocionantes. Sus amigos le rodearon, le levantaron en alto, y al son de una marcha popular le zarandearon de lo lindo por los aires. Mr. Bright se sofocó y pidió que lo dejaran en el suelo.

El no podía hacer aquellos esfuerzos; estaba enfermo, convaleciente. Había venido de la guerra a curarse de una herida en el pecho, al borde mismo del pulmón. Los médicos habían recomendado a su madre que lo enviase al Sur, a un país templado.

Mr. Bright se empeñaba en contar su historia, su pequeña historia de héroe, pero los amigos no le oían ya.

—¿Una copa, Mr. Alegre?

No, nunca bebía; le estaba absolutamente prohibido. ¿No lo sabían? El médico quería salvar su pulmón.

Pero al calor del vino y la merienda surgió el plan maquiavélico. Una de las muchachas del palco, una muchacha jerezana, alta y rubia, opulenta, se le acercó con una copa en la mano. El brazo, desnudo hasta más arriba del codo, se perdía después bajo una gasa, veladamente incitante, bañado por tibia humedad. Otros tules cubrían el pecho, la espalda, dando la sensación de verla desnuda, vestida, alternativamente pudorosa y lúbrica. Mr. Bright bajó los ojos y adivinó las fuertes piernas, los muslos macizos; todo ello cayendo como una firme arquitectura sobre los zapatitos de raso. Mr. Bright se excusó, balbuciendo.

Ya sabían, estaba enfermo.

Pero la muchacha, risueña, jugándose ya su amor propio ante las incitaciones y burlas de los demás, le acercó la copa a los labios, al mismo tiempo que inclinaba su busto y los tules se entreabrían en deliciosos pliegues. Bright sintió llegarle al cerebro como una brisa perfumada que le desvanecía. El respirar de la muchacha, templado y rítmico, ardoroso al pasar entre los labios, brillantes y rojos, le abrasaba de lleno la cara. Mr. Bright cogió la copa y la bebió de un trago. La hazaña fue coronada con aplausos. Bright, jadeante, se limpiaba los labios con un pañuelo, fijando la vista en su Dalila. Ella estaba triunfante, con una nueva expresión en la mirada que le agrandaba luminosamente las pupilas.

Tenían, sin embargo, que despedirse. Se propuso la última copa. Ahora las muchachas no beberían. La jerezana sirvió en la suya, y esta vez sin palabras, sin un gesto, como cosa convenida, se la ofreció al inglés. Este, sin titubear, la bebió sonriendo.

—Ya sabe usted que somos paisanos —le dijo ella al despedirse—. Mi abuelo era un inglés; mi nombre es Alford.

Entonces, alguien propuso que brindaran juntos. Se sirvieron dos copas, que bebieron ambos mirándose a los ojos. Y con un largo apretón de manos, que al aflojarse se escurrió hasta los dedos, se despidieron por fin.

Mr. Bright estaba contento. ¿Quién se acordaba, en efecto, de las carreras? Allí quedaban los caballos, embutidos en sus jaulas, asomando nerviosamente el agudo hocico por los portales. Los concurrentes pasaban sin mirarlos, en animadas discusiones que se confundían con los gritos, al otro lado de la cerca, llamando a los *chauffeurs*, con las broncas bocinas de los automóviles. Aún pudo ver a la señorita Alford en el momento de subir a su coche, un magnífico Rolls azul, con su capota charolada de gris perla. Y, entonces, sucedió algo inaudito, extraordinario. La señorita Alford, antes de sentarse, ya dentro del coche, se volvió rápidamente hacia donde estaba Bright con sus amigos y le envió furtivamente un beso. Los amigos abrazaron a Bright y, al pasar el Rolls, solemne y silencioso, pudieron oír cómo una risa ahogada que venía del interior. Los amigos volvieron a abrazarlo, mientras que Bright un poco contrariado, hacía por desprenderse de sus brazos. Sentía como una opresión en el pecho, resultado, seguramente de tantas emociones.

Subieron al auto que les esperaba. Por el camino continuaron las bromas y hasta las insinuaciones groseras. Le pidieron que jurara sobre un casco de botella vacío que no cejaría hasta averiguar si la señorita Alford usaba pantalones, y que lo comunicaría inmediatamente a la reunión. Mr. Bright, avergonzado, confesó a media voz:

—Yo creo que es una señorita.

—¡Cómo una señorita! —le replicó airadamente uno de los más borrachos—; es nada menos que una Alford, de las

familias mejores de Jerez; una chica riquísima y virtuosísima. ¡Habrás visto al majadero!

—Lo ha tomado en serio —comentó una voz de bajo, vinosa.

—En serio, ¿el qué? —repetía Bright, aún más avergonzado.

—Señores —dijo Pepe Alcántara, rompiendo por una vez su indiferencia—: dejemos a Isabel, que, al fin y al cabo, va a casarse con un amigo, y entremos en esta venta desagradable. Hay buen vino.

El coche pasó un puentecillo y se detuvo a la puerta de una venta de rústica apariencia, distinta en su exterior apacible de sus hermanas reales las famosas Antequera y Eritaña. Pero ésta de ahora tenía también su especialidad.

Los amigos cruzaron un amplio jardín en desorden y subieron a un terrado. Sonaron las palmas y se pidió manzanilla con tapas, más tapas que manzanilla, pues todos sentían la necesidad de navegar con lastre. Aquella noche se presentaba buena: baile en el Casino y en Labradores y, a la madrugada, Dios sabía dónde.

Mr. Bright, esta vez, se negó rotundamente a beber más. Haría cualquiera otra cosa menos eso.

—Mr. Alegre se ha quedado triste —sugirió el que había estado en Gibraltar.

—¡Pss, el amor! —dedujo otro maliciosamente.

—Vamos a dejar esto —dijo de pronto Mr. Bright, muy serio. Pero, arrepintiéndose luego, volvió a sonreír mansamente y rectificó en voz baja—: si a ustedes no les molesta.

—¡Venga aquí el cordero Pascual Bright! —gritó el de la voz de bajo—. Y bébase esta copa conmigo que soy su amigo.

Y le atenazó por el cuello con sus manazas de gañán, obligándole a mojar los labios.

—¿Se llama usted Pascual? —preguntó Alcántara distraídamente.

—No, señor, Richard Bright, Ricardo Alegre —añadió sonriendo—. No sé por qué me ha llamado Pascual.

—¡Flamencutis! —volvió a gritarle el de la voz de bajo, hundiéndole el estómago con un dedo inflexiblemente tieso.

Bright palideció y se llevó las manos a la frente. La venta le dio vueltas. La respiración se le precipitó, produciéndole ahogos. Tuvo que sentarse. Los demás, asustados, le rodearon.

No, no era nada; un pequeño mareo. No se intranquilizaran por él; nadie tenía la culpa. ¡Aquel dichoso pulmón!

Serenóse poco a poco y, entonces, se empeñó exageradamente en que se olvidara el susto. El, cuando estaba en el Colegio, en su primer Colegio de Croydon, era un compañero divertido, todos le llamaban para divertirse: jugaba a la pelota, organizaba carreras en sacos, excursiones por el campo; en fin, se divertían mucho. Claro está que entonces tenía salud y, en cambio, ahora... Pero él no quería ser un compañero triste, él quería volver a ser divertido...

Sus amigos andaluces le oían pasmados. El de Gibraltar rompió el silencio:

—*I say*, ¿no jugaban ustedes al toro en... en... en ese colegio?

—No digas extravagancias —murmuró Alcántara.

—Venga usted, venga usted aquí —llamaba el otro a Mr. Bright, asomándose al pretil de la azoteílla.

Mr. Bright se acercó y descubrió al otro lado del jardín, un poco enterrado, como un estanque vacío, de regulares dimensiones, marcando el centro de sus paredes, aunque un poco distanciadas de ellas, unas vallas de madera, de poco más de un metro de altura.

—¿Qué es esto? —preguntó Mr. Bright con curiosidad.

—Esto es un corral —se dijo en tono religioso.

Bajaron a explicárselo. Por cinco duros se podía torear un becerrete que salía por aquella puerta sucia. Podían

verlo por una rendija. Mr. Bright miró, pero apenas distinguió un bulto más oscuro que las sombras del cuarto, inmóvil, como escuchando a su vez. Se daban los cinco duros y se tenían becerro y capote. Claro está que la cosa no era fácil, pues aquel becerro ya era viejo y estaba muy toreado. Salía, desde dentro, cantando en latín.

Aquellas vallas eran los burladeros; ¿comprendía Mr. Bright? En caso de apuro, algo así como una bendición. Se escurría uno entre la pared y las maderas y ya podía el torete buscar una entrada. Lo peor era la salida.

Se habían alejado. En este momento sonó una voz estentórea en lo alto del terrado, imitando los toques de un clarín. El amigo que daba las explicaciones, más ducho en armonías musicales, reconociendo la sinfonía pavorosa, no bien la hubo oído dio un salto maravilloso y quedó junto a la puerta. La abrió y desapareció, en el mismo momento en que otra puerta misteriosa se abría en silencio por el mismo lado. El torete apareció en la arena, mientras arriba se oían las voces indignadas de Alcántara, que gritaba:

—¡No seáis bárbaros, no seáis salvajes!

Mr. Bright se quedó aterrado, sin hacer movimiento alguno. Dijérase que las piernas no le obedecían o que una sorpresa enorme, superior a sus emociones, lo había inmovilizado. El torete escarbaba la arena, receloso y con querencia. De pronto se arrancó. Mr. Bright lanzó un grito y se tiró a un burladero. Recibió un golpe en el pecho y cayó detrás, encajonado, a todo lo largo de su cuerpo, dejando la cabeza al descubierto por el otro extremo. El animal embistió, haciendo saltar las astillas. Los amigos se precipitaron al ruedo, desplegando las americanas, llamando a gritos al becerro. Hubo sustos, carreras. El becerro fue de nuevo encerrado.

—Esto es criminal —decía Alcántara vociferando—. ¡Voy a prender fuego a la venta!

—Pero, mi osté, señorito —se excusaba el ventero—, er señorito lo mandó.

Y señalaba al de la voz de bajo:

—A ti, lo que te digo —repuso Alcántara, encarándose descompuesto con su amigo—, es que eres demasiado animal.

—Oye tú, oye tú —dijo el otro, amoscado—; que no es para tanto. Cuidado con lo que se dice.

Ya los mozos del establecimiento traían a Mr. Bright. Estaba sin sentido, intensamente pálido; un hilito de sangre le señalaba un pliegue de la boca.

Lo tendieron en la cama de la ventera y le desabrocharon el cuello rápidamente.

—¿Y si estuviese muerto? —exclamó Alcántara de pronto—. ¡Qué gracia, eh, qué gracia!

—No exageres, hombre —decía, ya pesaroso, el de la ocurrencia—; esto no es nada. Por supuesto, esto me pasa a mí por salir con enclenques. Otra vez no me sucede.

Bright volvía poco a poco a la vida, aunque quejábase de fuertes dolores en las costillas, en el pecho, en todo el cuerpo. No podría levantarse. Sentía, además, como una excitación nerviosa, acaso fiebre.

—No se apure por eso —le decían—; nosotros le llevaremos hasta el coche.

Y así fue; cargadito sobre cuatro brazos, como un torero al salir de la plaza en una buena tarde.

—Tenga usted ánimos —decían alentándole—. ¡Si le viera a usted ahora la señorita Alford! ¡Vaya un Don Juan!

Bright hacía esfuerzos por sonreír, por mantenerse firme; pero la cabeza se le doblaba sin querer, desvanecida.

Tarde llegaron al hotel. Aún pararon en otras ventas, por el camino, para remojar el susto. Mr. Bright les esperaba inmóvil en su asiento, apoyando atrás la cabeza, con los labios entreabiertos, respirando el aire fresco del crepúsculo. ¡Qué mal se sentía! ¡Y qué gusto si pudiera ir a su casa ahora, tenderse en su cama de estudiante, mullida y perezosa,

oír el silencio del jardín por la ventana abierta y mirar al cielo, su cielo inglés, triste y nublado!

Las campanas de un reloj de la ciudad sonaron a lo lejos. Venía su sonido envuelto en una ráfaga que se acercaba y se detenía en las copas de los árboles, sacando nuevas vibraciones. La brisa de los jardines traía el perfume de los azahares en flor. Mr. Bright sentíase aliviado, confortado por tanta maravilla.

La entrada en el hotel fue un episodio extraordinario, cruzando la triste comitiva por entre las mesas del hall, ocupadas totalmente de forasteros, gente de fiestas preparada ya para la noche, rebrillando los smokings junto al mate descote de las damas, entre el susurro de las conversaciones discretas y el volar cauteloso de los abanicos. El patio del hotel, de un sevillanismo artificial y alegre, presentaba un aspecto brillante. Bebíanse aperitivos diversos por las mesas, sembrando la superficie de lucecitas rojas, blancas, amarillas: Alguna cabeza rubia destacábase como una flor exótica en aquel mar agitado de cabecitas negras, lustrosas, con adornos transparentes de concha. Los hombres, correctos, estirados, más morenos sus semblantes sobre la pechera inmaculada, comentaban los incidentes de las carreras de aquella tarde, las piernas visibles de aquella noche; todo un confuso alborotado mundo.

Al aparecer Mr. Bright en el hall, sostenido por sus compañeros, se promovió una general curiosidad. Era, en efecto, bien extraño el grupo que formaban estos cuatro o cinco amigos, aún con los trajes de la tarde, empolvados, descompuestos, con la huella bien alarmante de sus correrías y andanzas. Pero, más que en ningún otro, la atención pareció concentrarse a los pocos momentos en la figura humilde y solícitamente atendida de Mr. Bright.

—Oye, José Mari —llamó a media voz un mocetón de smoking, levantándose de su mesa y adelantándose al encuentro.

Alcántara se separó del grupo y acercóse al que le llamaba.

—Oye, dime ¿es ése el inglés fantástico que habéis llevado a las carreras?

—Sí; Mr. Bright, una persona excelente.

—Y dime: ¿es verdad que se declaró en las carreras a Isabel Casa-Manrique?

—Hombre, no; ésas son invenciones. No ha habido nada de eso.

—No sé —respondió el otro, alejándose desilusionado—; por ahí lo oí decir.

Alcántara volvió a reunirse a sus amigos, que ya empezaban a subir la escalera empujando suavemente a Mr. Bright.

Mr. Bright fue acostado en su cama, abrigado hasta el cuello, pues tiritaba de frío, y todos se despidieron de él, deseándole buena noche y después de dar instrucciones a los criados para que llamaran al médico del hotel y entraran de vez en cuando en la habitación por si al enfermo se le ofrecía alguna cosa.

Cuando se disponían a salir del cuarto, Mr. Bright hizo un esfuerzo y llamó a uno de sus amigos. Sin hacer movimiento que le desabrigara, le preguntó con voz cansada:

—¿Por qué esta tarde, en las carreras, me apretó usted el brazo y me dijo: "¡Ahora!", poco antes de que cayera uno de los caballos?

El otro se acarició la frente, como tratando de recordar, y dijo al cabo, levantando la vista:

—Aquello fue casual. Yo sólo sabía que en esa curva de la pista se ha amontonado mucha arena con motivo de no crecer la hierba y hacer más dura la llegada. Eso no lo saben los caballos nuevos; es una buena prueba. ¿Algo más, Mr. Bright?

Mr. Bright sonrió y cerró los ojos.

II

Durmió bien, mejor de lo que esperaba, y, al despertarse por la mañana, ya entrado el día, notó alegremente que la fiebre había desaparecido y hasta que se encontraba con fuerzas para levantarse. En este momento llamaron a la puerta. Era el médico mandado a buscar la noche anterior, pero al que le había sido imposible el venir a aquella hora y se apresuraba a visitar al enfermo apenas levantado. Entró excusándose y sumiendo al pobre Bright en un mar de confusiones, Bright no recordaba haberlo necesitado. El criado explicó el encargo de los amigos.

—Pero siéntese usted —decía el enfermo, un poco desconcertado—. Lo que siento es que le hayan molestado por mi culpa. Creo que no es nada. Me encuentro bastante bien.

—Mejor es así —repuso el médico, con una sonrisa exquisita.

Y le tomó galantemente el pulso. Estuvo con él un largo rato, con la vista fija en un magnífico reloj de oro que sacó limpiamente del chaleco, y al cabo abandonó la mano con suavidad sobre la colcha y dijo, poniéndose en pie, mientras respiraba con fuerzas, aliviado:

—Efectivamente, su salud es inmejorable.

Bright lo agradeció también con una sonrisa, y se excusó de no poder acompañarlo. El médico se retiró haciendo un

gesto displicente con la mano, como diciendo: ¡Por Dios, por Dios, no faltaba más!

Bright quedó solo y se dispuso a levantarse. Tocó un timbre a la cabecera de la cama y esperó largo rato. Volvió a tocar. Después se puso a examinar el timbre: el timbre no sonaba. Entonces quiso levantarse a llamar desde la puerta; pero, no bien se hubo incorporado, sintió como un desvanecimiento que le obligó precipitadamente a apoyar de nuevo la cabeza en la almohada. Permaneció así largo rato. Le volvieron las palpitaciones y los ahogos. Apenas tenía fuerzas para moverse. Con gran trabajo subió las ropas de la cama, pues sentía que se enfriaba; poco a poco, procuró una cómoda posición y se quedó otra vez dormido.

Cuando despertó debía ser ya muy tarde. Miró las ventanas sin sol y calculó que serían las dos o las tres. Probó de nuevo a tocar el timbre, mas con el mismo resultado. No se atrevía ahora a moverse. Se resignó a su abandono y pensó que tal vez alguien entraría en su cuarto, extrañado de su silencio. Un reloj cercano dio seis campanadas.

—¡Las seis! —se dijo asustado Mr. Bright.

Después, pareció meditar y dijo al cabo, sorprendido:
—¡Qué hermosa primavera; parece que son las cuatro!

Miraba un cielo azul, por sus ventanas abiertas, y el alero de la casita de enfrente, coronado de blancas palomas. Quedó adormecido, y volvió a despertar con las sombras ya dentro de su cuarto. El grato paisaje había desaparecido. Un aire húmedo, en cambio, se entraba por las ventanas abiertas. Sintió un hambre atroz. En verdad, esto llegaba a ser casi una desconsideración a su calidad de huésped; todo un día abandonado.

A su cuarto, situado en un extremo del edificio, no llegaban los rumores del resto vivo del hotel: del hall, del comedor; pero él adivinaba que a estas horas debían ya estar los huéspedes confortablemente sentados ante las mesas suculentas, acaso en vísperas de un pollo dorado con su guirnalda

de verdes guisantes. Esto le puso furioso. A punto estuvo de tirarse de la cama y salir al pasillo dando voces. Pero, como si sólo se esperaran estas intenciones alarmantes de Mr. Bright para ponerle ante sus ojos despavoridos las excelencias del hotel, la puerta del cuarto se entreabrió tímidamente, dejando ver la cara afeitada y prudente del criado. Al darse cuenta de que el huésped le espiaba, vuelta la cabeza sobre la almohada, tomó un aire ocupado y decidido y entró resueltamente en la habitación.

—¿Se le ofrece algo al señorito? —preguntó.

—¡Hombre —dijo Bright bastante molesto—, hace cuarenta y ocho horas que me tienen ustedes abandonado!

—Verá usted, señorito: yo entré esta mañana y estaba usted durmiendo. Como vi que descansaba no quise despertarle preguntándole si se le ofrecía algo durante el día. Porque, verá usted, hoy tenía licencia para dejar el servicio después del almuerzo. ¡Como estamos en FERIA...!

—Pero alguien quedará en el hotel...

—Sí, señor, que queda. Quedan dos muchachos: uno arriba —dijo, señalando al techo con el dedo—, y otro abajo, en el patio.

—Pero aquí —repuso Bright señalando el timbre con su dedo— hay un timbre que no suena.

—¿Qué me cuenta usted? —saltó alborotado el mozo—. ¿Que no suena? ¡Virgen María, y qué cosas! ¡Esta casa es una Babel! Espere usted, espere usted...

Y salió trágicamente al pasillo.

—¡Eh! ¡Eh! —gritaba furioso Mr. Bright—. ¡Lo que yo quiero es comer!

Pero ya el mozo corría sobre la alfombra estrecha del pasillo, presa de la electricidad que no encontraba el pobre huésped.

Transcurrieron unos minutos en silencio. Mr. Bright se desesperaba. A poco oyó los pasos precipitados del mozo, que volvía acompañado del intérprete del hotel.

—A ver tú, José —decía el criado—, ¿qué te parece la

guasita? Er timbre que no suena y er señó muerto de hambre todo er día.

—Pero, oiga usted... —inició tímidamente Mr. Bright.

—A mí no me diga usted nada —le interrumpió el mozo con un aire abochornado en el encogimiento de hombros—; esto es una vergüenza, y ná más que una vergüenza.

—En realidad estamos en Feria —dijo en tono conciliador el intérprete.

—Eso sí es verdad —reconoció pesaroso el otro—. De todas maneras, esto hay que arreglarlo; no es posible que farte er timbre. Se necesita pá tóo.

—Pero, oiga usted —volvió a interrumpir Mr. Bright, esta vez casi lloroso.

—¡Si ya estoy, señor, si ya estoy! —repetía el muchacho—. ¿Que quiere usted agua? Pues er timbre. ¿Que quiere usted vino? Pues er timbre.

—Que quiero cenar —se atrevió a decir Mr. Bright.

—Pues er timbre también, señó. ¡Si es lo más necesario!

En tanto, el intérprete daba vueltas al chisme entre sus manos, volviéndolo y revolviéndolo con suma atención como para hallarle el defecto por deducción visual. El criado se impacientaba.

—Mejor sería que te tiraras un salto a casa de Juanito el Revendedor, a ver si está su yerno por un casual.

Pero las manos del intérprete habían conseguido, al fin, desarmar el artefacto y se ocupaban ahora en la minuciosa tarea de reunir las piezas sueltas sobre la mesa de noche.

—Anda, que yo las arreglo —volvió a decirle el mozo.

Pero, en la precipitación de ayudarle, rodaron las piezas por el suelo. El intérprete salió malhumorado.

Bright esperó pacientemente a que el mozo concluyera su tarea, y, cuando la creyó terminada, se aventuró a toser con discreción. El mozo, entonces, pareció recordar el motivo de su visita.

—Bueno —dijo— ¿qué se le ofrece a usted?

—Yo desearía comer alguna cosa —pudo exclamar el huésped al fin.

—En seguida. ¿Quiere usted la lista?

—Tráigame un poco de pescado guisado, sin sal, y un buen vaso de leche. También quisiera alguna fruta.

—Al momento.

Y esta vez más despacio, como hombre que se prepara a cumplir una función normal, y no con las exigencias que requiere toda eventualidad de índole urgente, como un timbre que no suena, el criado se alejó por el pasillo cerrando al salir la puerta del dormitorio.

Mr. Bright volvió a recobrar la calma como quien recobra un tesoro perdido. Aquella gente se le antojaba que hablaba mucho, y sobre todo, que gesticulaba por cualquier cosa. Claro está que era siempre de agradecer aquella solicitud desplegada con motivo del timbre, cuya importancia reconocía, pero, a su pesar, no lograba entender que no fuera más importante su falta de alimento y, mucho menos, que para una u otra cosa se necesitase la presencia en su cuarto del intérprete. Bien es verdad, también, que se había hablado de un revendedor, pero, ¿qué diablos tenía que ver en el asunto un sujeto de oficio tan bajo?

Con estas y otras confusiones entretuvo su tiempo Mr. Bright. Se compadeció, además, por su mala fortuna de haber caído enfermo en los días de feria. ¡Tanto pensar en ella y oír hablar de sus primores, para no verla! Verdaderamente, había sido desgraciado. Y todo por las carreras, por haberse ido a las carreras nada menos que en la víspera de la fiesta. Pero aquí le tomó otro rumbo el pensamiento y recordó a la señorita Alford. Con esta idea estuvo entretenido largo rato. El hambre se volvió a dejar sentir. Pero, ¿qué hacía ese mozo que no volvía? Instintivamente llevó la mano al famoso timbre desarmado y unió al apretar los filamentos desprendidos. El timbre sonó. El criado llegó sonriente, sorprendido de veras, como repitió cuatro o cinco veces.

—Perdone er señorito mi tardanza, pero no tenemos esta noche er pescao guisao.

Bright sintió que le abandonaban las últimas fuerzas. Aún las tuvo para murmurar:

—Pues yo creía que era lo más sencillo.

—Sí que lo es, pero no lo tenemos. Er pescao esta noche está arreglado con una composición mu rica. Pero, yo ser usted, lo que hacía es enviar por pescao frito a la calle. No hay ná mejó.

—¿Pescado frito? —exclamó aterrado Mr. Bright.

—Sí, señó. Es mu bueno. Lo come toda Sevilla.

Mr. Bright renunció a la lucha. En el fondo se sentía muy miserable, muy inútil para la vida.

—Traiga usted lo que quiera —dijo suspirando.

Y se volvió enojado para la pared.

El criado salió de nuevo. Profundos suspiros se escapaban del lecho, tristes recriminaciones que se hacía el pobre Bright. A él le hablaron de dos buenos hoteles en Sevilla: el hotel Castilla y el hotel Gran Bretaña. Y él, extranjero, extranjero educado que sabe cuánto debe al país que le brinda hospitalidad, no dudó un momento en traicionar sus instintos ante aquel nombre nacional, venerado por los españoles, cantado en toda su Epica. Concibió aquella alternativa como una trampa tendida para probar su corrección. Y, grave y convencido, no dudó un instante en elegir. ¡Cómo pagaba ahora su falta de patriotismo! El infeliz Bright hacía radicar en los nombres, acaso en la fonética, esencias extrañas y desconocidas.

La puerta volvió a abrirse para dejar paso a una enorme bandeja sostenida milagrosamente en el aire por la fuerza insospechada del valeroso muchacho. Múltiples y diferentes viandas cubrían toda la superficie: la humeante sopa de ajos, aderezada esponjosamente con gruesos trozos de pan, el cordero asado a la andaluza, con su salsa recogida y vertida por los sabrosos rincones, la rugosa carne empanada

con su aspecto de piedra volcánica; multitud de frutas carnosas: brevas, higos chumbos, ciruelas; algo de fiambre, queso, aceite y vinagre, café. Al borde de la bandeja descansaba un cucurucho ordinario de papel de envolver, traspasado de grasa, del que salía un olor imposible. Aquello era el pescado frito. En el centro de aquel mar revuelto y embravecido, se destacaba como un faro la blanca torre del vaso de leche.

Mr. Bright, como un viajero atacado por el mareo, con la turbia sensación de las náuseas, o como un náufrago agonizante que ve de pronto surgir la tierra, tendió la mano hacia el vaso y lo asió desesperadamente.

—¿Empieza er señorito con la leche?

—Empiezo y concluyo —respondió postrado Mr. Bright, después de bebérsela de un sorbo—. Me encuentro mal. No tengo apetito. Gracias.

—¿Está enfermo er señorito? ¡Todo sea por Dios! Entonces, me llevaré la cena.

Ya iba a salir, cuando se volvió como si recordara algo importante que decir.

—¡Ah, se me orvidaba! Er timbre lo arreglarán mañana. Er muchacho que fueron a por él había salido. ¿Sabe usted? Como estamos en Feria todo er mundo se sale a divertirse. ¡Cosas de la juventud! —concluyó con misterioso suspiro.

—¡Claro! —murmuró Mr. Bright, suspirando también, sin darse cuenta de lo que decía—. Algún timbre que habrá por ahí que tampoco suena...

III

A la mañana siguiente le despertó esta vez una muchacha, pequeñita y bastante agraciada, que, por lo visto, hacía las veces del mozo, y que entró, después de llamar a la puerta, con el desayuno en una bandeja: leche fresca y espumosa y unos ricos bizcochos llanos. También traía unas tostaditas diminutas, ligeramente untadas con manteca. Esta aparición deliciosa le pareció a Mr. Bright de buen agüero. El día se presentaba decorosamente.

—El otro —explicó la muchacha con su voz agradable, un poco infantil— tiene permiso esta mañana hasta la hora del almuerzo. ¡Como estamos en Feria!

—Bien, bien —dijo alegremente Mr. Bright.

E intentó incorporarse. Pero la muchacha le contuvo solícita con un gesto y empezó a arreglarle las almohadas, trayendo otras que tenía dispuestas en el pasillo, muy limpias y blancas; de tal manera, que Bright se sintió poco a poco incorporado y confortable sin necesidad de hacer el menor esfuerzo.

—¡Ajajá! —exclamó la muchacha, terminando su arreglo y dando unos golpecitos cariñosos a la almohada junto a la cabeza del enfermo—. ¿Está usted cómodo?

—Bien, bien —repetía Mr. Bright, cada vez más contento.

—Han traído también esta carta —le dijo la muchacha, sacando un sobre cerrado del bolsillo del delantal.

Eran unas líneas de Alcántara deseándole mejoría y despidiéndose por unos días, que iba a pasar en el campo. Bright quedó agradecido a la lectura y se prometió estrechar más sus relaciones, cuando estuviera bueno, con aquel amigo tan afectuoso.

En verdad, todos eran buenos chicos, eso sí. El no podía olvidar cómo le llevaron al hotel la noche que se puso enfermo. Ahora, sabiendo que él era un muchacho delicado, ya no le darían bromas ni volverían a encerrarlo con un novillo. Este recuerdo desagradable se le borró impetuosamente por una oleada de optimismo que le llenó el pecho de brisas y cantos alegres. Le hubiera gustado saltar y reír; pero se contuvo a la vista de la muchacha, que lo miraba un poco sorprendida, mientras colocaba a su alcance el precioso desayuno.

—¿Cómo se llama usted, cuál es su nombre? —le preguntó sonriendo, esforzándose por parecer amable.

—Me llamo Carmen, Carmencita, como me dicen todos —contestó la muchacha.

—Bien, Carmencita; me parece que vamos a ser buenos amigos —repuso él, atacando de lleno el desayuno.

—¡Ah, me olvidaba! Anoche estuvieron unos señores preguntando por usted. Se les dijo que el señorito estaba descansando y contestaron que volverían esta mañana.

—¿Unos señores? —preguntó Bright con la boca llena de bizcocho—. ¿Quiénes eran?

—No dejaron sus nombres. Me figuro que fueran sus amigos, que venían a saber de usted. Yo no los vi; el otro me dejó este recado.

—Bien, bien —seguía repitiendo Mr. Bright, atragantándose con las tostadas—. Seguramente eran mis amigos.

El desayuno terminó y Carmencita se dispuso a llevarse el servicio. Bright hacía propósitos de levantarse en seguida e irse a dar una vuelta por la Feria; pero Carmencita, envalentonada por las pruebas de afecto del huésped, propuso, con su gran sentido común, como ella decía, otro plan más razonable: Mr. Bright dormiría otra vez hasta las

once; ella vendría a esa hora a despertarle, trayendo otro buen vaso de leche; Mr. Bright tomaría su baño, bien templado, y luego, abrigadito y dentro de un coche, iría a tomar el sol por la Feria.

Bright la oía con la boca abierta, asombrado de sus disposiciones. Ella lo interpretó como asentimiento y, quitándole las almohadas que había traído para que recobrara su posición de enfermo, le subió las ropas hasta los hombros y salió del cuarto de puntillas, poniéndose un dedo en la boca en señal de silencio. Mr. Bright no intentó siquiera moverse.

En la misma posición le encontró Carmencita cuando tuvo que volver, al poco rato, malhumorada, porque los señores de la noche anterior habían vuelto, como prometieron. Ella había dado todas las excusas; pero los señores no habían querido entenderlas y se empeñaban en ver al señorito en seguida. Parecía que tenían prisa.

Todo esto lo explicó alargando en una bandeja dos tarjetas. Bright leyó: "Joaquín Moral de Morales" y "El Marqués de las Siete Fuentes". Hizo un mohín de extrañeza con los labios. No los conocía.

—¿Y dice usted que quieren verme en seguida? —preguntó.

—Sí, señorito; eso me lo repitieron muchas veces. Dicen que, si no quiere usted molestarle, que no les importa que usted los reciba aquí.

—¡Oh, no; eso no! —protestó Mr. Bright, ruborizándose—. Dígaless usted que bajaré en seguida; que se sirvan disculparme.

—Pero, señorito, si está usted muy débil; no debe agitarse.

—¿No habría una pequeña sala en este piso? —preguntó Mr. Bright, comprendiendo que sus fuerzas no le servirían para mucho.

—¡Ay, no señor; no hay más que dormitorios! Pero —rectificó de pronto—, ¿por qué no los recibe usted en uno que está aquí junto, vacío?

—Muy bien —decidió Mr. Bright, incorporándose—; llévelos usted a ese cuarto.

Carmencita salió diligente, mientras Bright comenzaba a vestirse. En los primeros momentos sintió como un ligero vahído; pero la idea de la visita, y de su urgencia, le hizo sacar fuerzas de su debilidad. Consiguió ponerse en pie, lavarse y peinarse un poco, y encajándose una bata de mañana y unas severas zapatillas salió al pasillo en dirección al cuarto donde había oído ya llegar la extraña visita.

Entró disculpándose por el lugar donde recibía y por su vestimenta; pero el más joven de los dos, que parecía muy vivaz y decidido, le atajó, diciéndole con fuerte acento andaluz:

—No es preciso; ya la muchacha nos ha explicado...

Entonces Bright cogió una silla, hizo un gesto para que se sentaran los otros de nuevo y, sentándose él también, se les quedó mirando sonriente, un poco turbado. El más joven volvió a tomar la palabra.

—Ya usted supondrá a lo que venimos...

Bright los miró sorprendido.

—No; yo venía con curiosidad por saber...

Esto pareció desconcertar al que permanecía callado; pero el otro no se acobardó por este tropiezo, sino que, al contrario, lanzándose de lleno al asunto, soltó esta terrible proposición:

—¿Vamos a quitarnos las caretas?

Mr. Bright, inconscientemente, se pasó la mano por la cara, pero no articuló palabra alguna. Estaba maravillado. El más viejo, gravemente, concretó entonces la cuestión:

—Nosotros somos los representantes de nuestro amigo el vizconde de Hacha, a quien usted ha ofendido.

Mr. Bright dio un salto en la silla. ¿Cómo? ¿Qué era aquello? ¿De qué vizconde hablaban? ¿Que él había ofendido a quién?

—Seguramente, señores —dijo, haciendo un esfuerzo para disimular su turbación por la rapidez de la escena—, en esto hay algún error. Mi nombre es Bright y soy un extranjero que acaba de llegar a Sevilla.

—Precisamente —intervino el joven—, Mr. Bright; ésta es la persona a quien nos dirigimos.

Mr. Bright estaba en sumo grado sorprendido. Cuando ya no tuvo dudas de que era a él a quien querían hablar, una curiosidad extraordinaria le hizo hacer nuevas preguntas. Pero, ¿cómo podía él ofender a una persona que oía nombrar por primera vez? ¿Cuándo pudo ofenderla?

—Usted recordará, en cambio —continuó el joven implacable—, a otra persona bien allegada a nuestro amigo, a la señorita de Casa-Manrique.

—No —contestó Mr. Bright cada vez más asombrado.

Entonces les tocó a los representantes el quedarse sorprendidos. ¿Cómo que no la recordaba? ¿Cómo era posible que se hubiese olvidado de esa señorita a quien había conocido hacía sólo dos días, y a quien, incluso, hizo la corte?

Mr. Bright empezó a adivinar, todo confuso. ¿Era de la señorita de Alford de quien hablaban los señores?

—Claro está —decía el más joven, profundamente irritado—; de Isabel Alford, o de Isabel Casa-Manrique, o de Nené Manrique, ¡da lo mismo!

Mr. Bright parecía conforme, en apariencia, por las señales de aprobación con la cabeza, con esta triple identidad; pero aún no conseguía explicarse qué es lo que tenía que hacer en este lío aquel terrible vizconde.

—Usted no ignorará —le dijeron— que la señorita de Alford, como usted la llama, es la prometida de nuestro amigo.

Pues no, no lo sabía. Había oído decir que iba a casarse, pero no supo con quién.

—¡Esas son martingalas! —interrumpió brutalmente el más joven, el que llevaba la voz cantante.

Mr. Bright palideció, adivinando el sentido de la palabreja. Se puso de pie en el acto.

—Yo no digo nunca mentiras —dijo—, ni siquiera en los asuntos que no me interesan, como éste.

—Excelente —respondió el joven, perdiendo terreno, desconcertado—; eso es ya concretar la cuestión.

—No, señor —volvió a decir Bright, que iba alterándose por momentos—; eso no es concretar la cuestión; eso es desviarse de ella. Porque, en resumidas cuentas, ¿qué desean ustedes de mí?

El que había permanecido más silencioso tomó entonces la palabra, una palabra medida y reposada.

—Una explicación —anunció solemnemente—. Nosotros deseamos una explicación satisfactoria. El hecho de que usted no supiera con quién iba a casarse la señorita de Alford no amengua, a mi juicio, las proporciones de la ofensa. Claro está que si no fuera quien es nosotros no estuviéramos aquí; pero esto es aparte.

—En resumen —volvió a interrumpir, impaciente, el otro visitante—: que usted nos da una explicación satisfactoria o iremos a una reparación por las armas.

La confusión volvió a hacerse. Una explicación, ¿de qué, por qué y para qué? Y, sobre todo, ¿sobre qué? El lamentable dominio que tenía Mr. Bright sobre la declinación del relativo hizo más penosa la vuelta a la luz.

—Usted ha ofendido —repetían ambos amigos incesantemente— a nuestro amigo el vizconde de Hacha en la persona de su prometida, la señorita de Alford. Lo reconoce usted, ¿sí o no?

—De ninguna manera —repetía asimismo Mr. Bright—. Yo he hablado solamente unos momentos con la señorita de Alford; no hubiera tenido tiempo ni siquiera de ofenderla.

—Pero usted la cortejó —afirmó lúgubrementes el más viejo.

Bright no comprendía.

—Sí, señor —afirmaba el joven, dando pequeños saltitos nerviosos en la silla—; le hizo el amor..., le pidió relaciones; flirt..., flirt... —agregó, gozoso de encontrar la explicación en el propio idioma de Mr. Bright.

Pero Mr. Bright, al conjuro de la palabra mágica, había caído en un dulce éxtasis que se transparentaba en su sonrisa, tierna y maliciosa, evocadora de pretéritas delicias.

—Eso sí es verdad —confesó, como hechizado—; la señorita Alford es muy bonita.

Los dos padrinos se pusieron bruscamente en pie. Dieron sendos tirones a las solapas de sus americanas, como expresando un fin o una decisión, y los dos a una dijeron:

—Después de esa confesión, nuestra misión ha terminado. Esperamos que nombre usted sus representantes para entenderse con nosotros. Besamos a usted la mano.

Y se dispusieron a abandonar el cuarto. Pero Mr. Bright, desolado, con una inexplicable angustia, se agarró al faldón de la americana que tenía más cerca, y que resultaba ser la del grave personaje, y dijo con un acento desgarrador:

—¡Pero si es que todavía no he comprendido nada!

Los dos amigos se miraron con una sonrisa de desdén, como comunicándose, mutua y tácitamente, lo lamentable que empezaban a encontrar la escena, y el jovencito dijo entonces, precipitando las palabras, deseoso de llegar, por fin, al término de la conversación:

—Usted ha reconocido que flirteó con la señorita de Casa-Manrique.

—Sí, señor —respondió Bright, pendiente de no perder una sola sílaba.

—Luego, reconoce usted la ofensa...

—¡Ah, no; eso no! En mi país flirteamos todos, como usted dice.

—¡Lo dice usted! —exclamó el otro, furioso.

—¡Nunca! —dijo, ofendido, Mr. Bright—. Nosotros no decimos flirtear: *We say to flirt*.

—Pero, ¿qué dice este bárbaro? —no pudo menos de exclamar el personaje grave, como si se lo preguntara alternativamente a la alfombra y al techo.

—Estamos en España —replicó el otro, confuso, queriendo cortar el estúpido incidente—. Usted reconoce que quiso flirtear con la señorita Alford. Usted reconoce que fue usted el culpable.

Mr. Bright meditó unos momentos, como si estuviera reconstruyendo la escena. Después dijo con acento tranquilo:

—Sí, señor; yo fui el culpable.

—¡Al fin! —exclamaron los otros respirando.

—¿Qué más? —preguntó Bright, reflejando en su cara un enorme cansancio.

—Nosotros —dijo el más viejo— esperaremos el aviso de sus amigos para reunirnos donde les plazca y tratar el asunto.

Y se pusieron en pie nuevamente. Mr. Bright dejó también su asiento, y repuso:

—Supongo que no se tratará de un duelo. Yo no puedo batirme en duelo, porque me lo prohíben mis creencias, mi educación...

—¿Tiene usted miedo? —dijo el más joven, fríamente.

Mr. Bright lo miraba desconcertado. Iba a decir que sí. Pero dijo, al cabo:

—Esta tarde recibirán ustedes la visita de mis amigos. Buenos días.

Y señaló la puerta, despidiéndolos. Ya en el pasillo, los dos representantes resumieron sus impresiones. El más viejo dijo gravemente:

—Es un pobre idiota.

Bright esperó a que dejaran de oírse los pasos por el corredor y salió después en dirección a su cuarto, andando penosamente. Se sentía muy fatigado.

Aún le aguardaba otra sorpresa. Carmencita, en un rincón de su habitación, sentada en la cesta de la ropa, lloraba desconsoladamente.

—¡Ay, señorito! —le dijo al entrar—. ¡No tuve más remedio que oírlo! ¡De aquí se oye todo! ¡Ay, qué desgracia para el señorito!

Mr. Bright se quedó de una pieza. ¿De manera que aquella muchacha, en tres horas, ya le había cobrado tanto afecto? España era, indudablemente, un país de grandes corazones.

Se acercó, solícito y vacilante y le dijo, acariciándole conmovido la cabeza:

—¡Vaya, Carmencita, no llore usted! Esto no tiene importancia.

Después se quedó de nuevo pensativo, como si no acabara de resolver una duda. ¿Dónde iba a encontrar él sus padrinos? Pensó en la carta de Alcántara. ¡Qué contratiempo! De los otros amigos apenas si sabía la mitad de sus nombres: uno se llamaba Gabriel...; otro, Ramírez...; otro, Rafael... No conseguía formar ni una sola personalidad. ¿Adónde iba él, por esas calles, preguntando por Juan, uno que era así, con esta estatura, que había salido con él una tarde? La gente le tomaría por loco. Quiso pensar dónde vivía alguno de ellos; pero recordó al punto que nunca se lo dijeron; que, al contrario, cuantas veces quiso averiguarlo, para concretar más sus amistades, según las recomendaciones de su madre, los amigos se habían entretenido en un juego arbitrario, en darle, riendo, fantásticas direcciones. En realidad, esto no estaba bien. El no intentó más averiguarlas, sintiéndose casi ofendido.

El asunto, pues, se complicaba. Bright preguntó, de pronto, a Carmencita:

—¿Tiene usted algún hermano?

—Sí, señorito —contestó la muchacha entre sollozos entrecortados, que le agitaban el cuerpecito nerviosamente—. Tengo uno en la Corta, trabajando.

—¿Y usted cree que querría servirme de padrino?

La muchacha dio un salto. Desaparecieron los sollozos. Se acercó despacito a Mr. Bright, con el estupor pintado en su cara.

—¿De padrino? —dijo, al fin, dilatando los ojos—. ¿Mi hermano padrino del señorito en un duelo?

—¿Por qué no? —decía tranquilamente Mr. Bright—. Su hermano no tendrá inconveniente, ¿verdad?

—¿Inconveniente? ¡No, señor! —decía la muchacha, atacada de improviso por una risa convulsiva—. Lo único que cuando se lo diga a esos señores le van a dar de palos y se queda sin trabajo. ¡Si mi hermano es un infeliz!

—Mr. Bright estaba preocupado. Miró el reloj y volvió a decir a la muchacha, que hacía esfuerzos para no reírse:

—Carmencita, ¿quiere usted ayudarme en este asunto?

—Sí, señorito; en todo lo que usted quiera —respondió apasionadamente la muchacha.

—Pues bien —añadió Bright con un suspiro—; tráigame entonces el almuerzo.

Y se sentó, sombrío, al borde de la cama.

IV

La hora era calurosa, como si el verano se hubiera adelantado para que brillaran hasta los más escondidos detalles de la Feria. Todo en Sevilla parecía dispuesto a lucir su fiesta más sonada, hasta este sol de oro, de ígneos ribetes, duro y amarillo como un pandero.

Mr. Bright pudo salir del hotel sin hacerse notar gracias a la siesta que adormecía el edificio. Atravesó el patio desierto, donde hasta la fuente se desperezaba, estirando y cruzando sus brazos sutiles, y el agua caía como un susurro, adormilada, brotando a hilitos de unas ranas bruñidas, de reluciente cerámica, apoyadas en el borde del estanque en actitud oratoria. Afuera, en la calle, el calor se hacía más sofocante, y sólo de vez en cuando una ráfaga de fresca brisa, rápida y huidora, recordaba el invierno vecino. No eran días de abril, cambiantes y alocados; eran días de estío, en reposo, en los que el artificio se denunciaba vagamente en las verdes copas de los árboles, en las últimas hojas, bulliciosas y estremecidas aún por los aires postreros del invierno.

Mr. Bright se lanzó a la ventura. Un fuerte optimismo que le daba la ciudad maravillosa, como envuelta en aquella hora por una dorada arena que la hacía confusa y transparente a un tiempo mismo, y le entraban en su corazón como nuevas fuerzas en calma, dispuestas a desplegarse al pretexto menos íntimo, le hizo acelerar su paso en busca

de no sabía qué sorpresas, cosas insospechadas que parecían aguardarle. Pronto se refrenó. Vacilaba, como siempre. Aquel ímpetu extraordinario, sin razonados propósitos, le llevaría de un lado a otro, fieramente desorientado, con miles de problemas bulléndole en la mente, sin precisarlos en su algarabía. Esto le desalentó. Sintió cómo de nuevo le invadía su torpeza, la triste inutilidad de su acción, y se detuvo perplejo, dudando de su estrella y de su rumbo.

—Lo primero es formarse un plan —se dijo para consolarse.

Pero no sintió alivio alguno, como si una vez abandonado aquel reino de atropelladas fantasías, esta necesidad de ahora, necesidad de acción ineludible, le fuera radicalmente incompatible con sus deseos o, mejor, ajena y desconocida. Una vez más maldijo su salud, aquella enfermedad que lo minaba y lo iba reduciendo poco a poco a contadas aptitudes. Volvió la vista atrás. Aún se distinguía el hotel, cuando él pensaba haber andado horas y más horas. Se subió a un coche de punto y se tiró en un rincón, malhumorado y triste, sin fuerzas ya para pensar en su infortunio. El cochero, asombrado, arreó al caballo, encogiéndose de hombros.

Al cabo de unos minutos se ladeó en su pescante, preguntando la dirección. Bright le respondió levantando una mano indiferente y ciega, y el cochero esta vez, agradeciendo la seña con su sonrisa más servicial, se dirigió a la Giralda. Momentos después se detuvo el coche. Un viejo uniformado se acercó solícito, ofreciéndose como guía para subir a la famosa torre. Mr. Bright se hizo repetir el número de escalones, la altura aproximada. Sentía como un placer infantil, una especie de picardía, en observar atentamente la naturalidad con que el viejo le invitaba a la ascensión, le contaba uno por uno los escalones, le señalaba los recodos de descanso, los diferentes puntos de vista que iban surgiendo de la espiral, las visiones parciales de Sevilla; ahora enmarcada en las líneas árabes de una ventana, como una postal de propaganda; ahora estrecha y aguda a través de una saetera; el aire más puro a medida que se avanzaba; la

franja del río, reduciéndose y acercándose a la base del monumento al par que se subía. Y se subía más, mucho más, hasta volar sobre Sevilla. El viejo era un devoto de su oficio, como él mismo confesaba apesadumbrado, a pesar de todo.

—Interesante —repetía Bright.

Y mentalmente calculaba la altura en que le abandonaría su resto de pulmón. La charla, sin embargo, le había animado. Dio al viejo una buena propina, como si bajase de la torre más alta del mundo, y ya más tranquilo, concretó su dirección al cochero.

—Dé unas vueltas por la ciudad, sin parar en ningún sitio.

El coche volvió a rodar. Ahora se internaba por el barrio tortuoso de Santa Cruz, dando tumbos violentos, como escapando con estas contorsiones de quedar aprisionado entre las paredes. El cochero, más rígido en estos instantes difíciles, adquiriría todo el prestigio de un piloto o de un capitán en día de tormenta, amarrado al puente de mando. Las olas se le antojaban a Mr. Bright de un verde constante en la rápida sucesión de puertas y ventanas. Terminó por sentirse mareado.

—En realidad —se dijo—, el barrio de Santa Cruz no es un paseo de coches.

Y suspiró abrumado, cerrando los ojos.

Cuando volvió en sí, comprendió el susto del cochero. El pobre hombre estaba junto a él, mojándole la frente con un pañuelo humedecido, y desolado por cuanto sucedía. Mr. Bright trató de tranquilizarlo; pero no le salió sino una sonrisa, una sonrisa débil, insuficiente para tanta alarma. Empezaban a reunirse los primeros curiosos. Bright hizo un esfuerzo y consiguió bajarse del asiento, y dando el brazo al cochero, se dirigió a un jardincillo próximo, solitario y en sombra. Por el camino iba explicando a su acompañante las causas de su desvanecimiento: su malestar desde hacía unos días, la dieta rigurosa a que estaba sometido. El otro

parecía conformarse y reponerse de la sorpresa. Lo sentó en un banco y le dijo:

—Yo esperaré al señorito hasta que se reponga. Si quiere me irá al patio de Banderas, y cuando el señorito esté mejor no hace más que meterse por esa calle, que es la calle de la Vida, y que es muy fresca y muy bonita, y luego por el pasadizo que da al patio. Allí estaré yo. Al señorito le sentará bien dar esta vuelta a pie, refrescándose.

Bright quedó solo en el jardín. Poco a poco recordaba sus compromisos. Había salido en busca de unos padrinos, de unos sujetos insustituibles, y casi lo había olvidado. Este recuerdo le inquietó sobremanera, con la angustia del que va a llegar tarde a una cita y no puede remediarlo. Pero no se movió. Recorría con la mirada, lentamente, los floridos rincones, subiendo los ojos con desperezo por las enredaderas graciosas, formando múltiples arcos alineados, en suave descenso, hasta conseguir una rápida perspectiva.

Por allí se le iba el pensamiento. Más tarde detenía, sumergía los ojos en la lámina tersa del estanque, como buscando su fondo oscuro y en reposo. La mente huía o descansaba; no sujetaba por un instante el hecho actual e ineludible, la forzosa necesidad de acción. Así corría la tarde, luminosa, serena, rociada de brillantes reflejos, como un halo de pedrerías que coronara el éxtasis de un iluminado.

Bright se estremeció; la humedad del jardín le envolvía ya los pulmones. Fue como si despertara. Sacó precipitadamente de un bolsillo su cartera, deformada por un montón de papeles de todos los tamaños, y buscó afanoso entre ellos. Extrajo dos tarjetas y leyó. Los nombres terribles volvieron a sonar: "El Marqués de las Siete Fuentes", "Joaquín Moral de Morales". Al pie de las dos tarjetas, dos direcciones diminutas indicaban las guaridas.

Bright se levantó, por fin. Los jardines de Murillo, donde estaba, perdían su placidez, atravesados ahora incesantemente por los que se dirigían a la Feria acortando el camino. Esto

le hizo acelerar. Entró por el callejón del Agua, junto a la muralla del Alcázar, que se inclinaba al peso de sus enredaderas, mientras el agua le cantaba dentro, entre sus piedras, como la cuerda mecánica que la sostenía. Luego se perdió. No acertaba con la salida del cochero. Llegó hasta una plaza con una cruz solemne que se levantaba en su centro, una cruz de hierro que le infundió un terror supersticioso y le hizo huir de aquellas soledades. Desanduvo lo andado. Por último, se dejó guiar por un niño, un rapaz servicial que se le ofreció de lazarillo y lo llevó junto a él, casi de la mano, a través de las sombras densas del pasadizo. Cuando salió al patio de Banderas le pareció recobrar la vida. Los naranjos se estremecían con la brisa de la tarde, rebrillándoles sus frutos, y esparcían por el ambiente el incienso de sus azahares. El cielo azul, bruñido, se remataba en los aleros que cercaban el patio, curvando su superficie como una cúpula de cristal. La vida callejera se presentía fuera, recortada por el portalón de la entrada, abierto sobre un trozo de fachada de la catedral, un pedazo de jardín urbano, la arista graciosa de la Giralda.

Este mundo exterior le inquietó mucho más. Volvió a subir al vehículo y dio al cochero una dirección que conservaba en la memoria: la calle de los Angeles. Mientras el coche se ponía de nuevo en movimiento, despertando las sonoridades del patio empedrado, Mr. Bright iba precisando su plan definitivo. Se dirigiría a la calle de los Angeles, donde él recordaba vagamente que vivía una compatriota suya, algo extravagante, eso sí; pero mujer que, por haber vivido largos años en Sevilla, era acreedora a una cierta autoridad en materia de costumbres locales. Así se lo repetía Mr. Bright, deseoso de encontrar de este modo la solución, y en parte esforzándose por borrar de su memoria el triste concepto que tenía de su paisana.

Pronto llegaron. La calle de los Angeles estaba también cerca de la Giralda.

—En realidad —pensaba Bright—, los sevillanos tienen razón. No se concibe Sevilla sin su Giralda; por lo menos la topografía.

Dejó el coche en una esquina y se internó por la calle estrecha, enlosada, atisbando con rápidas miradas los patios para descubrir el que buscaba. Se detuvo a los pocos segundos en uno de ellos, más espacioso, adornado profusamente por una nutrida colección de piedras de todos los tamaños, aunque de un solo aspecto; ese aspecto peculiar, monótono, de los objetos largo tiempo enterrados. Unos sillones de mimbres de la Madera, forrados con cretonas, completaban el adorno.

Entró y se hizo anunciar. Lo pasaron a una salita oscura, con olor de humedad, sembrada de muebles diversos, de tonos grises y apagados; algún adorno exótico, entre las sombras, daba a los rincones de la sala extrañas vibraciones; el extraño prestigio de lo remoto, que tanto seduce y conforta al alma inglesa. Mister Bright, bajo el halago oriental del decorado, sintió la comodidad de un ídolo, hundido en un sillón inmenso, a poca altura de la alfombra, con las manos en las rodillas, procurando su inmovilidad. Unos pasos leves y reposados se oyeron por el patio. Mrs. Bishops, su paisana, entró en la habitación, saludándole con toda clase de grititos apagados. Nuestro amigo planteó el problema precipitadamente.

—Vengo a usted, Mrs. Bishops, verdaderamente preocupado por un asunto que no puedo resolver. Usted me ayudará, ¿no es eso?

—Ciertamente, ciertamente —respondió mistress Bishops con toda calma, dando a su entonación ese énfasis peculiar que ponemos al hablar de nuestras convicciones.

—Gracias, mi querida amiga. Se trata de un caso muy sencillo. Necesito encontrar dos amigos.

—¡Oh! ¡Oh! Nada más fácil. Yo aplaudo su idea. Nada más triste que vivir en un país extraño, sin amigos. Yo recuerdo mis primeros tiempos; después conocí muchas

gentes. Es cosa fácil. Pero ¿por qué, mi querido Bright, se contenta usted con dos solamente?

Bright ya no la oía. La miraba nada más, muy fijo, como si contemplara una aparición.

—Usted me perdonará, señora... —comenzó diciendo.

—Naturalmente, naturalmente —interrumpió Mrs. Bishops con un grito de lógica y de indignación—. Nada más natural. Siendo yo su paisana, ¿a quién mejor ir a pedirle amistades?

—No se trata de eso —pudo decir, al cabo Mr. Bright.

—¡Oh! —exclamó entonces Mrs. Bishops, cambiando de énfasis.

—Se trata de dos amigos especiales que necesito esta misma tarde.

—No comprendo, Mr. Bright, no comprendo.

Mr. Bright eludía la fatal noticia. Le repugnaba, en cierto modo, turbar la paz de aquellas cretonas, la serena antigüedad de aquellos tapices; todo este mundo aprisionado y en reposo que rodeaba la vida de su amiga.

—Se trata de un duelo —dijo con un esfuerzo.

Y se preparó, mentalmente, a salir al paso de las lamentaciones. Pero, Mrs. Bishops, al oír el motivo transfiguró su semblante. El momento era demasiado eminente para vivirlo con indiferencia.

—¿Un duelo? —repuso con una voz extraña, llena de insinuaciones románticas; más bien como si la pregunta no llevara objeto determinado, sino fuera una vaga evocación sin rumbo.

—Sí, un duelo; yo he hecho todo lo posible por evitarlo —se creyó Mr. Bright en el caso de contestar.

—Desde luego, desde luego —susurraba ahora Mrs. Bishops, distraída, balanceando un fino pañolito entre sus dedos—. Nosotros no estamos acostumbrados a eso. España, en cambio, es un país histórico. Pero, Mr. Bright, ¿no es usted irlandés?

—Sí, señora —repuso Mr. Bright, sorprendido del giro de la conversación.

—¿Nació usted en Irlanda?

—Nací en Dublín —contestó sonriendo Mr. Bright—. Mi madre es también irlandesa.

—¿Y su padre?

—Mi padre era inglés.

—De todas maneras —se apresuró a decir Mrs. Bishops, como excusando el error involuntario del padre—, usted es irlandés. Irlanda es también, en cierto modo, un país histórico.

Mrs. Bishops veía la confusión de su amigo, y no dudó en aclarársela con sus palabras más vulgares.

—Yo entiendo por historia el conjunto de hechos, y por hechos las acciones de los hombres.

Y aquí se detuvo perpleja, maravillada de su triunfo, con un ligero estremecimiento nervioso.

—Y entre los hechos de los hombres, los más bellos han sido siempre los hechos de armas. El duelo es el único resto que nos queda de aquellos hechos. Por eso España es un país histórico. No, no me lo diga usted. Le estoy adivinando el pensamiento. Las guerras no forman la historia; la historia, por lo menos mi historia —rectificó con una extraordinaria coquetería—, la forman sólo los hechos bellos.

Mr. Bright sonreía como atontado, desfigurando su sonrisa complaciente, por segundos, en una mueca de curiosidad. Mrs. Bishops, en tanto, surcaba con la proa de su mirada un mar invisible, inacabable, hasta enfilarse, pasados unos instantes, la figura de su amigo como una playa de arribo indeseada. No pudo disimular su pesadumbre.

—¿No tendrá usted miedo? —dijo al fin, exteriorizando su duda más insoportable.

Mr. Bright se ruborizó y contestó con un suspiro. ¡Todo el mundo se creía obligado a tratarlo como a un niño! Esto

le hería en la fibra más sensible, le arañaba como dentro de los ojos.

—Supongo, Mr. Bright —repuso gravemente Mrs. Bishops, como si se dispusiera a confesar un terrible secreto—, que ese temor que usted experimenta no le impedirá sostener con dignidad su papel de extranjero.

Aquí se enredaron en una discusión. Mr. Bright entendía su papel como actitud pasiva, al margen de costumbres que no eran las suyas, y libre de compromisos que no podía adquirir por desconocerlos o voluntariamente rechazarlos. Por lo demás, entendía que esta calidad suya de extranjero debía colocarlo, ante una sociedad circunstancial y pasajera, en un plano distinto de observación, como ante un tribunal examinador que le exigiera, eso sí, elementales deberes; pero nunca aquellos otros que tienen su raíz en la misma conciencia, y cuya observancia o desafecto significa tanto como modificar o torcer un concepto fundamental de conducta. Mrs. Bishops, por otra parte, entendía que precisamente su condición de extranjero le obligaba, forzada y tácitamente, en una momentánea mutación de ideas, a aceptar sin reserva alguna lo que le impusieran las circunstancias que marcaban aquella condición.

—Claro está —concedía en el curso de su perorata— que no debemos olvidar que usted es un irlandés; un hombre que no quiere renunciar a su nacionalidad.

—Precisamente es lo contrario, mi querida Mrs. Bishops. Porque no quiero nacionalidades, protesto de lo que trata de imponerme ésta de ahora.

—Pero su caso de usted no debe de extrañarle. Irlanda es también un país histórico.

Mr. Bright volvió a mirarla. La señora Bishops adquiriría de nuevo su gesto de iluminada. Estaba otra vez en vísperas de la gran interpretación. Mr. Bright se puso trabajosamente en pie.

—Lamento —dijo— haberla molestado.

—¡Oh, no! ¡En absoluto, Mr. Bright! Yo tengo mucho gusto en servirle. Precisamente, ayer han llegado dos hués-

pedes más para la Feria, los dos únicos huéspedes varones que hay en la casa. Yo podría hablarles en su nombre; se trata de dos compatriotas, dos escoceses.

—¡No, no se moleste! —respondió precipitadamente Mr. Bright, presa de una instantánea inquietud—. Sólo deseaba avisar a usted para el caso en que necesitara molestarla. Yo le avisaré, si es preciso. Aún no hay nada definitivo.

—Usted no me molesta, usted no me molesta —continuaba repitiendo indefinidamente Mistress Bishops, mientras su amigo se despedía estrechándole rápidamente la mano y dirigiéndose a pasos largos hacia la puerta de la calle.

Mr. Bright volvió a subir al coche, y dio, desesperado, la última dirección. Mientras rodaba otra vez el vehículo, consultó las tarjetas de visita que tanto le inquietaban, y ya, tranquilo por su rumbo, se recostó suavemente en el coche, como sumido en hondas meditaciones. Mr. Bright no se consolaba. ¡Qué distinto aquel proyecto suyo de Inglaterra, cuando preparaba su viaje, creyéndolo lleno de alegres sorpresas y espectáculos, a esta realidad de ahora, imprevista y desagradable! Lo que menos le importaba en este momento era el aspecto inusitado de la ciudad, de todas las calles por donde cruzaba. La ciudad parecía desbordar su gente, a esta hora de la tarde, en una sola dirección, en una dirección obsesionante, camino de la Feria. Pasaban los coches, sueltos y bulliciosos, con el trote alegre de los caballos andaluces. Este mundo rápido del arroyo se transformaba incesantemente, presentaba de continuo sus variadas visiones, desarrollando por entero su película de cosas y personajes. Por las aceras, en cambio, se pegaba pausado el hormiguero de peatones, jadeante, hasta formar un cuerpo sin cola, hacia la Alameda, pero con una cabeza pequeñita, con dos puntos luminosos por ojos que mirarían risueños por la Pasarela.

Mr. Bright no veía nada de esto; pensaba y pensaba en su infortunio. Presentía todo este mundo sugestivo que

pasaba junto a él y que perdía por su mala estrella. No, no fue éste su plan de Inglaterra: perderse los días de la Feria.

Suspiró una vez más al tiempo que el coche se detuvo. Creyó por un momento que el cochero había naufragado, entrando en una calle demasiado estrecha; pero su vista tropezó enseguida con unas letras pequeñas y regulares sobre la pared, que le alarmaron más. Sonrió, sin embargo. Aquel Viriato que daba nombre a la calle le recordaba una famosa parodia española que vio en sus tiempos de estudiante, en la que el padre de la novia, grotesco y ventrudo, se llamaba Viriato y daba unos gritos muy cómicos de cólera, con su sombrerito ladeado sobre una oreja. Una de las primeras casas de este Viriato de ahora era el número 2. Mr. Bright entró por el ancho zaguán, hasta desembocar en un patio enorme, descubierto, bañado de luz por todas partes.

—¿El señor Moral de Morales? —preguntó a un viejecito enjuto, de aspecto eclesiástico, que estaba sentado en su silla leyendo un periódico, con visible indiferencia hacia su librea, que le subía hasta el cuello, cruzándosele en el pecho.

El viejecito se levantó con pereza y dio unos pasos hacia la escalera. Pronto se arrepintió y volvió al visitante.

—Va a salir —dijo.

Mr. Bright le entregó su tarjeta, y el viejo, esta vez, se decidió a tirar de un cordón que hizo sonar a lo lejos una campanita. Tras la aparición de nuevos personajes, todos asalariados, hasta ahora, Mr. Bright se encontró subiendo la escalera. Apenas pudo ojear el amplio vestíbulo, las severas y largas galerías tendidas sobre el patio. Una criada joven, tras una ligera reverencia, le condujo a un salón lujosamente amueblado y volvió a salir silenciosa, casi inmaterial, como un ave que volara en un atardecer. Al poco rato turbó la paz del aposento el paso nervioso de Joaquín de Morales.

—Me perdonará —dijo al entrar, excusándose, con su voz sobresaltada, de agrias vibraciones— que le reciba con los guantes puestos. Me disponía a salir.

Mr. Bright se puso inmediatamente en pie, quitándose precipitadamente los suyos. Nadie supo jamás la génesis de este impulso. El señor de Morales, entonces, se apresuró a despojarse de los guantes, y quedáronse ambos mirándose, cara a cara, con los guantes lacios, apuñados fuertemente, como dos pájaros moribundos que intentaran el último aleteo. Mr. Bright tenía esta especialidad: convertir los actos más triviales en escenas de verdadera pesadumbre.

Joaquín Morales fue el primero en reponerse. Tosió fingidamente, y dijo, al cabo de un instante, sin disimular su contento:

—No necesita disculparse. Supongo que vendrá usted a dar la explicación. Siento que me encuentre usted solo, sin el marqués. Hubiera sido mejor...

—Yo también siento —interrumpió tranquilamente Mr. Bright— que no esté su otro amigo. Hubiera preferido explicarme ante los dos.

—De todas maneras —argüía Moral de Morales en esta competencia de cortesía que se había entablado—, para el resultado es lo mismo. Yo tendría sumo gusto en oír sus explicaciones y, después de trasladarlas a mi amigo, las comunicaríamos juntos al vizconde. Yo espero, por lo demás que sus explicaciones serán suficientes.

—¡Oh, sí, señor —decía ahora, muy contento, Mr. Bright—; son explicaciones que convencen! Verá usted: mi caso es el siguiente.

—¿Me atrevería a rogarle, Mr. Bright —interrumpió esta vez el señor de Morales—, que fuera usted breve en su narración? La historia es conocida de todos.

—Imposible, señor —le respondió Bright apesadumbrado—; ustedes no conocen la historia; no pueden imaginarse la serie de tropiezos.

—¿Tropiezos? En fin, hable usted.

—Pues bien —empezó diciendo Mr. Bright—; no me es posible encontrar padrinos.

El señor de Morales dio un salto en la silla. No esperaba esta sorpresa. Después palideció intensamente, ante la sospecha de una burla, y respondió en tono duro:

—No habrá usted querido reírse de mí.

Mr. Bright no entendió, y el señor de Morales tuvo que repetir su grave sospecha. Entonces Mr. Bright se puso rojo, avergonzado, y balbuceó unas cuantas palabras sin sentido.

—Este hombre es un imbécil —pensó Moral de Morales.

Y luego en alta voz, como si hubiera desvanecido sus dudas, le preguntó más tranquilo:

—¿De manera, Mr. Bright, que no ha podido usted encontrar padrinos?

—No, señor —murmuró Bright, confuso todavía—. He visitado mis amistades; la señora Bishops no ha podido servirme.

—¿La señora Bishops? —exclamó escandalizado el señor de Morales—. ¿Una señora? ¿Ha ido usted a consultar a una señora?

—Sí, señor —repetía Mr. Bright, cada vez más apesadumbrado—; no tuve más remedio; no conozco a otra persona en Sevilla. Comprenderá usted; yo soy extranjero.

—¡A quién se le ocurre! —decía el otro, indignado—. ¡Meter a una señora en estos líos! Bueno; ¿y qué le dijo? —preguntó, sin darse cuenta.

Mr. Bright sonrió. En realidad, la entrevista fue muy graciosa. Ahora lo comprendía bien.

—Me dijo —empezó diciendo Mr. Bright— que España era un país histórico.

—¿Imbécil o loco? —volvió a pensar el señor de Morales—. ¿Y qué más, qué más le dijo? —inquirió impaciente.

—Que Irlanda también lo era —concluyó sonriendo Mr. Bright.

—Querido Mr. Bright —dijo Joaquín de Morales poniéndose en pie, como dando por terminada la visita—; no entiendo a qué ha venido usted a verme. Eso que me cuenta es muy entretenido; pero yo tengo que salir.

—Pero, señor —exclamó desolado Mr. Bright—, usted tiene que interesarse por mí, pues éste es un asunto que a todos nos interesa.

—¿Pero, de qué asunto del demonio se trata? —exclamó furioso el señor de Morales.

Mr. Bright volvió a enrojecer. Aquel "demonio" no le había gustado.

—Pero, ¿de qué asunto ha de ser sino del nuestro? Yo no puedo encontrar padrinos. No veo más que una solución: batirme sin padrinos.

—¡Sin padrinos! —mascullaba despreciativamente el otro, dando largos pasos por la habitación.

Mr. Bright lo seguía con la vista, lamentándose una vez más en su interior de su mala estrella.

—Bueno —dijo al fin Morales, interrumpiendo su paseo—, ¿y qué desea usted que haga yo?

—Que me deje batir sin padrinos —volvió a insinuar tímidamente Mr. Bright.

—Eso es un disparate; eso es imposible.

—Pues, entonces, que me los busque usted.

Joaquín de Morales volvió a sus paseos. Su fisonomía revelaba que esta segunda proposición no la encontraba del todo descabellada. Otra idea genial debía de estársele ocurriendo, pues su cara reflejaba, poco a poco, un íntimo regocijo. Se detuvo, al fin, y miró de frente a Mr. Bright, con los ojos brillantes de triunfo. Mr. Bright apenas lo notó.

—Aceptado, Mr. Bright —dijo con voz sonora—. Esta noche tendrá usted los nombres de sus padrinos y la decisión que hayamos tomado.

Mr. Bright se levantó de su asiento, expresando su gratitud con un apretón de manos.

—Si quiere usted —añadió—, puedo dejarle donde usted quiera. Abajo tengo un coche.

—No, gracias; me es imposible aceptar —le agradeció el otro, con una amabilidad que se le había despertado de pronto—. Tengo que hacer antes unas minucias en casa para poder ocuparme más tarde de nuestro asunto. Hasta la noche, Mr. Bright.

Al pasar por la galería tuvo Mr. Bright que hacerse a un lado para dejar paso a una señora anciana, de cabellos muy blancos, que al cruzar le clavó unos impertinentes muy negros.

—Es mi madre —le dijo Morales sin presentarlo, cuando la señora hubo desaparecido.

Volvieron a despedirse, y Mr. Bright bajó la amplia escalera y se dirigió a la calle en busca de su coche.

—Vamos ahora a la Feria —dijo al cochero alegremente, libre ya de ocupaciones.

Pero de pronto se ensombreció. Una honda tristeza le encogía el ánimo. Murmuraba, entre otras palabras misteriosas:

—¿Por qué no me la habrá presentado?

V

Se habían servido ya los últimos té en la Caseta de Labradores, casi los últimos chocolates, y las personas allí reunidas se sentaban ahora junto a la baranda para admirar el espectáculo de la Feria. Dentro, junto a las mesas, sólo quedaban conversadores rezagados, gentes a media charla, que se iban alejando poco a poco de los restos de la merienda, a pasos reposados y tardíos, apenas iniciados y detenidos de pronto por el hilo de una nueva narración. La atmósfera se saturaba del humo varonil y del rumor fogoso de las conversaciones, hasta conseguir la rara sensación conjunta de un lugar respetuosamente libre. Todo parecía pedir la más ruidosa de las familiaridades; pero daba luego, en su escondido aspecto, fórmulas prudentes, medidas. No existía la expresión, la medida exacta; pero advertíase al menor contacto un mundo de malicias previsoras. Grato lugar del Sur, escandalosamente honesto, ¡cuánta prudencia bajo tu latido tan cordial!

En una de las mesas, hacia el fondo del restaurante, continuaban aún sentados nuestros amigos. Morales encontró, por lo visto, a su compañero, el de las Siete Fuentes, y, juntos, trataban de convencer de algo, a toda costa, a un tercer personaje, grave y pensativo.

—Comprenderán ustedes, mis queridos amigos —decía este último—, que eso no puede ser. Lo sabe ya toda Sevilla.

—Mi querido gobernador —replicaba afectuosamente el

de Morales—, la cosa no es para tanto. Se trata simplemente de una cuestión de honor, una cosa de todos los días.

—Que deben ustedes arreglar —afirmaba el otro—, como se arreglan siempre esas cosas. Pero, ¡un duelo! Yo no puedo consentirlo.

—Un momento —interrumpió el marqués con su voz cavernosa—. Tengo una fórmula de arreglo. Usted hace que no se ha enterado y deja correr el asunto a cargo del Jefe de Policía. Al fin y al cabo él es el responsable.

—Pero, marqués —dijo ahora el gobernador, abriendo desmesuradamente los ojos—, el jefe de Policía no se enterará a tiempo y ustedes se batirán.

—Yo, no —replicó el marqués con una deferente cortesía.

—El caso es —volvió a decir Joaquín Morales—, que nosotros teníamos un plan. Pero, no me atrevo...

—¿Un plan? A ver, a ver —preguntó intrigado el gobernador, acariciándose su barba de embudo.

—Usted comprenderá que la cuestión es delicada...

—Desde luego, desde luego. Ha sido una falta incalificable la de ese extranjero. Esto lo comprendo bien.

—Usted comprenderá también que merece un correctivo. La cosa no puede quedar así. Además, es ya tarde.

—No, no —rectificaba airoso el gobernador—; yo no he querido decir que hay que abandonar el asunto. Por lo demás, me congratulo de que se haya presentado una ocasión de cortar las alas a ese extranjero. Yo mismo, personalmente, casi me tengo un disgusto con él.

—¿Usted, señor gobernador? —dijeron a un tiempo, asombrados, los dos amigos.

—Nada de importancia; un pequeño incidente. La otra tarde, en el Hipódromo, se permitió unas ligeras burlas sobre nuestras carreras. Yo le paré los pies y le di una lección. Me pareció un poco deslenguado.

—Yo no creo lo mismo —dijo el de Morales—, a mí me parece un imbécil. Pero, de todos modos, hay que darle una lección.

—El plan de Joaquín —gimieron a un tiempo las Siete Fuentes— no es de mi gusto. Me parece poco caballeroso, poco serio; pero, en fin, él se empeña tanto...

—Pero, ¿de qué se trata? Veamos.

—Se trata de lo siguiente —empezó diciendo Joaquín—; se trata de fingir un duelo, nada más.

—¿Fingir un duelo? ¡No comprendo!

—Verá usted, mi querido gobernador. Fingir un duelo: llevarlo al terreno del honor, hacerle pasar un susto, ¡y santas Pascuas!

—Pero, ¡eso es imposible!

—No, señor. Es facilísimo. No hay más que hacer que no cargar las pistolas.

—Pero, ¡se enterarán sus padrinos!, ¡no lo consentirán!

—repuso el gobernador, ya en el colmo de la sorpresa.

—Todo está previsto. Sus padrinos los he elegido yo: son Paco Arolas y Pepe La Mata. Ellos están conformes con el plan. Como usted verá, no se trata de hacerle ningún daño; solamente de darle un escarmiento.

—De otra forma —afirmó el marqués— yo me hubiera opuesto más tenazmente.

—¡Oye, tú —dijo ofendido el de Morales—, que me estás haciendo el cartel! Yo soy una persona decente.

El otro le golpeó una rodilla en señal de afectuoso asentimiento. ¡Quién lo dudaba! El gobernador, en tanto, había vuelto a su actitud pensativa.

—Bien —dijo al cabo de un instante—. Sólo me falta la palabra de honor de ustedes de que se hará el duelo como dicen. En ese caso, yo no tengo por qué oponerme, aunque comprenderán ustedes que yo no sé nada —concluyó con un gesto malicioso, señalando a las gentes.

Morales se levantó de un salto y le estrechó la mano. El marqués se puso también en pie y repitió la ceremonia.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

El pacto estaba sellado. Los tres se dirigieron ahora en silencio hacia la barandilla, a contemplar la Feria, que estaba en su apogeo. Una doble fila de coches, como movida por un mismo mecanismo, se cruzaba en direcciones opuestas frente a la Caseta. La noche había cerrado y daba a la fiesta un aspecto más alegre, más confuso. Todo rebrillaba con la estridencia de las luces eléctricas, de los violentos mantones de Manila, removiéndose y saltando en los interiores de los tinglados al compás de los bailes, de la loca zambra de los organillos. A veces, sobre una fachada, la blanca hilera de las bombillas hería los ojos; más allá, la vida se detenía, cansada, en el grupito vacilante de los faroles venecianos. Más allá, en aquella caseta, la última de la perspectiva, donde los paseantes se detenían de continuo, todo se mezclaba: luces, mantones, farolillos. Y más cerca, dentro de los oídos, música, zambra, continua algarabía.

Joaquín tocó en el brazo al marqués. Este siguió la vista de su amigo y descubrió entre los coches uno, un coche de alquiler, como un fantasma. Dentro iba Mr. Bright, sonriente, encantado, recibiendo como un baño de placer la luz eléctrica.

* * *

Luego de cenar pasaron los dos amigos por el Hotel Castilla y dejaron unas líneas al señor Bright:

"Distinguido señor: El duelo ha sido concertado para mañana, a las cinco de la mañana, junto a Tablada. Un poco antes de esa hora pasarán por el hotel a buscarle sus dos padrinos, los señores don Francisco Arolas y don José Díez de la Mata, quienes le explicarán los detalles correspondientes.

De usted ss.ss.,

*J. Moral de Morales.
El Marqués de las Siete Fuentes".*

Bright se tuvo la sorpresa más grande de su vida. Esperaba, desde luego, una noticia como ésta; sobre todo, después de su última entrevista con Morales; pero la esperaba tan vagamente concebida, sin saber por qué, tan ligada a un mundo exterior, que, al verse directamente aludido por ella al comprender la última relación que los unía, tuvo un gran asombro, como si hasta ahora no hubiese entendido bien el papel que estaba desempeñando. Se trataba, pues, de comprenderlo de una vez. Su papel era nada menos que el más importante. Iba a actuar. Bright sintió como una oleada de sangre que le subía a la cabeza y experimentó esa peculiar sensación, tan enojosa, del rubor que no puede evitarse. Conservaba aún la carta en la mano, procurando tenerla entre los dedos como una cosa olvidada o indiferente. No se atrevía siquiera a mirarla por temor a descubrir su curiosidad, insaciada a pesar de la lectura. Los mismos brazos, el mismo cuerpo, los mantenía de codos en el sillón, en actitud de reposo o de espera, y, de cuando en cuando, fingía una sonrisa pasajera, diáfana, como si ocupara la mente en lejanos y dulces recuerdos. Sin embargo, el rubor intermitente, con distintas intensidades, le molestaba de continuo. Aquello le estaba delatando. Quiso beberse con naturalidad el vaso de leche colocado en la mesita, junto a él, pero sospechó que el temblor de las manos iba a descubrirlo. No pensó más en ello. Pretextaría cuando vinieran a llevárselo que la leche estaba fría. ¿Estaba fría o caliente? Tocó el vaso tímidamente con los dedos: la leche estaba caliente; pero cuando viniesen a llevársela estaría fría. Diría, por lo tanto, que estaba fría; y, si venían antes, que estaba caliente. Sintió un enojo profundo consigo mismo. Diría cualquier cosa. Luego quiso pensar de nuevo en su asunto y no pudo. ¡La leche estaba caliente! Se puso en pie de un salto, irritado, furioso. Miró a su alrededor con aire de desafío, de franca insolencia. El hall estaba brillante, susurrador, sugestivo. Las señoras, sobre todo, con el ajetreo del día de Feria, con la temprana salida al sol, reclinaban fatigados sus desnudos hombros, con un aire de cansancio

y de voluptuosidad. Se hablaba a media voz del baile de esta noche en el Casino. Parecían formarse las parejas con aquellos comentarios, aquellas vagas insinuaciones, que habían de recordarse más tarde como un vínculo anterior, al compás agitado de los bailes.

Bright continuaba en pie, retador, magnífico. Dio un paso hacia adelante.

—Y ¿qué pasaría ahora —empezó a murmurar—, si yo comenzara a tirar los vasos y las sillas y me pusiera a dar gritos como un loco?

Un individuo, sentado en una de las mesas próximas, volvió la cabeza con curiosidad. Creyó que alguien le hablaba. Bright se apresuró a sentarse en su silla al tiempo que el mozo de servicio se le acercaba.

—La leche no está muy caliente —dijo levantándose de nuevo. Y, tropezando con mesas y sillas, se dirigió desesperado a la escalera.

Alguien llamó al mozo y, señalándole a Bright, preguntó:

—¿Qué le pasa a ese señor?

El camarero, sonriendo, se llevó un índice a la sien y lo movió como un sacacorchos. Una señorita, con aire sumiso y ojos de virgen, tradujo:

—*Guillao*.

El incidente terminó. Bright, mientras tanto, había llegado a sus habitaciones. Ahora le preocupaba una cuestión de técnica, de procedimientos.

—¿Qué era eso de enviarle padrinos que él no conocía, que ni siquiera le habían presentado?

Esto, indudablemente, había sido una incorrección. Claro está que eran días especiales los días de la Feria; pero Bright no se convencía del todo de que se tratara de una prueba de delicadeza. Además, ¿cómo iba a ser el duelo, cómo se iban a batir? Desdobló torpemente la carta: el duelo sería a pistola. Esto le tranquilizó. ¡Menos mal! El se

había batido en la guerra y no le asustaron las balas. ¿No le asustaron?

—¡Bueno —se dijo—; eso es otra cuestión!

Y volvió a pensar en su desafío. Poco a poco, nuevas luces, nuevas sensaciones, le fueron explicando el motivo de su furia, de su atroz desasosiego. Este descubrimiento le entristeció. No existía, como él se figuraba, una lucha de principios, una incompatibilidad de criterios. Por lo demás él nunca estuvo muy seguro de sí mismo. Las causas eran otras, más pequeñas, más inconfesables. Se trataba solamente de una cuestión económica: él estaba perdiendo su dinero de un modo estúpido. No se divertía, no iba a ninguna parte, no conocía a nadie, no conocía siquiera Sevilla, y todo esto le costaba mucho dinero.

—Claro está —decía luego para consolarse— que yo he venido a curarme. Pero —añadía con un suspiro—, me parece que tampoco me curo.

Se desnudó tristemente y se metió en la cama. Al poco rato sólo se oía en la habitación su hondo respirar de enfermo.

A media noche despertó. Sintió, primero, una gran sensación de alivio físico; las pocas horas de sueño le habían devuelto el descanso. Pero a este alivio físico, que le producía un bienestar extraordinario, que lo inmovilizaba en el tibio hueco de la cama, hasta sentir todos sus miembros desprendidos, totalmente en reposo, uníase, muy tenue al principio, acrecentándose por momentos más tarde, una grave melancolía que iba envolviéndole el ánimo. Pronto comprendió la causa: la había sentido otra vez, en una ocasión inolvidable, allá en un pueblo francés, la tarde antes de que lo hirieran. Entonces no pudo explicársela; ahora sí. Estaba frente a la Muerte. Se asombraba, poco a poco, de su indiferencia pasada, de los últimos días, de su despreocupación al tratar de asunto tan grave como el de su duelo. Lo otro, lo de aquella linda muchacha, quedaba muy atrás, como una cosa aparte o, por lo menos, como un motivo tan remoto, que hubiera podido olvidarse incluso, a no ser por

la belleza de la protagonista. El duelo vino por otros caminos. Aquella tarde encantadora con la señorita de Casa-Manrique no pudo engendrar, de ningún modo, un asunto tan desagradable como el presente. Más bien parecía que el duelo nació espontáneo de un choque fulminante, de su incompatibilidad desde el primer momento con dos personas que vinieron a visitarle. O, también, de su falta de comprensión, de no haber entendido en ningún momento cuánto dijo y cuánto le dijeron. Si él se hubiese dado cuenta, sólo un instante, del sentido de las conversaciones, de seguro que el resultado hubiera sido otro. Pero él habló y habló, y propuso soluciones, y asintió a lo que le dijeron, y hasta miró el reloj durante la última entrevista, la definitiva, para calcular si llegaría a tiempo a la Feria. En fin, había obrado de ligero, indiferente, y he aquí la consecuencia: quizá le mataran al amanecer.

El reposo se le hizo insoportable y se incorporó, dejando colgar los pies fuera del lecho. Así estuvo unos minutos. Pensaba, por primera vez, en su madre. ¿Cómo pudo olvidarla en este trance? Estaba asombrado. Durante sus gestiones no pensó una sola vez en ella, y sin embargo, debió ser su primer pensamiento. ¿Qué hubiera dicho su madre de saber sus apuros, el peligro que estaba corriendo? ¡Y no haberlo pensado! Se levantó a oscuras y abrió las maderas del balcón. No quería encender la luz; le molestaba la claridad como un espejo. Por los cristales entró la luna de primavera, blanca y triste.

Bright se acercó a la mesa. Pensaba escribir. Cogió la pluma y, al empezar, se detuvo. Una congoja profunda, como brotándole cálidamente del corazón, le inundaba los sentidos de amargura. Al pasarle por la garganta, la ola invasora extendía sus aguas y llenaba el estrecho recinto hasta turbarle. Un mundo de viejos pensamientos, de recuerdos olvidados, le entraba tumultuosamente en el cerebro. Tan pronto era un paisaje de su niñez, recogido y remoto, como era una anécdota, un suceso familiar, traído trabajosamente por la memoria desde lejos. Todo esto se perdía,

pensaba. Cogió de nuevo la pluma y comenzó a escribir. Necesitaba explicarlo, disculparse, volcar su extraña situación en una larga carta. Escribió horas y horas. El amanecer empezaba, al fin, a desteñir los cristales del balcón.

VI

Los padrinos llegaron al hotel un poco después de la hora convenida. Habían pasado también su mala noche. El bárbaro de Manolo Hacha —como decía Paco Arolas— se había empeñado, en el último momento, en batirse de verdad.

—Yo no hago comedias —decía gritando, cómicamente furioso, en una de las salas altas de Labradores, donde se habían reunido los cinco amigos—. Yo no hago comedias, y, además, tengo ganas de batirme con ese majadero, a quien no conozco, que no me importa, pero que me está dando la lata.

—Pero reflexiona, querido Manolo —decía Siete Fuentes—, que eso no puede ser. Hemos dado nuestra palabra al gobernador.

—Pues no haberse metido en eso. Yo me bato.

—El caso es... —volvía a insinuar el marqués.

—¿Tú crees? —preguntó Joaquín Morales, dispuesto ya a meterse en otro conflicto— que esa palabra nos ata mucho? Porque yo entiendo que habiéndola dado antes de...

—¡Calla, calla! —decía el marqués scandalizado—. La palabra la hemos dado y no podemos volvernos atrás.

—¿Fue de honor? —se atrevió a preguntar Pepito La Mata, con su voz harto insegura.

—Yo no tengo sino una palabra —le respondió severamente el marqués.

Imposible desenredar la madeja. Se trajeron varios códigos, todos del honor, y empezó la consulta afanosa. El caso era que los códigos, con la única excepción de uno ya anticuado, edición del año 1784, estaban todos conformes en que el caso a discutir no era un caso grave, y, por lo tanto, sobraban aquellas continuas amenazas de muerte que pregona el terrible vizconde.

—De todas maneras —decía este último—, yo me bato. Nadie me quita el placer de dejarlo cojo.

—Pero, hombre ¡no es para tanto! —dijo esta vez Joaquín Morales.

—¿Cómo que no es para tanto? —exclamó, más furioso, el ofendido—. Y yo, ¿qué sé? ¿Quiénes han dicho que yo debo batirme? Ustedes ¿Quiénes me contaron lo sucedido? Ustedes. Porque Isabel insistía todavía en que la cosa no tuvo importancia. Ustedes son los que se la han dado. ¿Y te atreves, encima, a decirme que el asunto no es para tanto? Entonces, ¿para qué me has metido en él?

—Sé razonable —intervino el marqués, viendo a su compañero que perdía terreno, todo azorado—. Joaquín lo que ha querido decir, y esto puede confesarse entre amigos íntimos como nosotros, que éste es un duelo para arreglarlo... sin consecuencias. Nosotros hemos intervenido, porque debíamos hacerlo, por cuestión de forma. Hay que evitar los comentarios de la gente, que hubieran sido muchos, de no dar nosotros este paso. ¿Comprendes?

—Tú eres el que no quieres comprender mi última palabra —repuso el vizconde—. Yo no me presto a esa pantomima de tirar sin bala.

—Entonces —intervino otra vez Joaquín, recuperadas ya las fuerzas— habrá que cambiar las condiciones del duelo y buscar las legales. Nosotros habíamos acordado un duelo especial, ya que sólo nos proponíamos que el otro se llevara una lección. Habíamos pensado en un duelo a veinticinco pasos y avanzando, puesto que no habría consecuencias; pero, por lo visto, tendremos que variar el plan.

—Pero, ¿y el gobernador? —volvió a decir, indignado, el señor de Siete Fuentes.

—Que se compre un fajín —dijo Paco Arolas, rompiendo el silencio por primera vez.

—Señores, señores —empezó diciendo de nuevo el marqués—, el asunto es delicado. Si nuestro amigo, aquí presente, se empeña en hacer lo que quiera, yo, por mi parte, y me atrevo a hablar también en nombre de mi compañero, el señor Morales, declino el honor de ser su padrino.

—Lo mismo digo —se apresuró a manifestar Joaquín Morales, que ya no sabía lo que quería.

—Venid acá —dijo Arolas al cabo de un instante—; yo creo lo mismo que ustedes: el asunto no es grave. Deben, sin embargo, batirse, para que la opinión se dé por satisfecha. Y debe ese majadero llevarse, además, lo suyo. Las condiciones, por lo tanto, de Joaquín, me parecen lo más a propósito; el susto que se le da es monumental. Ahora bien; como yo comprendo también lo que dice Manolo, y me parece muy justo su deseo de pegarle, propongo que se carguen solamente las pistolas a éste.

—¿De quién? ¿Cómo? ¿Qué? —exclamó el marqués, dando un salto en su silla—. ¿Qué está usted proponiendo? ¿Un asesinato?

—No, marqués, —le interrumpió Arolas con una estrepitosa carcajada—; no se trata de eso. Digo que cargar las pistolas de Manolo para amedrentar solamente. Así la venganza será mayor y Manolo quedará satisfecho.

—¡Muy bien! —no pudo menos de exclamar Joaquín Morales, entusiasmado de nuevo con otro plan—. Pero Manolo no tirará al bulto, no hará ningún disparate.

—¡Hombre, no es de esperar! —contestó Paco Arolas— ¿Qué te parece, Manolo?

—No me parece mal, aunque a mí me hubiese gustado más romperle una pierna.

—Y usted, marqués, ¿no dice nada?

—Lo que ustedes quieran —suspiró el marqués—; pero si se deciden a esto último, Manolo me dará su palabra de honor de que no tirará sobre Mr. Bright.

—Te doy mi palabra de que tiro al aire —dijo el aludido, que se había puesto repentinamente alegre.

—Es lo mejor —le decía Arolas al vizconde, una vez terminada la discusión y convenidos sobre el duelo—. Nadie te quita el placer de darle un susto bestial, y así le desaparecen los humos.

—Señores —interrumpió el marqués—, debemos pensar en acostarnos. Mañana tenemos que madrugar.

Pero, con gran asombro de todos, el reloj del Ayuntamiento dio cuatro lentas campanadas.

—¡Las cuatro! —exclamaron a un tiempo, poniéndose todos en pie.

—Pues aún faltan algunos preparativos —dijo Morales, dando muestras de gran nerviosidad—. Tenemos incluso que vestirnos.

—Señores —volvió a decir el marqués—, cada uno a lo que tenga que hacer. Ustedes —añadió, dirigiéndose a Arolas y La Mata— vayan luego por el hotel a buscar a Mr. Bright. Nosotros nos reuniremos con don Alberto y les esperamos en Tablada. Sed puntuales. Hay que terminar el asunto con la mayor rapidez.

Arolas y La Mata llegaron al Hotel Castilla poco después de las cinco. Mr. Bright les esperaba desde hacía rato, envuelto en su amplio abrigo de mañana y dando unos paseos silenciosos bajo las arcadas del patio. ¡Qué distinto este patio de ahora, abandonado y frío, aclarándose con las luces del amanecer, con el hall de la noche, tibio y confortable! Allí estaban, sin embargo, los muebles familiares, las mesas, las sillas, los cómodos sillones, alineados junto a la pared, conservando aún un vago prestigio, la fácil evocación de su destino. Arriba, a través del cierre, humedecido por la madrugada, se entreveía la larga fila de aposentos, con sus ventanas cerradas, caldeando en su interior, como en estufas, las lindas forasteritas. Bright las recordaba, confusamente, como una sucesión de gratas imágenes. ¡Qué lejos estarían todas ellas, tan sonrientes y afectuosas, de soñar en estos

momentos con que iban a matar a su vecino, a su vecino más correcto!

A la vista de los dos amigos, Bright quedóse un poco avergonzado. Las líneas severas de las levitas y el doble brillo opuesto del charol y la chistera contrastaban irregularmente con su abrigo de mañana, su gorra de sport y, sobre todo —¡oh, martirio!—, con su calzón corto y las vendas de sus piernas, que se le salían por debajo del gabán con un aire deportivo e insolente. Ahora comprendía en todo su valor una de las más prudentes recomendaciones de su madre: "Vas a un país extranjero; entérate de sus costumbres, de sus usos, para que seas en todo momento un caballero". Y, pese a este consejo, no había intentado siquiera aprovechar su sana substancia en una de las ocasiones más solemnes de su vida.

Expuso sus escrúpulos, después de los saludos, con una timidez desesperante. Los otros entendieron a medias que Mr. Bright había creído el duelo uno de los deportes nacionales, y que de ahí la vestimenta que lucía. Hubo explicaciones innecesarias, mutuas promesas de excusas, razones de apremios de tiempo, cálculos improvisados de distancias, y después de este mare mágnun de palabras, Mr. Bright se sintió empujado suavemente dentro de un auto y sentado entre los dos amigos. Así podrían explicarle mejor los últimos pormenores o, como decía Bright, rectificando, le contarían los primeros detalles del asunto. Los otros volvieron a excusarse de no haberse presentado antes, debido a la precipitación con que se había llevado todo, a la falta material de tiempo. Después le expusieron las condiciones del duelo: veinticinco pasos, avanzando, cañón rayado...

—¿Hasta cuándo avanzando? —preguntó Mr. Bright.

Hubo que explicarle que eso dependía de muchas circunstancias; que habría un juez de campo, que éste apreciaría...

Bright interrumpió:

—¿Y qué interés tenía ese señor en el asunto?

Los otros le alegaron razones, motivos, le hablaron de principios de justicia y equidad, de la necesidad del equilibrio en el lance de honor, del fiel de la balanza duelística, del resorte de la ecuanimidad restablecida... Bright no preguntó más. En realidad, no había entendido una palabra. El auto se deslizaba, veloz y silencioso, acallando con su vuelo los primeros rumores de las Delicias, entrando por las ventanillas abiertas la humedad mañanera de los árboles. El paisaje aparecía envuelto en una neblina de cristales irisados, como arañados por la punta invisible de los alfileres, que eran los rayos del sol al nacer. Todo era frágil y luminoso. El verde de las praderas se dilataba como una esmeralda humedecida y, en la raya lejana, fulguraba el ópalo de los horizontes. El campo despertaba, y sus primeras palpitaciones hacían saltar gozosas las alondras, con su vuelo rítmico y breve, como un latido de la campiña. Bright sintió reforzadas sus energías, su decisión de actuar.

Cruzaron frente a los últimos hoteles, bordearon el seno redondo de la Palmera y pocos minutos después encontraron de nuevo el río. Habían llegado a la cita. Ya los otros les esperaban formando un pequeño grupo junto a un segundo automóvil. Bright bajó el último y su presencia pareció que producía una ligera contrariedad. La verdad es que aquellas vendas eran del todo irrespetuosas para el negocio tan serio que les reunía. Bright no acertaba a levantar la vista. Quedóse solo, malhumorado, mientras se saludaban los padrinos. Un señor de aspecto venerable, con anchos trozos de barba en los carrillos, le pareció que se entretenía en un ejercicio pueril, dando grandes zancadas por el campo. Oyó que le llamaban don Alberto. Tuvo entonces curiosidad por conocer a su adversario y se puso a observarle. De seguro que en Sevilla sería un hombre de estatura regular, pero en Inglaterra hubiera sido un enano, y un enano deforme: muy ancho de espaldas, con un cuello de buey y sostenido por dos piernas cortitas y voluminosas. Con la distancia que les separaba no distinguía bien su fisonomía; pero le pareció de duras facciones, acentuadas con el reciente

afeite, que le daba reflejos de acero y pronunciando más, como nota característica, la unión poblada de las cejas. Todo aquello, sin embargo, tenía un cierto desembarazo, una cierta distinción de movimientos, que brotaba del cuerpo inusitadamente, como el agua brota de la roca. No le fue antipático. Aquello de ser el novio de la bella Isabel no lo recordaba.

Por fin se terminaron los preliminares. Mr. Bright se percató, no sin cierto asombro, de una curiosa faena de su enemigo. El vizconde se había desembarazado con un rápido gesto del cuello y la corbata y se cerraba ahora la levita hasta arriba, como se hace con un gabán cuando sopla la brisa. Bright lo imitó: se abrochó el abrigo; pensó luego que había hecho una cosa estúpida; se lo desabrochó de nuevo y se lo quitó, arrojándolo a pocos pasos sobre la hierba. Descubrió entonces su total visión, su espléndida indumentaria, con las piernas vendadas, que lucían aún más largas y endeblas; no se atrevió a dar un paso y quedóse mirando desde lejos a los demás como un ave enflaquecida y contrita. Sus padrinos se le acercaron y le indicaron el sitio en que había de colocarse. Luego, se retiraron prudentemente a cierta distancia, como habían hecho ya los otros. Bright se mantuvo firme en su sitio, con un enorme pistolón en la mano. Frente a él se erguía, afanosamente, para ganar estatura, su terrible contrincante. El señor de las barbas, colocado en el centro de la línea, hacia un lado, dio una palmada débil, que se perdió en la inmensidad del campo como el vuelo de un pájaro asustadizo. El vizconde levantó el brazo y lo dejó extendido, señalando lúgubrementemente a Mr. Bright. Este comprendió, al fin, y abrió los ojos con espanto. Sonó el disparo, Mr. Bright oyó como el vuelo rápido de una abeja que le pasara junto al oído. Quedóse inmóvil, atónito. Aquello era un asesinato.

Alguien gritó con mal disimulada risa:

—¡Valor, Mr. Alegre!

Bright enrojeció. Dio un paso vacilante y disparó sin tino. El vizconde recibió el disparo sonriendo.

—Por lo visto —pensó Mr. Bright— es más valiente.

Sin embargo, procuró recibir la segunda bala con cierta dignidad. Esta segunda bala tuvo el mismo vuelo que la anterior, el mismo que la tercera. Bright desesperaba ya de su suerte. Debía estar muy excitado y el pulso no le respondía. Ahora estaban los dos frente a frente, a pocos pasos de distancia. Le tocaba tirar al vizconde. Y pasó, en este momento, una cosa inexplicable. Bright no perdía de vista a su adversario. De seguro que le iba a matar. El vizconde dirigió una mirada rápida a sus padrinos. Estos hicieron unos aspavientos ininteligibles al tiempo que sonó el disparo. Bright vaciló y cayó al suelo. Una mancha de sangre se iba agrandando sobre una de las vendas.

Todos corrieron y le rodearon. Bright estaba desvanecido.

—La herida ha sido en la pierna —dijo don Alberto.

Mientras tanto, el marqués había empujado violentamente al vizconde fuera del grupo y le decía con voz queda y agresiva:

—Es usted un infame.

El otro le miró sonriendo, aunque intensamente pálido, y le respondió en el mismo tono:

—Es posible, pero no lo diga en alta voz, porque irán todos ustedes a la cárcel.

El marqués dio un paso atrás, aterrado. Miró a los otros tres. Todas las miradas coincidieron en un punto, en el aire, donde quedóse brillando la angustia. Un secreto mortal, irremediable, acababa de unirlos para siempre.

Don Alberto parecía más tranquilo.

—La herida no tiene importancia —dijo, cuando concluyó de quitar las vendas a Bright—; ha sido sólo un arañazo, que ha interesado poco más de la piel. De todas maneras

—díjole después aparte al vizconde—, de haber avisado usted, hubiéramos traído un médico.

Y, dirigiéndose de nuevo a los demás, que formaban un grupo silencioso, les dijo con su voz campanuda, un tanto servil, sin embargo, como de persona de antiguo asalariada que, a pesar de los años, no puede olvidar que habla con sus amos:

—Señores, repito que esto no tiene importancia. Vamos a trasladarlo al coche; se conoce que está débil, y por eso se ha desvanecido.

En uno de los coches entraron el marqués, Morales y Pepe La Mata, acomodando cuidadosamente entre ellos al herido. En el otro se fueron Arolas, don Alberto y el vizconde.

—La verdad —decía ya dentro del coche don Alberto, camino de Sevilla— que tiene usted a veces cada ocurrencia...

—Pero, ¿a quién se le ocurre —respondió el vizconde, interrumpiendo sus meditaciones— venir a batirse con esas vendas en las piernas? ¡Eran mi obsesión!

VII

La aventura del duelo no mereció, en modo alguno, el apóstrofe violento del marqués al vizconde. Así tuvo que reconocerlo el propio marqués, al cabo de unos días, en una larga excusa que presentó con todo género de sinceridades a su amigo. Muy al contrario de lo que se esperaba, aquel incidente del desafío fue algo así como una nueva ejecutoria de nobleza del vizconde, y, además, la completa rehabilitación de Mr. Bright. Bien es verdad que al público no llegó, por expreso acuerdo de todos los testigos, sino una especie de relación mixtificada, un acta falsa y compuesta a última hora, en la que variaban elementales componentes del suceso. De este modo, dada la estricta legitimidad del hecho y la severa corrección con que se habían atendido hasta los más nimios detalles, las consecuencias, aunque dolorosas, no podían ser más naturales. Nadie se extrañó, pues, con la noticia, ni pensó, siquiera remotamente, en posibles irregularidades.

El comentario fue unánime y sencillo: el vizconde, dando una prueba más de su nobleza, se contentó con herir ligeramente a su adversario, pudiendo haberle matado con facilidad. De todos era conocido su dominio de las armas. Mr. Bright, por otra parte, había quedado como un perfecto caballero, había mostrado su valor y su serenidad admirables. Se relataba en todas partes la indiferencia de que dio pruebas en el momento del desafío. Hasta se decía que se presentó en traje de golf, como si se tratara sólo de un deporte. La

herida, por lo demás, curaba rápidamente, y Mr. Bright ni siquiera la aludía en las frecuentes visitas que recibía en su cuarto de convaleciente. Todo esto se comentaba con entusiasmo en las tertulias, en las noches de la ópera, en las grandes rotondas de las Delicias, donde se alineaban los coches, como palcos, durante el paseo. Bright, en resumen, fue la figura del día. Tuvo sobre el vizconde la ventaja de no ser sevillano.

Hasta el mismo gobernador, que en los primeros instantes de la noticia mandó buscar iracundo al grave marqués, hubo de aceptar, al fin, la explicación de lo sucedido. Una equivocación, como decía Morales, que asistió voluntariamente a la entrevista, cualquiera la tiene. Fue una equivocación, lamentable, si se quiere, pero una equivocación. Bien podía entender el señor gobernador que el asunto estaba concluido; la herida no tenía importancia; ¿es que el señor gobernador iba a denunciar una cosa tan grave como el compromiso que adquirieron? ¿No era más prudente olvidar lo pasado?

El gobernador no insistió. Vio su prestigio tan comprometido, su reputación tan mal parada, que empezó a sentir allá en el fondo de su corazón, muy en el fondo, como el deleite del peligro salvado. Tampoco le disgustaba del todo la idea de que el extranjerito se había llevado su lección.

No había, por lo tanto, que pensar en complicaciones desagradables. El temor de una indiscreción desaparecía ante la responsabilidad simultánea que implicaba. Todos podían saludarse tranquilos.

Por un fenómeno extraño hubo una persona, la menos indicada, que no pareció satisfecha del relato, y esa persona fue la señorita de Alford. La señorita de Alford, con su fino instinto de mujer y acaso también con un conocimiento más exacto de su novio, no aceptó con tanto entusiasmo como el público el relato de la hazaña. Presintió algo anormal en lo sucedido, algo que no podía explicarse a su gusto y que empezaba a obscurecésele al pensar en los dos padrinos

que le habían adjudicado al pobre Mr. Bright, y terminaba de hacérsele impenetrable al oír aquello de la generosidad de su novio, que para ella era una sorpresa. Le hizo al vizconde algunas preguntas, aunque procurando velarlas de indiferencia; pero las preguntas no debieron ser modelo de discreción, porque levantaron desde el primer momento un fuerte altercado entre los novios.

—Lo que yo te digo —concluyó Isabel con un gesto magnífico— es que ya sabes tú con quien lo haces. Si llego a ser yo, en lugar de Mr. Bright, lo que te digo es que a estas horas estás viviendo en Triana y no se te ha pasado el remojón.

—¡Olé las rubias con sangre! —le respondió su novio, viéndose perdido y atrincherándose en un piropo.

—A mí no me la das tú, ni... con olés —replicó Isabel.

El vizconde dejó la casa de su novia muy preocupado. ¡Mucha mujer era aquella jerezana! Expuso sus temores a su amigo Arolas, pero éste le hizo en el acto un resumen filosófico que casi valía por un consejo:

—Y si sospecha algo, ¿qué más da?

El vizconde se sintió más tranquilo, y así terminó el incidente.

En cuanto a Mr. Bright, eran múltiples los pensamientos que le ocupaban. Mejor dicho, eran varios, uno tras de otro, que se le iban alineando en la cabeza, marchándosele como un pelotón en fuga.

Al principio tuvo apenas una confusa noción de lo que le ocurría. Volvió a sentir el mismo desconcierto que cuando recibió la carta de los padrinos participándole que el duelo había quedado concertado; es decir, lo mismo que la carta, esperaba también, como un suceso lógico, la posibilidad de resultar herido en el duelo; pero esta posibilidad, al igual que otras muchas de sus sensaciones, la aceptaba tan vagamente, tan remotamente relacionada con su realidad inmediata, que, al acaecer efectivamente el suceso, al encontrarse dentro de él como su factor principal o componente, expe-

rimentaba una extrañeza sin límites, algo así como el asombro ante consecuencias injustas e inesperadas. Tal fue su sentimiento al cruzar el patio del hotel, cojeando, de vuelta del desafío.

—Por lo visto —pensaba malhumorado— no tengo suerte en ese paseo. Es la segunda vez que me traen.

Los amigos le acompañaron hasta su cuarto y se despidieron deseándole toda suerte de mejorías. Bright volvió a meterse en el lecho, como la otra vez, triste y silencioso. Estuvo así, inmóvil, largo rato. Al cabo se incorporó, como si hubiera de pronto recordado alguna cosa importante, y se dejó caer de nuevo en la almohada, dando profundos suspiros. ¡Adiós, Feria de Sevilla! ¡La había perdido definitivamente!

El ruido de la puerta al abrirse le interrumpió sus desgraciados pensamientos. Quedóse mirando a la persona que entraba, sin reconocerla, casi sin mirarla, preocupado solamente en sus adentros por el aire compungido que traía.

—¡Ah, Carmencita! Pase usted.

La muchacha se acercó al lecho, con sus ojos humedecidos de lástima. Parecía más niña o más bonita.

—Ya me lo han dicho, señorito. Está usted herido.

Bright sintió que el buen humor le renacía. Procuró ser elocuente y corresponder a las simpatías de la muchacha.

—No tiene importancia —contestó—; un pequeño rasguño en la pierna.

—Entonces —preguntó Carmencita como quien tiene una duda que quiere aclarar—, ¿se batió usted?

—Claro está —le respondió Bright con aire importante.

Se hizo el silencio entre los dos. Ya no sabían cómo volver a hablar. Bright dijo, al fin:

—¿Sabe usted que encontré padrinos?

—¿Quiénes fueron, señorito?

—¿Cómo? ¿Que quiénes fueron? ¡Ah, pues no lo sé! —respondió enojado Mr. Bright por no haber previsto un detalle tan delicado—. Es decir, ahí en mi bolsillo debe haber una carta en la que me dicen los nombres. Traiga usted. Esta es la carta. A ver: Francisco de Arolas y José Díez de La Mata. Estos fueron mis padrinos.

La muchacha había lanzado una exclamación de asombro al oír los nombres.

—¿Francisco Arolas? —preguntó—. Diga usted, señorito, ¿es un señorito alto, con bigote negro y que usa lentes?

—Me parece que sí, el mismo. ¿Usted le conoce?

—No; de vista nada más.

Y Carmencita se ruborizó, volviendo la cabeza para que no la viera Mr. Bright.

—Usted le conoce —afirmó éste con su santa imprudencia.

—No, señorito; no lo conozco —repetía la otra, cada vez más azorada.

—A ver, Carmencita, diga la verdad. ¿De qué le conoce usted?

La muchacha rompió a llorar. Bright se quedó de un salto sentado en la cama. Esto sí que no lo esperaba.

—¡Ah, diablo! —dijo sin darse cuenta—. Soy un imbécil.

La otra se disculpaba como podía, diciendo que la noticia del duelo le había impresionado mucho. Después, a medias palabras, empezó a contar una historia, su historia pequeñita de muchacha. Ella conoció a ese señorito cuando vivía ella en la Alameda. El fue muchas noches, durante un verano, a ver unos juegos que se ponían allí. ¿Comprendía Mr. Bright? Se conocieron una de esas noches, viendo uno de esos teatros al aire libre. El estaba de pie junto a ella y empezó a hablarle de la función, de lo malos que eran los cómicos. Ella no le hizo caso, porque la hacían reír mucho. Entonces, él empezó a reírse también y a decir unas cosas muy graciosas. También, de vez en cuando, le decía con disimulo algún piropo. Así estuvieron varias noches, sin

que él faltara una sola. Se hicieron amigos y se saludaban siempre. Al cabo de unos días, sin saber cómo, era novia de él.

—Eso es todo, señorito; pero no se lo diga a nadie. El se portó muy mal conmigo y ya yo he olvidado lo que pasó.

Mr. Bright no salía de su asombro. Conservaba su misma postura sobre la cama, sin acordarse de la herida. Tampoco entendía muy bien lo que la muchacha le contaba. Claro está que había de por medio, y hacia el final de la narración, una vieja palabra amiga que ya le había costado un disgusto y que no quería volver a interpretar. Novia; ¿qué es lo que significaba esto?

Carmencita continuó, al cabo de un rato:

—El me buscó este puesto en el hotel, porque tenía muchas influencias. "Así —me dijo—, podréis vivir tú y la niña sin que os falte nada".

—¿La niña? ¿Qué niña? —volvió a preguntar Mr. Bright inconscientemente, aunque redoblando el acoso.

—Mi hija —contestó Carmencita.

Mr. Bright dio un segundo salto. Esta vez se quedó sentado en la almohada, sujetándose la pierna herida que le molestaba terriblemente.

—Pero, ¿tiene usted una hija? ¿Se casó usted después?

Carmencita no acertaba a desenredarse de aquella madeja que embrollaba Mr. Bright. Este, mordiéndose los labios por el dolor, no cesaba de interrogar con la vista, intrigado ya por la historia de la muchacha. Carmencita se decidió a terminar el relato y contarle todo de una vez.

—*El* es el padre de la niña. Es una hija nuestra, de los dos.

—¡Ah! —exclamó esta vez Bright, tranquilizado—. Entonces, se casaron ustedes, y él la abandonó después. Muy mal hecho, muy mal hecho.

—¡No, señor! —le dijo Carmencita, mirándole asombrada—. No nos casamos nunca. Por eso le digo que él se portó muy mal. Claro está —añadió, como disculpándole, a

pesar de todo— que él no podía casarse conmigo, porque él es un señorito. Pero, entonces, lo que yo me decía: ¿para qué quiere ser mi novio?

Bright se había acostado otra vez, trabajosamente, en el lecho. Cerró los ojos y su respiración fue haciéndose normal, hasta tener un ritmo pausado, grave y tranquilo. Parecía dormir o sumergirse en hondas meditaciones, que no alteraban, sin embargo, su dulce fisonomía. La muchacha estaba junto al lecho, sin atreverse a hacer un movimiento. Bright le cogió una mano, la puso debajo de su mejilla, junto a la almohada, y la apretó dulcemente, con un recóndito calor. Después la besó con timidez. La muchacha, sorprendida, corrió hacia la puerta abierta y desapareció.

Bright volvió a quedar solo. Aquella historia le había impresionado. Carmencita surgía ahora frente a él, nueva y distinta, con un nuevo y triste significado. Bright no dio otra señal de vida en toda la mañana: continuó tendido de espaldas, con los ojos abiertos, mirando al techo, serio e inmóvil.

Al mediodía llegó el médico, correctísimo, con una sonrisa en los labios que aludía a la vez anterior. Le quitó la venda, le hizo un lavado a toda velocidad, volvió a vendarle la pierna, prometió una rápida curación, trazó un ligero esquema sobre el honor y el duelo, que, a su juicio, no reparaba nada, y después de sacar el reloj con su limpio procedimiento de malabarista, y consultarlo, hizo una reverencia ante el lecho y se fue, brillante y perfumado. Le esperaban —explicó con un gesto disciplente— sus nuevos clientes del hotel: señoras que requerían sus auxilios después del cansancio de estos días. Lo dijo con su última sonrisa de hombre de mundo contrariado. Bright ni lo oyó siquiera; apenas se enteró de la visita. Estaba preocupado con su almuerzo, que no tardaría en llegar. El mozo entró, efectivamente, a los pocos minutos, llevando entre sus brazos la bandeja. La colocó en una mesita, junto a la cama, y se dispuso a salir. Se vio, sin embargo, que no se decidía a marcharse sin

decir antes algo que ocultaba, acaso una importante noticia. Bright dio comienzo a su almuerzo sin notar aquella inquietud. El criado llegó hasta la puerta, y en el momento de desaparecer en la galería, volvió la cabeza y dijo:

—Señorito...

Bright levantó la vista, sin abandonar su importante ocupación. Vio, entonces, que quien le había servido no era la muchacha. Esto le intrigó hasta el punto de suspender el almuerzo.

—Oiga, mozo —preguntó—, ¿es usted el que está ahora de servicio?

El otro, disimulando su turbación, empezó a explicarle:

—Mire usted, señorito: de eso quería yo hablarle. Yo soy el que está de servicio, ¿sabe usted? La otra estaba porque yo tenía licencia...

A Bright le disgustó profundamente este cambio. El criado, además, le inspiraba una gran antipatía.

—El caso es, señorito —continuó—, que yo creo mi deber contarle al señorito lo que ha pasado...

Y aquí se interrumpió de nuevo, como quien se arrepiente o vacila. Pero Bright, curioso impenitente, era ya todo oídos. El mozo tuvo que seguir:

—Pues, el caso es... ¿cómo se lo diría yo al señorito? El caso ha sido... que... la muchacha no está ya en el hotel. ¿Comprende usted? El señorito, ¡claro! cosas de hombre...; pero... el señorito se olvidó de cerrar la puerta y parece que le han visto... Dieron parte... Usted me comprende, ¿no es verdad, señorito?

Bright se había quedado de una pieza, con la cuchara destilando sopa sobre la blanca sábana. No acertó a decir palabra.

El mozo aprovechó el silencio para marcharse. Cuando volvió por el servicio encontró el almuerzo completo, intacto, y a Mr. Bright concluyéndose de vestir y cerrando sus

maletas. La habitación había experimentado, como por arte mágico, una total transformación.

El mozo se detuvo atónito, sin atreverse a entrar. Bright pidió con voz firme:

—¡La cuenta!

Al poco rato subieron el gerente, dos o tres empleados de la oficina, el jefe del comedor. Bright no explicaba nada; no atendía tampoco a lo que le decían. Pagó y se marchó. Fuera ya del hotel se sintió más tranquilo, tranquilamente orgulloso, contento de sí mismo, comprendiendo que había hecho una noble acción que rehabilitaba a la muchacha a los ojos de los que la habían ofendido.

En el hotel se comentó la marcha durante unos minutos nada más. La cosa no tenía mayor importancia. Era lo que decía el mozo entre el corro de sus compañeros que le escuchaban:

—¡Cuando un inglés se enamora de una mujer, es capaz de seguirla hasta el fin del mundo!

* * *

Final de aquella lamentable jornada, y merecida compensación, sin duda, a tantos sinsabores, fue para Mr. Bright la carta que recibió aquella tarde, a poco de quedar instalado en su nuevo hotel. Se la enviaron del otro, adonde llegó momentos después de abandonarlo Mr. Bright. La carta decía así:

“Querido paisano: Vaya, ante todo, mi enhorabuena por lo valiente que ha estado. Vayan, después, mi dolor y mi remordimiento por haber sido la causa del desafío. Todo esto se lo hubiera querido decir de palabra, pero no puede ser. Sepa, de todas maneras, que estoy orgullosa de mi amigo... y de mi tierra.

Un fuerte apretón de manos de

María Isabel de Alford.”

VIII

La convalecencia fue más larga de lo que esperaban el flamante doctor y hasta el propio Mr. Bright. Hubo complicaciones de índoles obscuras, de mal estado general de la sangre, de otras mil causas calamitosas que retuvieron a Bright en el lecho durante algunas semanas. Para mayor desdicha, con la constante excitación de los días pasados se robusteció la antigua enfermedad, hasta reflejar en el enfermo tal estado febril que el mismo Bright tuvo que aceptar forzosamente la gravedad de su caso. La gravedad, para él, consistía, de un modo especial y determinado, en aquella inmovilidad que, a su juicio, le anulaba y le desposeía, sobre todo, de posibles actividades placenteras.

Era entonces el mes de mayo, y pudiera afirmarse que en este mes divino, tan lleno de sorprendentes maravillas en las ciudades del Sur, no hubo otro espectáculo más atrayente en Sevilla que la figura, deteriorada y triste, de Mr. Bright.

Las semanas de convalecencia, aquellos días interminables de la vuelta a la salud, que lo aislaron del resto del mundo, que lo encerraron taciturno en el tedio de su cuarto de hotel, completaron el interés de su persona, aumentaron el misterio de su vida.

Sevilla entraba ahora en su mes voluptuoso, llenaba sus patios de crucecitas de flores, de ardientes enramadas. Cada rincón se convertía en jardín y cada jardín en un culto. Eran cuidados minúsculos, amorosos y hábiles, los que se-

guían los dedos al enhebrar la rosa con la rosa y las rosas en el madero. Surgían como llamas, detrás de las verjas, los altares diminutos de la ciudad enamorada. Por el día apagábanse, como un capricho pueril; pero a la tarde a medida que la noche se acercaba, los patios cobraban una nueva vida pasional, que a la media noche se festejaba con el repique obsesionante de los palillos. Desde lo alto de la Giralda —la altura ejemplar para todo buen sevillano— la ciudad luciría por las noches, toda sembrada de hogueras, rojos braseros en la distancia, de los que subiría el humo invisible de los bailes como incienso sagrado.

Era el mes sevillano, de recogidos placeres. La atmósfera se transparentaba con los tibios días de la primavera, hasta dejar en el aire extrañas vibraciones de luz. Amanecía Sevilla con sus albas doradas y terminaba con sus crepúsculos de rosa: dos crepúsculos de artificio, como de acuarelas porcelanas que enmarcaran los extremos de un paisaje intermedio de sol, inmóvil, en el que morían devorados todos los colores.

Con este ambiente de milagrería que rodeaba toda cosa, y que, sutilmente, iba penetrando en las almas, moviéndolas a increíbles afanes, brotó también la leyenda de Bright.

Las gentes comenzaron hablando primero de una mujer, casi de una diosa, a quien muy pocos habían visto, como es de rigor en estas leyendas. ¿Quién era esta mujer? Unos la suponían de país remoto, fabuloso, y hablaban de unos cabellos de oro fino reflejándose sobre el mármol de los hombros. Otros aseguraban que era española, sevillana y morena, y que vivía escondida en el mismito barrio de Santa Cruz. Se cruzaban noticias contradictorias, se aseguraba haberla visto en sitios diferentes. En lo que todos coincidían, sin embargo, era en la historia enamorada y triste del viajero. El viajero sí se conocía, había indicios más reales de su existencia. No podrían, quizá, precisar sus años, su vida y sus costumbres; pero lo cierto era que en un lugar de Sevilla, en cualquiera de ellos, existía un viajero herido, un

hombre triste y enamorado. Se señalaban lugares concretos de su residencia: un hotel enorme y silencioso que permanecía cerrado desde hacía algún tiempo, en... ¿dónde? Allí por las Ventas, o cerca del manicomio, o por la carretera de Jerez. Sí, al extranjero lo habían visto antes del desafío. El duelo fue una noche, junto al río, y el otro, el antiguo amante, murió en el duelo y fue arrojado a las aguas. El extranjero quedó malherido. Lo llevaron a un hotel de las afueras y allí lo ocultaron. El extranjero era un personaje. Ahora se trataba de conseguir el silencio para celebrar la boda. Porque había esta segunda parte: la bella misteriosa se rendía, al fin, a su nuevo galán.

Cuando Bright salió a la calle la leyenda volaba ya por Sevilla. Pero nadie pudo, sin embargo, adivinar la íntima relación entre aquel ardiente personaje y la figura desmeдрada de nuestro Bright. Tan dispares se presentaban, la una en su reducida concreción y la otra en el amplio cielo difuso de la fantasía, que hubiera podido difícilmente juntárselas un momento con el mismo latido popular que las animaba. De este modo, aun aquellos amigos de Bright, los que conocieron o adivinaron sus desventuras, no pudieron siempre concederle la atención debida a su persona. Bright continuaba siendo para todos, no el héroe popular, de vivas enseñanzas, sino la mixtificación, más o menos hábil de preceptos y virtudes. Se le aceptaba, se le quería incluso; pero con la distancia prudencial de lo indeseado, de lo que suplanta a veces, enojosamente, tergiversando su índole, lo que en nuestra conciencia tiene su vida inmutable.

Pero Bright era feliz, intensamente feliz en aquella primavera sevillana. Respiraba sin darse cuenta el aura de su popularidad, la caricia invisible de los afectos.

Cambió de vida. Ya no fue el hombre retraído y triste que se arrinconaba en todos los lugares, sino más bien el hombre sonriente, correcto y expresivo, que busca en toda ocasión momentos para su crítica. Al viento favorable de su optimismo atravesó nuevos mares de amistad, frecuentó

desconocidas y umbrosas riberas. Ya se le acogía como una antigua fisonomía, que quizá no fuera la auténtica; pero que era, indudablemente, la que más recordaba.

Conoció otras gentes; no faltó un día a los puntos de reunión. Bright arraigaba como ente social, apacible y misteriosamente. Bright, de sí mismo nacía y renacía.

¿Lo consiguió? ¿Unió en su alma, tan difusa, aquellas dos contrarias creaciones? ¡Quién lo sabe! Su sonrisa era perfecta, confiada. Todos respetaban, por lo demás, el misterio de aquel íntimo alborozo. Alguien, sin embargo, lo descubrió al fin: Bright estaba enamorado.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

LA RELACION DE ALVARO CUBAS

I

Durante mi estancia en Sevilla tuve frecuentes noticias de la vida de Mr. Bright; pero, eran estas noticias tan dispersas, tan desposeídas de necesaria unidad, que hube de olvidarlas poco a poco como anécdotas sin sentido. Por lo demás, conocía lo bastante a mis sevillanos para pensar que, acaso, aquel nuevo y pintoresco tipo que surgía pudiera ser no más que el resultado de sus ociosas imaginaciones. Algo, sin embargo, sospeché de la verdad en mis últimos días de Sevilla. Bright, tan amable y solícito de costumbre, con aquel saludo suyo extremadamente afectuoso aun para sus más indiferentes amigos, atravesaba ahora las calles sin reparar en persona o cosa alguna, como sumido en plácidas meditaciones, que le hacían llevar un paso reposado, de hombre distraído, pendiente tan sólo de su íntimo vivir.

No pude, a pesar de todo, como decía, reconstruir en aquellos días su vida e inquietudes, que más tarde habían de despertar en mí un apasionado interés. Toda su historia, los episodios de los últimos días de su vida, la supe años después, en otra ciudad y otro país, cuando ya Sevilla era sólo un recuerdo en mi memoria y terminaba yo el año 1921 entre las brumas otoñales de Londres.

Apenas puedo precisar, a pesar del corto tiempo transcurrido, cómo supe la estancia en la capital de Inglaterra de

mi amigo Alvaro Cubas. Como siempre, su presencia se me anunció primero por vagas noticias sociales, dispersos reflejos de su magnífica personalidad. Luego fueron noticias más concretas, visiones reales de su persona en determinados sitios, nombres de amigos y conocidos suyos, lugares que frecuentaba, círculos a que pertenecía. Más tarde, comprendí que su presencia material se aproximaba: había sonado el primer nombre de mujer. Por último, una mañana recibí estas líneas:

"Esta tarde, a las cuatro, en el Japanese Club, Cavendish Square, núm. 5".

Siempre mostró gran predilección por lo aparatoso o teatral; así que no me extrañó del todo aquella manera sorprendente de invitarme a darle un abrazo, ni el no menos sorprendente lugar en que me citaba. Poco antes de la hora señalada emprendí a pie el corto trayecto que separa Curzon Street de Cavendish Square. No dejaba de meditar por el camino en la extraña suerte de Alvaro, destinado, por lo visto, a frecuentes cambios y mutaciones. Lo que no conseguía explicarme era cómo su andar desordenado por el mundo podía ajustarse, con estricto ritmo, a sus deberes profesionales, salvo el caso de que éstos no existieran. Porque mi amigo Alvaro desempeñaba en la actualidad, según mis noticias, el puesto de segundo secretario de la Embajada de Londres, cuando apenas hacía un mes estaba en París, y hacía dos, en Constantinopla, y hacía tres, en una República sudamericana. Pero todo esto pensaba yo aclararlo en la octava o décima entrevista que tuviéramos, porque antes estaba seguro de que no me dejaría hablar una palabra.

Llegué a la plaza, callada y espaciosa. Dos o tres *taxis*, charolados y diminutos, aguardaban en fila su turno, arrinconados a la verja del jardín. El resto de la plaza estaba desierto, reflejando en su suelo, bruñido como un espejo de acero, la pálida claridad del cielo.

—Tarde de nieve —me dijo el portero, al entrar en el Club.

Quedé esperando en un vestíbulo en sombras, profusamente decorado. A poco me sentí abrazado estrechamente. Aquellos brazos, vigorosos y cordiales, me eran conocidos, pero la densa obscuridad del hall sólo me permitía adivinar las facciones de mi amigo. Me empujó por la ancha escalera hacia el piso principal y penetramos en uno de los salones iluminados.

Ya entonces pude ver, a plena luz, la antigua fisonomía sonriente y enérgica a un tiempo mismo.

—Ante todo —me dijo, sin darme tiempo siquiera a resumir mi examen—, nada de profesión de fe, de afirmación de españolismo. Nadie más español que yo, conozco de sobra esta medianería, la casa vecina, que es la Casa de España. Conozco la existencia de ese club español. Pero adivino también sus ruidos, sus discusiones y su juego de dominó. Ninguna persona tranquila podrá estar en él un par de horas. Por eso te traigo al Club japonés. Pero como yo soy español, cada día más español, no debo alejarme mucho de mis lares y busco un sitio y me traslado aquí, a cuatro metros de su frontera, lo más cerca que encuentro para vivir a su amparo y a su sombra. ¿Entendido? Nada de profesión de fe.

Yo lo contemplaba encantado. Era el mismo de siempre, el sempiterno hablador.

—Por lo demás —continuó—, no te extrañe la hora de la cita. No es que yo me adapte a costumbres modernas, que imponen el té a las cuatro de la tarde, en lugar de a las cinco, como en la ante-guerra, que se tomaba el té a las cinco, porque no se tomaba el té y se podía comer a las siete. No; yo conservo las cinco de la tarde, aunque tomo el té como si fueran las cuatro. Lo que pasa es que a las cinco tenemos visita, y yo quería hablar contigo un rato a solas.

Yo asentía a todo sin titubear, entusiasmado por su locuacidad. Me explicó la fatal coincidencia, a su juicio, que le

hizo invitar a un amigo con anterioridad a tener noticias de mi estancia en Londres. No quiso, sin embargo, retardar nuestro encuentro, y por eso no dudó en citarme. Yo sabría perdonarle, seguramente. Por otra parte, el invitado era también conocido mío: Mr. Eales. ¿No recordaba? Un señor muy afectuoso que estaba de cónsul inglés en Sevilla hacía algunos años. Sí, me parecía recordar. Se habían encontrado pocos días antes, cuando Mr. Eales salía del Club español, y él, Alvaro, del Club japonés, claro está. Habían charlado un rato en la acera, recordando cosas de España, gentes de Sevilla, y Alvaro concluyó llevándose a su *flat* y haciéndole gustar de algunos vinos españoles. Después, la cita obligada, la mutua invitación. ¿Dónde invitarle a seguir charlando mejor que en este Club, tan cerca del nuestro, que es el que él prefiere?

Aquel galopar de palabras hizo pasar por mi memoria una serie de viejos recuerdos, de fisonomías, de lugares perdidos y remotos, que apenas precisos, se esfumaban bajo el alud de nuevas palabras e impresiones. Al fin, pudimos sumergirnos en aguas más reposadas, en la conversación diáfana y quieta de nuestro presente. Nos confiamos proyectos, dudas y esperanzas. Alvaro no creía muy estable su situación en Inglaterra. Empezaba a sentir la vieja enfermedad del regreso, el vehemente deseo de saturarse de su patria, de sus gentes y de sus paisajes. Ahora le retenía en Inglaterra la entrada de su hermano en la Universidad de Shelford. Era el único hermano de Alvaro, Jacinto, a quien yo también conocía, y que juntos y solos formaban, con una lejana parentela en Canarias, los únicos vestigios supervivientes de una extinguida numerosa familia.

La conversación se interrumpió, apenas entrada en cauce, por la llegada de Mr. Eales. Nos reconocimos en seguida y nos apretamos las manos como viejos amigos. Alvaro, en el acto, pidió que sirvieran el té. La conversación se generalizó entonces, y hubo de caer, naturalmente, en el tema obligado. Volvió a hablarse de España, de Sevilla, de todo aquello que nos parecía tan distante y tan amado. Mr. Eales no

dudó en hacer una vez más el elogio de los sevillanos, cosa que Alvaro agradeció infinitamente por el tanto de sangre andaluza que corría presuroso por sus venas. Yo también hice una inclinación, aunque casi injustificada. La cuestión era estar agradecido a tan gratas observaciones.

—No hablaría así Mr. Bright —dijo Alvaro con un triste movimiento de cabeza.

Desapareció mi indiferencia. Aquel nombre mágico, evocado tan de improviso, grabó de un golpe en mis recuerdos el viejo retrato olvidado. Vi ahora a Bright tal como yo le conocí en Sevilla, con su andar despreocupado y el lento balancear de sus brazos y la sonrisa confusa a flor de labio. Volví a los años atrás de aquella primavera andaluza y me quedé como asombrado, como íntimamente entristecido del lejano olvido en que estaba todo.

El Sr. Eales se había quedado silencioso después de las palabras de mi amigo. Me pareció que le afectaban profundamente y que se hundía también en otro mundo de recuerdos. Al cabo de un instante dijo así:

—Dejemos a Bright en su reposo. El no conoció Sevilla.

Estas palabras me parecieron más misteriosas todavía y a punto estuve de pedir que se me aclararan. Pero Alvaro, infatigable conversador, ya me las explicaba espontáneamente. Así supe la muerte de Bright, ocurrida algunos meses después de salir yo de Sevilla; pero las circunstancias de esta muerte, indicadas vagamente por Alvaro, me dejaron, en cambio, la insaciada curiosidad de conocer sus pormenores. No me atreví a pedirlos, sin embargo. Visiblemente, la conversación producía en Mr. Eales un penoso efecto. Fue él, no obstante, quien volvió más tarde al mismo tema.

Alvaro atendía en este momento, minuciosamente ocupado, al servicio del té. El mozo del club, un japonés de anchas espaldas y piernas tan diminutas que al andar parecía mover sus pies debajo del entarimado, nos miraba desde la puerta de servicio, lanzándonos, de vez en cuando, su oblicua mirada indiferente.

—Nunca he podido comprender del todo —volvió a decir Mr. Eales, llevándose a los labios el redondo recipiente del té chino, amargo y aromático, caldeado como urna de sacrificio— este asunto de Mr. Bright. El no fue jamás al Consulado, ni siquiera a visitarme. Cuanto supe de él me lo contaron otras gentes. Conocía sus hechos a medias, y fui el primer sorprendido cuando me enteré de su muerte. Aun este final permaneció bastante oscuro para mí durante algún tiempo. Existían algunos hechos inexplicables. Más tarde, pude reconstruirlo todo exactamente y comprender lo desgraciado que había sido nuestro amigo. Pero, a pesar de ello, ¡cuántos detalles aún que quisiera explicarme, que quisiera entender y no lo consigo! En toda mi carrera consular —concluyó suspirando— no he tropezado con otro Mr. Bright. Y él no fue nunca al Consulado...

—De todas maneras —confesó Alvaro solemnemente—, Bright era una excelente persona. Creo que tú le conociste bien —añadió, dirigiéndose a mí.

Yo desvanecía el error. Apenas nos saludábamos; lo que yo deseaba ahora era saber algo más de su vida. Eales se excusó de contármela. El tampoco conocía sino el final desdichado. Alvaro, entonces, exclamó:

—¡Ah, mis queridos amigos, yo soy el depositario de la historia!

Y los dos nos quedamos mirándole fijamente, mudos de asombro.

II

Alvaro era lo bastante hábil para no desaprovechar su triunfo. Se había dado cuenta de nuestra sorpresa y tomaba ahora un aire indiferente, inmóvil, entre el humo de su larga pipa, con los ojos entornados, mirando al exterior a través de los cristales cerrados de la ventana. Afuera, la nieve comenzaba a caer, continua y silenciosa, apagando la vida de la ciudad. Los aleros distantes, la quebrada sucesión de los recios perfiles, de los altos relieves de las casas destacándose más oscuros sobre la placidez de la tarde, iban cubriéndose cuidadosamente de blancas tiras, como toscos encajes, bordeando a trechos irregulares el negro paisaje de los tejados. Londres, en vísperas de la Navidad, envejecía de pronto, cargado de nieve y de niños gozosos. Dentro, en la tibia soledad del Club, la llama inquieta de la chimenea ataba los primeros maderos con su cordón de oro y daba reflejos de ámbar a la faz amarilla del pequeño japonés, de rodillas ante sus fuegos, pendiente de su vida, en un culto minúsculo y grave, que estremecía la ancha espalda de su frac como un ala negra y agorera.

Las palabras de Alvaro, vibrantes y serenas, sonaban en la sala como un alegre rezo.

* * *

—Indudablemente —comenzó diciendo Alvaro con un acento de gravedad desconcertante—, hay dos Sevillas, hay

dos ciudades en cada ciudad. Acaso hay más de dos. La cuestión está en acertar a elegir la que se prefiere. Bright se equivocó en esto. Bright eligió mal, o acaso no eligió ninguna; acaso no vio ninguna de las dos.

Después de tan vagas afirmaciones, Alvaro sorbió un poco de té y continuó diciendo, con un suspiro que le brotaba seguramente de profundos rincones de melancolía:

—A Bright le perdió, como a tantos hombres, su popularidad. Mientras fue el hombre sin triunfo visible fue el hombre feliz. Así él recordaba siempre, con su voz confidencial, tan medida, sin embargo, que conservaba intactas sus vibraciones, aquellos primeros años de su infancia en Epsom, en su casa de campo, donde parece que vivió algún tiempo con su educación olvidada. Fue cuando la tragedia familiar, cuando la muerte del padre, apenas recordado, en una remota colonia, tentadora y virgen, que escarbaba afanosamente desde hacía tiempo con un vasto proyecto de grandezas. Y con la muerte inesperada, la angustiada sorpresa de su madre, el pavoroso desconcierto ante el presente económico desconocido y, por último, el apartado refugio de Epsom, lugar familiar más adecuado para defenderse o decidir.

Pero la familia salió adelante, no tan mal como se temía, y él ingresó en un colegio del norte sin bagaje preliminar de nociones. Sus conocimientos fueron tardíos; no consiguió nunca destacarse. Apenas dejó al abandonar el colegio un nombre sin brillo, confundido fácilmente, un recuerdo de alumno huraño, de torpes afirmaciones, apegado siempre a tristes éxtasis. ¡Gratos años, sin embargo! ¡Gratas horas para Bright aquéllas, lejos de los *prefects* temidos, a la hora de los recreos distantes, en los campos alegres y apartados del colegio, que se sumía, entonces, en una paz susurradora, y que él gustaba de sentir bajo el murmullo de los árboles, sentado al abrigo secular de sus altas copas, en el largo paseo central vacío!

—La infancia de Bright, por lo tanto —resumió Alvaro—, carece de historia heroica. A los cuantos años salió del

colegio para entrar alborozadamente en "su" Universidad, en aquella por él preferida y soñada en sus meditaciones como la más adecuada para desarrollar sus facultades incipientes. Fueron días de gozo, de íntimo alborozo, los primeros de su estancia universitaria. Esto era lo que él necesitaba, lo que seguramente operaría en él un total desenvolvimiento, la plena posesión de sus aptitudes; un amplio medio social de dilatado esparcimiento, de tranquilos estudios al influjo benéfico y cordial de la amistad constantemente renovada. Admiraba el perfecto sistema de sus maestros, los previsores reglamentos que al principio le sorprendían para dejarle, como un bálsamo, apenas meditado, el comfortable descubrimiento de sus enseñanzas, esa impresión inconfundible que deja siempre el contacto con la sabiduría. Cada día le mostraba una sorpresa, como complaciéndose su experiencia en enriquecerse poco a poco, atentamente. Cuando no era el alegre hallazgo de un nuevo amigo, era el escrúpulo temeroso de aventurarse de noche por la ciudad, sin el uniforme colegiado, entre las sombras de las calles tortuosas, traspasadas, sin embargo, a distancias inverosímiles, por los ojos inmóviles del *proctor*.

Todo esto contribuía a su felicidad presente. Aun los deberes, distintos y múltiples, se le antojaban fáciles distracciones, y él, un hombre ya, y no el niño escurridizo del colegio, representábase, sobre todo, aquel mundo universitario, como el comienzo brillante de su actividad social, vieja pedagogía que él admiraba ahora en toda su grandeza.

Pero la infelicidad es tan vieja como el mundo. Bright se vio más tarde movilizado brutalmente, acuciado por el seco laconismo de unos papeles, por la rígida llamada de la prosa militar. Era la guerra, aquella guerra obsesionante de todos los días, de todas las semanas, que él consideraba, sin embargo, que no había de tocar su vida, su familia, tan reducidos sus afectos de hijo único a su madre y a su hermana. ¡La guerra! La ciudad universitaria se turbaba de cuando en cuando con motines callejeros, ráfagas patrióticas que atronaban momentáneamente sus calles, como vientos

sin rumbo, para dejarla sumida luego en un silencio más profundo, en un total reposo, agrupada y enredada por entre los viejos edificios, nunca más nobles y firmes sobre la vejez de sus cimientos, sobre los siglos y en el espacio, mostrando a la ciudad alarmada la historia viva de sus piedras, el ejemplo solemne de su eternidad.

En estos días los estudiantes agrupábanse atónitos en los numerosos *teashops* de la ciudad, aturridos aún por sus juegos, graves y silenciosos con la nueva noticia, fatal casi siempre, bulléndoles en la mente, con la imagen imprecisa de esa guerra lejana pasándoles por la imaginación como un espectáculo importante y vago. Bright se unía a sus compañeros y permanecía horas y horas absorto en sus meditaciones, como cuando la época de la escuela, y ya anochecido se retiraba a su colegio, atravesaba los enormes patios empedrados, donde el pie sonaba recio e inseguro, y subía a sus cuartos, pensativamente, a prepararse para el *Hall*, como se nombraba la comida de la noche para ennoblecen su categoría. Desde sus ventanas distinguía todo el patio central, inmenso, con su fuente gótica de piedra, siempre sin agua, rematándose en aquel momento, graciosamente, por las primeras claridades de la luna.

Sólo una noche comprendió el terrible significado de la guerra; una noche tormentosa, de espesas nubes, que envolvió inesperadamente al enemigo y lo desorientó en los aires, ya de retirada de los tejados de Londres, y le hizo pasar sus temibles aviones sobre la vieja Universidad. Era la hora de la cena, cuando llegó el aviso y fueron apagadas hasta las velas que alumbraban tímidamente el comedor solemne, alto y vidriado como una catedral. El colegio quedó en sombras. Afuera se presentía la vigilancia de la ciudad, también a obscuras, en un silencio absoluto, atento, lleno de angustias reprimidas. Muy alto pasó, confundido con el viento amigo, un rodar pavoroso y grave, cada vez más lejano, anunciando con su monótono jadear, ya confuso, que el peligro pasaba y se perdía sobre los venerables edificios.

Bright no durmió aquella noche. Permaneció con los ojos abiertos hasta el alba, más absorto que nunca en sus meditaciones, recibiendo un mundo nuevo, que descubriría lentamente. Por la mañana, al levantarse y bajar al desayuno notó cierto movimiento entre sus compañeros. Algunos se despedían y marchaban a Londres. Eran los primeros voluntarios de la Universidad.

El sintió también deseos de acompañar —tan calurosa fue la despedida, junto al tren— a los primeros héroes. Pero se quedó. Algo invisible le ataba a su Universidad querida, docta y estudiosa siempre, de sociables tradiciones, donde él preparaba sosegadamente su personalidad futura e ineludible.

Y, de pronto, aquel llamamiento imperioso, su marcha precipitada a Londres, no sin antes ver con una consternación sin límites cómo su Universidad venerada se transformaba tumultuosamente en cuarteles y cerraba sus puertas seculares a toda noble investigación para abrirlas escandalosamente a los guerreros, gente que pisaba sus piedras, mil veces sabias, con una grosera indiferencia de centuriones.

La entrevista con su madre fue muy dolorosa. A los pocos días se incorporó a su regimiento en un puesto muy secundario, a pesar de sus títulos y de la falta de oficiales, pero como decía en un escrito la oficina militar que le reconociera, "carecía propiamente de condiciones de mando". Pasados los meses de instrucción, por último, salió para Francia.

Bright no fue soldado largo tiempo. Dejó a poco las trincheras humillado, vencido por los rigores de la guerra. Se hospitalizó. Pero la tos no le abandonaba, continua, feroz, rompiendo con su seca estridencia el silencio del hospital, como antes le rajaba las entrañas con un ruido sordo, que él percibía, sin embargo, como una tempestad lejana. Más tarde, volvió de nuevo a la línea y fue herido. La bala le rozó justamente el borde del pulmón. ¡Ya sabía el camino! De regreso a Londres, convaleciente, los médicos

entregaron a su madre la última receta, y Mr. Bright, vencido y humillado, atravesó la frontera de un país neutral, en la ruta del sur, en busca de un clima y de un sol que necesitaba.

—Como habrán observado —se interrumpió Alvaro, en su afán de síntesis aclaratoria—, la juventud de Bright carece de especial heroísmo, de verdadera historia. Es éste un punto curioso que señalar en su vida por sus improbables biógrafos. Bright carece siempre de historia, aun en aquellos momentos culminantes en que creemos que va a superarse. Se supera, eso sí, espiritualmente, cada día más, en un inconsciente estado de grandeza moral, pero su orden de ideas no refleja nada en la tierra, lugar y suelo histórico.

En cuanto a España, apenas sentía aún la inquietud fecunda que abortó el año 17, año fecundo para la humanidad. Ni siquiera atravesábamos aquel período de dudas y vacilaciones que siguió al fracaso y que había de marcarse, tristemente, más tarde, con la acentuada indiferencia, y a veces con la retirada, de sanos elementos directores. Este fue, quizá, un peligro de muerte para el socialismo español. Pero acaso fue, tan sólo, como hizo observar en frase ardiente un articulista anónimo, "el estremecimiento del parto inevitable: del ideal comunista".

En tanto, Sevilla, con sus anhelos locales de grandeza, tenía, sin embargo, su vida estancada. No despertaba del todo a los afanes de renovación. Más tarde es cuando había de comenzar tímidamente su reforma, iniciándose transformaciones provechosas en su Universidad y en sus paseos, en su literatura y hasta en sus costumbres.

Pero los días de Bright eran demasiado gloriosos para dudar de su grandeza. Dedicábanse insaciablemente, a la exaltación de un placer sensual, a veces retorcido y obscuro, que llegó a su máxima estridencia en aquellas estrepitosas juergas en el río, Guadalquivir abajo, en las que se bañaba a las mujeres con sus trajes de noche, sumergiendo los descotes, en un juego perverso, bajo las aguas transparentes,

hasta dejar a las *niñas* entontecidas y subirlas a los botes más escuálidas y frágiles, aptas ya para seguir bebiendo. Una noche, una de ellas no pudo, claro está, porque estaba ahogada.

—Todo esto debe haber cambiado —murmuró mi amigo Alvaro—. Así quiero pensar, a veces, cuando me entra la comezón del regreso. Del tiempo que hablo es, también, nuestra amiga la señorita Isabel Manrique, la bella María Isabel, separada ruidosamente de su marido a los pocos meses de matrimonio y hoy dentro de una vida de yerros y de escándalos que consterna a sus buenos amigos. Por ella supe casi todo lo que cuento. Pero volvamos a Mr. Bright.

III

Bright no se engañaba. Le bastaba con mirar aquel cielo limpio, aquella ancha perspectiva urbana por la que pasaban los transeúntes perezosamente, saludándose con un gesto de cansancio, para desentrañar de nuevo el alma pensativa de la ciudad y sentir en la suya propia como un reposo bienhechor en el que poco a poco se adormecía. Los sentidos se le sutilizaban hasta percibir iniciaciones de otros mundos, rápidos atisbos indefinibles de no sabía qué nuevas realidades. Bright era feliz, intensamente feliz, en aquella primavera andaluza. Sevilla fue para él, desde el primer momento, el medio social aprovechable, ineludible, para el desarrollo de su personalidad ya en movimiento. Aun los tropiezos del comienzo los consideró como experiencias necesarias, ejemplares y provechosas para el mejor conocimiento de la nueva sociedad en que vivía, de las personas de que se rodeaba. Estaba, además, como agradecido a estas vicisitudes. A ellas debía su popularidad, sobre todo a aquella gran aventura del duelo, que le valió tantos agasajos. Su amigo Alcántara, más que ningún otro, se le mostró afectuoso hasta el límite. ¡Curioso amigo éste!

—Lo único que he sentido, querido Bright —le dijo, pasados los primeros instantes de efusión, y envolviéndose de nuevo en su cruel escepticismo— es que no hubiese usted matado a esa mala bestia de un tiro.

Bright sonrió, alto turbado, como le acontecía siempre ante toda afirmación rotunda. El otro añadió:

—Yo me hubiera ofrecido a servirle a usted en ese asunto, y acaso con fortuna, pero no estaba en Sevilla en esos días. Acostumbro a pasar los días de Feria en el campo. Detesto solitariamente toda explotación de lo castizo, aunque en verdad lo castizo —terminó con un suspiro— es ya la misma explotación.

Y no volvió a ver a su amigo Alcántara sino sólo de cuando en cuando en el paseo, embutido en un enorme automóvil, silencioso y vacío como una tumba abierta.

Este recuerdo, y otras imágenes y anécdotas de los días de la convalecencia, surgían una vez más en esta tarde plácida, coronada de nubes prietas, inmóviles, de recortadas orillas, como blancas islas acantiladas sobre el océano profundo de los cielos. Medíanse los términos con la vista. Y ante el espectáculo de la tarde, con las nubes suspensas, bajas y quietas sobre la tierra, casi a la altura de la mano, Bright se sentía invadido de una ausencia divina, de un goce íntimamente sorprendido. El amaba su libertad, su gloriosa libertad. El amaba la vida en su más noble expresión, en sí mismo y en el prójimo. El tenía conciencia absoluta de su triunfo. El necesitaba reanudar su vida, desarrollar su personalidad instigadora.

Apoyado de codos en el balcón del hotel, Bright iba prendiendo sus pensamientos por el paisaje urbano. La plaza de San Fernando, en aquella hora de la tarde, parecía empujar con su soledad al Ayuntamiento, estirando la inutilidad de su tamaño. Sólo en el centro de sus arenas jugaban unos niños laboriosamente, a la sombra del monumento, invisible y presente a todas horas. Bright acogía el paisaje entero con su mirada, desfigurándolo abstraídamente en el cóncavo espejo de su fantasía. Detenía los ojos soñadores en la base erizada de una palmera y complacíase, después, en subir pausadamente la vista por el tronco dentado, hasta estallarla arriba, como un cohete luminoso, por las ramas estremecidas.

Gozaba de la tarde. Pocas tan felices para su espíritu como ésta, con su visión limitada por los aleros vulgares, recogida toda ella en la amplia soledad de una plaza pública. Así estuvo hasta el crepúsculo. Salió entonces del hotel con un andar reposado, de hombre que mide aún los momentos felices transcurridos. Atravesó distraído la plaza hasta dar con el edificio del Municipio en el otro extremo. Sí, aquel era el Ayuntamiento; por el otro lado lucía su fachada vistosa, la mitad plateresca, como una cara a medio afeitar. Cruzó bajo el arco y se dirigió hacia la Catedral con el mismo andar pausado, con un vivo interés esta tarde por presenciar el desfile del paseo. Los automóviles pasaban ya de retirada, conteniendo la velocidad con un jadear ronco, interrumpido, explotando a veces sus impacencias en un más rápido crepitar de sus motores. Los caballos les seguían nerviosos, como enredados desesperadamente en sus arreos, con su trote breve y recio sobre el empedrado.

Bright buscó la perspectiva junto a una calle nueva, de amortiguados ecos, por la que deslizábanse los coches apagando su rodar, convertidos un momento en góndolas fugaces sobre el canal de asfalto. Allí, en la orilla, presenciaba el desfile numeroso, la graciosa sucesión de instantáneas sonrisas; complaciale, sobre todo, la severidad que volvía a cubrir los rostros, transcurrido el saludo, imprimiéndoles serios rasgos inmóviles, adecuados al momento solemne del desfile. Era algo así como la dignidad revestida ante el mudo homenaje del transeúnte mudo, paseante a pie con su mutismo husmeador y respetuoso.

Bright esperó a que el desfile terminara. Los últimos coches venían ya distanciados, algunos demasiado lentos para el orden pedido tácitamente, como en un complot romántico, por la última llama del sol que se ponía.

Cuando iba a retirarse, Bright se detuvo aún para presenciar el paso del último coche, que venía, a juzgar por el trote lento de sus caballos, con un retraso imperdonable y previsto de buen tono. Bright siguió con la mirada el interior

del coche hasta perderlo entre las sombras. Dentro iba Isabel, la bella Isabel Alford, indiferentemente reclinada. Una señora de edad la acompañaba, más erguida y grave.

Bright quedó deslumbrado, indeciso ante no sabía qué rumbos temblorosos. Siguió la dirección del carruaje y al llegar a una esquina le pareció adivinar aún, hacia el fondo, entre las claridades de la plaza de San Francisco, la oscura silueta del coche que poco a poco se alejaba. Pensó en correr, pero le pareció ridículo. Después de pensarlo un poco más, le pareció absurdo: ¡él corriendo, con su pulmón averiado, para alcanzar a dos caballos andaluces, de soberbios bríos!

Aquel incidente de la calle de la Reina Mercedes le había impresionado. Volvió al hotel con una mezcla agri dulce de pensamientos. Hacía tiempo que él lo sospechaba, que él se ruborizaba gozosamente con este nuevo aspecto de su vida: estaba enamorado de la señorita de Alford. Temía a veces no haber guardado todo lo hábilmente que es preciso este hondo secreto en su corazón. Sus amigos habían sospechado algo, acaso habían hablado entre ellos, quizá llegó a oídos de la misma señorita de Alford.

Esta última sospecha, lejos de inquietarle, le producía un gozo malicioso. Mejor era así. Lo malo del asunto consistía en que la señorita de Alford iba a casarse, estaba hacia tiempo comprometida. Esto era un contratiempo, un enorme contratiempo. Pero Bright se consolaba forjándose vagas ilusiones, confusos proyectos que apenas dibujaba.

Cenó con apetito. Después de comer salió en busca de sus amigos, deseoso de conversar con ellos, de rociar calladamente con su optimismo aquella lánguida tertulia. Como el calor apretaba no se entraban los sillones del Casino hasta muy avanzada la noche, y en ellos se sentaban los amigos de Bright, soñolientos, esbozando como un penoso deber el plan de la media noche.

Bright llegó e intervino seguidamente en la conversación general con un ardor inusitado. Uno de los amigos se incorporó en su asiento unos segundos, asombrado de tanta elocuencia. Bright, en efecto, estaba radiante. Confesaba, incluso, encontrarse dispuesto a *correrla* aquella noche.

Los amigos empezaban a animarse. Aquel hablar seguido de Mr. Bright era como un cosquilleo continuo, perturbador. Por fin se levantaron, no sin después mirar desconsoladamente los sillones, como en una despedida atroz. Mandaron a buscar las *niñas*, con un recado misterioso, a un cochero rasurado, tieso y servicial. Bright se encontraba en un apuro. No tenía amistades.

—Mandamos por una a casa de Manolito —solucionó Arolas, que acababa de llegar.

—Mejor será que vayáis por ellas —decía un madrileño muy elegante, diminuto, que había venido para las fiestas—. A veces se hacen las sordas con los recados. Dicen que ya tienen la jaula llena de micos. Eso nos pasó a nosotros la otra noche.

Arolas se ofreció a acompañar a Bright. El tenía que hacer también por aquel sitio. Bright, sin gran entusiasmo, subió a un coche de punto. El Marqués y La Mata se despidieron. Arolas se sentó junto a Bright y el cochero arreó por la calle de Tetuán abajo. Iban los dos silenciosos, contemplando distraídamente las aceras. En el fondo, Bright estaba arrepentido de la aventura, deseoso de hallar algún tropiezo y volverse a su cuarto del hotel. El compañero, además, no le agradaba. Desde aquel desgraciado incidente con Carmencita, la muchacha del Castilla, le parecía un ser degradado, distinto de los demás hombres. Arolas, por su parte, no parecía ocuparse mucho de la compañía de Mister Bright. Guardaba un silencio absoluto y sólo de cuando en cuando, por una agresividad que iluminaba sus ojos de miope, se adivinaba que un pensamiento hostil le estaba mortificando. Bright tampoco habló por el camino. Sólo alguna vez intentó una conversación indiferente, que murió

enseguida en el hosco gruñido con que la recibió su acompañante.

Por fin, el coche paró. Entraron en un zaguán iluminado y esperaron junto a la cancela. Por detrás de un biombo, que ocultaba al visitante el pequeño patio y el primer tramo de la escalera, asomó una cara. Volvió a ocultarse y se oyeron unos cuchicheos; y, pocos instantes después, la casa, pacífica hasta entonces, se transformó, se oyeron unos pasos alocados por la escalera y más tarde en el piso, sobre el mismo zaguán. Bright no se explicaba tanto alboroto. El otro parecía nervioso, empujando visiblemente los hierros de la verja.

Al entrar, Arolas preguntó a la mujer del manojito de llaves que acababa de abrir.

—¿Dónde está ésa?

La mujer se encogió de hombros y Arolas subió la escalera a grandes zancadas. Bright quedó solo en el patio, sorprendido, sin saber dónde entrarse. La encargada le metió en una alcoba no muy amplia, de claros muebles de riga y cromos con vistas de Venecia por las paredes. Sobre la cama, en la pared también, se desangraba una Dolorosa, con unos puñales enormes enterrados en su corazón pequeño. Unas flores marchitas en la mesa de noche, un bidé.

Bright no salía de su asombro.

—La sala está ocupada —le explicó la otra—, lo mismo que el comedor...

Al poco rato, entraron en la alcoba dos mujeres, dieron las buenas noches y se sentaron una sobre la cama y otra en una silla. Los tres quedaron mirando con una sonrisa forzada, sin decidirse a hablar.

—¡Qué costumbres más extrañas! —pensaba Bright.

Al cabo, una de ellas, la que estaba sobre la cama, suspiró y dijo:

—Bueno, ¿qué hay de nuevo?

Bright no comprendió. La que no había hablado dijo, entonces, como resumen de sus observaciones.

—Tú eres inglés.

Bright contestó que sí; ellas serían, claro está, españolas, sevillanas.

—No, hijo mío —interrumpió la de la cama—, yo soy de Granada, granadina, de la tierra de los Abderramanes.

—¡Ah!

Los Abderramanes: éstos serían de seguro los toreros más famosos de Granada —pensó Bright. Pero después le pareció que no. En fin, él ¿qué sabía?

—Y yo soy de Avila —dijo la de la silla tímidamente, como si confesara un pecado—; de la tierra de Santa Teresa.

Bright se ruborizó. El tampoco sabía quién era Santa Teresa, pero le impresionaba que fuera una santa.

El silencio se hizo de nuevo. Los tres no se miraban ya sino a hurtadillas, disimuladamente, como si estuvieran enojados. Otra mujer se asomó a la puerta.

—Aquí tienes una de Pozuelo —dijo de pronto la de la cama, señalando a la que llegaba con un entusiasmo inesperado.

—¡Te daba así! —dijo la otra, amenazándola con un gesto; y desapareció de nuevo.

Volvieron los tres a su silencio. Bright dijo, por decir algo:

—¡Cuánto tarda mi amigo!

La de la cama levantó una mano estirada y la movió varias veces en el aire como cortándolo.

—¡Eh! —inquirió Bright.

La otra repitió el gesto y dijo luego, bajando la voz.

—Que hay solfa.

Bright no entendía. Por lo visto no sabía aún bastante español. La otra tuvo que explicárselo. Su amigo Paco, ¿se enteraba? tenía una amiga... ¡Vamos, se entendía con una! Esa una era una compañera que estaba chalada por Paco. Paco venía a buscarla, pero antes de salir... ¡Vamos, caprichos de algunos hombres!, le proponaba una...

Y volvió a repetir el gesto.

—El dueño, claro está —continuaba explicando—, se quiso oponer a esas cosas; era un escándalo. Pero la amiga de Paco, ¿comprende?, prometió que no gritaría más, y así ha sido. Ahora él viene, sube al cuarto, y allá ellos, ¿comprende?

Mr. Bright comprendía, empezaba a comprender. La otra añadió, al cabo de un momento.

—Yo creo que a ella le gusta... ¡Caprichos de algunas mujeres!

—No he comprendido nunca esos caprichos —dijo la de la silla, suspirando campechanamente, como si se quitara unos zapatos estrechos.

Por fin Arolas bajó y entró en la alcoba, cogida estrechamente la cintura por los brazos de una mujercita morena, de mirar extraviado.

Bright abandonó su asiento y se dispuso a marchar, pero Arolas, ahora vigilante y solícito, le detuvo con una sonrisa, mientras le decía:

—¿Qué hacemos? ¿Qué decidimos?

Bright consultó el reloj y comprobó que se habían detenido más de la cuenta. Los otros esperarían ya impacientes.

—Bueno, Mr. Bright —le contestó Arolas—. Usted tiene la palabra. ¿Por cuál de estos pichones se decide? —añadió, señalando a las dos mujeres, que se habían también levantado y se apoyaban ahora en las puertas de la alcoba con una actitud mitad humillada, mitad desdefiosa.

Hubo que deshacer el error. Mr. Bright no quería pichones. El los acompañaría un momento, iría hasta las Ventas y

luego se retiraría temprano al hotel, a descansar. Se encontraba un poco fatigado.

—¡Eso no —gritó Arolas fingiendo indignación—, eso sí que no! ¡Nada de embarcar y quedarse en tierra! Mr. Bright tenía que acompañarlos hasta el final, como había prometido, provisto de su correspondiente perro.

La querida de Arolas le dio un golpe cariñoso en el estómago, como protestando del calificativo. Bright, en vista del acoso, se dirigió a la de la silla, que era la de Avila, y le preguntó si quería acompañarlo. La muchacha hizo un gesto ambiguo con la cabeza y subió por el abrigo. La otra, la granadina, volvió la espalda sin saludar, tarareando desenfadadamente.

Los cuatro se acomodaron en el coche, bastante estrecho, y se dirigieron a las Ventas. Al pasar por la plaza del Duque, Bright se apeó con su amiga y tomó otro coche. Así irían todos más cómodos. Dio orden al cochero de seguir el que ocupaba Arolas y su dama, y se arrellanó, estremeciéndose, sobre el hule del asiento frío y humedecido por el rocío de la noche.

—¿Tiene usted frío? —le dijo la chica.

Y con un movimiento heroico le cubrió las piernas con una parte de su abrigo. Bright protestó, pero tuvo que resignarse al fin. ¡Grandes mujeres estas españolas! Todas, todas ellas tenían virtudes excelentes, fáciles de encontrar al menor estímulo. Le encantaba aquella solicitud, aquel amparo generoso que se le brindaba.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a la muchacha al desembocar junto al río, fuera ya de la ciudad.

—Me llamo Antonia, pero me dicen Angeles; es más bonito.

—Yo me llamo Richard, y me dicen don Ricardo; es mucho más feo.

La chica rió sin ganas, y volvieron a enmudecer. El coche atravesaba ahora las sombras del paseo, densas y húmedas, caídas de los árboles como inmensos paños, amortajando

todo el paisaje muerto de la noche. En algunos lugares la obscuridad aumentaba, recogida por un grupo más numeroso de árboles, por el regazo de la fronda espesa y rumorosa.

—Oye —dijo de pronto la muchacha, acercándose a Bright, con una voz confidencial, oculta hasta ahora—, ¿me vas a querer mucho esta noche?

Bright la abrazó suavemente y le dio un beso tímido en la cara. La muchacha pareció conformarse y se mantuvo así, quieta, acurrucada sobre el pecho frágil de Bright, mientras el aire de la noche corría sobre sus cabezas.

El coche penetró en una rotonda de luz. La muchacha se irguió y dijo, señalando un quiosco rodeado de bombillas eléctricas como un pandero:

—Oye, ¿nos bajamos? Podemos bailar detrás, sobre la hierba; es el puesto de Fernando.

Bright no sabía bailar. Esta noticia pareció entristecer a la muchacha. El coche, a los pocos momentos, paró en la Venta Eritaña.

Allí le esperaban sus amigos... No... Habían estado hace un momento, pero se marcharon no sabía adónde.

—Iban un poco bebidos, sí, señor —parecían indicar aquellas vagas referencias del camarero.

Bright no quiso detenerse más. Arolas, por el contrario, entró tranquilamente, abrazado siempre por su hembra, en una especie de balneario de playa recién construido y, ¡ay!, recién pintado, a la entrada del jardín. Se jugó unas pesetas, de pie, junto a la ruleta, y volvió a salir de la sala con el mismo aire de hombre querido y viciado. Bright le esperaba fuera, sentado en el coche con su pareja desde hacía largo rato.

Los otros pasaron sin mirarlos, absortos en su idilio extraño, y dieron al cochero una nueva dirección. Bright recomendó al suyo que no perdiera de vista aquel coche.

Rodaban ahora por el final de las Delicias, y de nuevo se detuvieron los carruajes. Allí sí estaban sus amigos, en uno

de los reservados del fondo. Desde la mitad del jardín se oían sus cantos y sus gritos. Bright volvió a arrepentirse de su desgraciada iniciativa, pero ya era tarde. Una huida así, iniciada en los propios macizos de la Venta Antequera, era algo confuso e imperdonable. Subió la escalera que conducía al reservado, como a un puente de mando, un puente de mando inútil de la nave sin rumbo que era para Bright todo el jardín. Y se detuvo en la puerta, aterrado. La habitación, baja de techo y con los cristales cerrados de las ventanas, apretaba el humo denso de los cigarros sobre las mesas, sobre los vasos, sobre los ayes lastimeros de los cantos, que eran así más frágiles e inciertos. Las mujeres, medio desnudas, encaramadas en las mesas, se llamaban unas a otras con nombres groseros, inverosímiles, mientras los hombres gesticulaban por el cuarto con los vasos en alto y las caras sudorosas. En tanto el madrileñito, más diminuto junto a la corpulencia erguida del *cantaor*, se empeñaba en cantar flamenco, su flamenco. Por supuesto, el que él había aprendido, sin saber cómo —agregaba, moviéndose nerviosamente en su asiento—.

Bright fue recibido con una salva de rugidos. Todos protestaron de su tardanza. Arolas decía, como quejándose de largas esperas:

—¡Estos ingleses cuando se meten en juerga...!

Bright se disculpaba; no había sido sólo culpa suya; además, de la ciudad a las Ventas era un trecho largo...

Sus disculpas se vieron amenazadas de naufragar en diez o doce copas que le alargaron.

Bright brindó por la salud de todos, para lo cual —propuso— “hemos de abrir primeramente estas ventanas”.

Su brindis fue seguido de múltiples puñetazos entusiastas que hicieron saltar los cristales. El aire de la noche penetró en la habitación, callado y presuroso. Todos se estremecieron.

—Oye, tú —dijo una de las mujeres, que tenía el pecho al descubierto, con toda la blusa desgarrada—; eso estará bien en tu tierra, pero aquí se cogen pulmonías.

Entonces, todo se volvió en imprecaciones a Mr. Bright por su ocurrencia. El *cantaor* se quejaba también del frío en su garganta.

—¡Justicia! ¡Justicia! —dijeron a una los amigos, cómicamente furiosos.

—En nombre de Su Majestad —dijo uno de ellos, más borracho, subiéndose a una silla— pido que se condene al reo a servir de parche mientras terminamos estas quince o veinte botellas.

Un aplauso nutrido coronó la sentencia. Bright fue incrustado en la ventana, sobre el agujero del cristal, con los brazos extendidos como crucificado. Se mantuvo así largo rato, siguiendo sonriente la broma, hasta que sintió el aire frío de la noche taladrándole la espalda. Dio un salto y se quedó en el centro de la habitación, agitado por un continuo estremecimiento.

—¿Ves tú? ¿Ves tú? —le gritaban las mujeres.

Y le alargaron otras copas para reanimarlo.

—Señores —decía desde hacía rato Morales, que había venido sin señora y se mantenía sentado en un rincón, grave y escéptico—, un poquito de flamenco, un poco de calma. A ver, maestro, esas tarantas. ¡Un poco de silencio, señores!

Los demás callaron unos instantes; pero, en la larga preparación de la guitarra, volvieron a la charla animada. Cuando el canto comenzó no consiguió dominar el barullo, pero el *cantaor*, hombre de seguro acostumbrado a las tormentas, siguió hablando indiferentemente de sus minas, del peñón de la Gomera, del trabajo en Cartagena. De vez en cuando, la relación de alguna injusticia. La voz salía, ahogaba y rebelde, como de las profundidades de la misma tierra, de la propia mina donde se ahogaba. Bright escuchaba los cantos emocionado, sin saber por qué, sin entender

apenas lo que oía. Morales le iba diciendo la letra en los compases de espera de la guitarra, y el *cantaor* asentía con la cabeza distraídamente. Bright se entristecía con tanta miseria, con tan terrible sucesión de quejas en aquel campo de Cartagena, árido y soleado.

Buscó con la vista a su compañera. La señorita Angeles estaba ahora sobre las rodillas del madrileño, diciéndole unos secretos muy largos y muy hondos. Bright suspiró una vez más ante la terrenal fragilidad y se unió de nuevo a aquellos mineros que pedían el salario como una limosna.

El tumulto creció de pronto. Se organizaba una batalla en la habitación. Los dos bandos se separaban en busca de los extremos del cuarto, armados de sifones y botellas de *champagne*. El *cantaor*, rompiendo por primera vez su éxtasis, saltó de la silla y ocultó la guitarra debajo de la americana, como un tesoro. Recibió un billete de Morales y desapareció. Comenzaron a sonar los tapones solemnes y el frío chillar de los sifones. Cuando las municiones se agotaron parecieron agotarse las energías. Alguno, todavía riendo, se entretenía en bautizar con el vino a las mujeres, mojóndoles los cabellos sueltos y fatigados. Al llegar junto a Arolas quiso continuar la ceremonia, y entonces, la de los ojos extraviados le tiró la botella al suelo de un manotazo. El otro le dio una bofetada. Arolas se levantó de la silla lívido y sereno.

—¿Qué es lo que has hecho? —dijo fríamente.

Todos enmudecieron. Se pasaban ahora las manos por la frente para apreciar mejor lo que sucedía.

—Le he dado una bofetada —contestó el otro, fingiéndose más borracho de lo que realmente se sentía— a quien no sabe estar entre personas.

—Entonces sal tú de aquí —repuso Arolas.

Y le dio rápidamente un puñetazo seco, seguro, entre los ojos. El otro, tambaleándose cayó sobre la puerta.

La fiesta terminó. Cada cual, comentando a su manera, bajó por la escalerilla hacia el jardín. El madrileño fue el primero en desaparecer, acompañado de la señorita Angeles.

Bright y Morales volvieron juntos a Sevilla. Ninguno de los dos habló por el camino, íntimamente contrariados por la escena. Morales dijo solamente, al entrar en la ciudad, y como resumen de sus pensamientos:

—Sí; quizá tuviera razón... Pero Arolas es un grosero.

Bright, entre tanto, quería olvidar lo pasado, recordar complacido otras escenas más felices. No pudo contenerse. A la puerta de su hotel dijo a Morales:

—¿Sabe usted a quién he visto ayer, después de tanto tiempo? A la señorita de Casa-Manrique, a nuestra amiga.

Morales iba a contestar; pero Bright, pesaroso ya de su indiscreción, había empujado y cerrado de nuevo la puerta del hotel, dando rápidamente las buenas noches.

¿Isabel Casa-Manrique? No podía ser. Ella estaba en Jerez, preparando su boda. Precisamente aquel día había recibido carta de Manolo, que acompañaba a su novia, anunciándole que en la próxima semana vendría a Sevilla a ultimar sus asuntos.

Y con estos y otros argumentos, Morales, camino de su casa, se explicaba cada vez menos, cada vez más sorprendido, aquella extraña alucinación de Mr. Bright.

IV

Nunca le pareció tan bello el largo paseo de las Delicias como en aquella tarde de junio, luminosa y templada, que siguió a la famosa noche de Antequera. Se dejaba arrastrar en su carruaje, casi recostado en su fondo mullido, contemplando la increíble transparencia de la hora, que fijaba y descubría ya, como un calco invisible, un lucero pequeñito, humedecido aún por las brumas diluidas de una nube. También los horizontes lucían más distantes sobre el campo abierto y llano, erizado tímidamente en la lejanía por los triángulos agudos de las colinas. El sol derramaba sobre los campos, sobre el paseo, sobre los chalets de la vereda sus aguas de oro viejo, entonando el paisaje entero, revistiéndolo de una alegre dignidad que iba a refugiarse, como en un guiño del paisaje, en los cristales cerrados de los hoteles, en las altas veletas bruñidas que agudizaban los torreones. Sobre las veletas, los aguiluchos se detenían, diminutos y atónitos, sin atreverse a acometer aquel incendio. Abajo, los árboles del paseo abrazaban sus ramas, voluptuosamente inmóviles, curadas ya por el fuego lejano. Todo parecía estacionarse, como por magia creadora, sin previa preparación visible, en un constante equilibrio de la tierra y el cielo, que serenaba, armoniosamente, el alma de Bright, como un inmenso crepúsculo. Bright no descubría, ni tan siquiera adivinaba, el influjo que el descanso de la Naturaleza ejercía siempre en su espíritu. Recibía los estados de ánimo, sobre todo aquel de total reposo, como el fluir natural de sus ideas, que encauzaba así, a su modo, concretando reali-

dades de su fantasía, que por ser tales, vivían su vida más potente frente al mundo casual y pasajero. Todo lo transfiguraba. El amor, Isabel, ya existía. Lo tenía dentro de sí, agitado y uno, turbándole el sueño y la vigilia. Lo sentía tan vivo, tan en su alma, con tal impulso de revelación, que complacía a veces en exteriorizarlo, en ponerlo ante los ojos, palpitante y bello.

Bright se volvió a su amigo Morales, que le acompañaba también aquella tarde, y le dijo, con una alegre sonrisa:

—Espléndida tarde, amigo Morales.

El otro asintió con una cara pensativa. Bright atendía ahora al paseo, al lento suceder de coches y automóviles. Todo lo observaba, risueño y optimista, deseoso de hallar un feliz comentario. Tan pronto era la larga familia de X, toda ella en un solo auto, alargado hasta lo inverosímil en su especial carrocería, como cruzaba, más pausado en su tembloroso rodar, la vieja marquesa de Z, encerrada en su coche de cristales, estirada por la parálisis, como un loro disecado en su urna.

Bright curioseaba por todos los rincones. Ya movíase hacia la izquierda, hacia el lado de los coches, como la vista se le derramaba, luminosa y ansiosa, por las anchas rotondas del paseo. Buscaba algo urgentemente; Morales lo había notado. Vio, sin embargo, cómo Bright volvió a serenarse, fracasadas sus pesquisas, aunque se mantuvo atento el resto de la tarde a los últimos coches del paseo, a aquellos que, por la distancia o la transparencia ya difusa de la hora, parecían distintos hasta el momento de acercarse, en que surgían de nuevo los rostros conocidos: la muchacha del abanico, el señor de los lentes de oro...

Sólo al final del paseo, con la última luz, Morales observó que se animaba de pronto Mister Bright. Lo vio incorporarse, estirarse las solapas con un movimiento nervioso de cabeza e iniciar un saludo respetuoso, no exento de entusiasta admiración. Morales vio también pasar un soberbio tronco de alazanes, enganchados fogosamente a un cochecito. En

su interior, con gracioso desenfado, se recostaba una muchacha rubia, de inmóvil belleza, que contestó al saludo de Bright con una mirada profunda, curiosa y fugaz.

—No ha saludado usted a la señorita de Alford —dijo Bright, con voz emocionada, de vuelta del paseo.

—No la he visto, mi querido Mr. Bright —contestó Morales.

Y quedóse mirando a su amigo, más y más asombrado.

* * *

Morales se lo contó al marqués; el marqués a su joven amigo La Mata, y Pepito lo contó aquella noche en el Casino, entre el corro alborozado de los amigos.

—Señores —anunció—, última noticia, última anécdota de Mr. Bright. Nuestro amigo ha saludado esta tarde en el paseo, confundiéndola con Isabel Manrique, a... ¿adivinan ustedes a quién? A Victoria, *la Trianera*.

Ninguno entendió la noticia. Pepito tuvo que explicarla; volver a contar lo que le contara el marqués, que, a su vez, lo supo por Morales, testigo presencial del lance. Todos rieron, entonces. La cosa tenía la mar de gracia. ¡Bright saludando ceremoniosamente!... Y ante el espectáculo del asombro de Victoria y la reverencia solemne de Mr. Bright, volvieron a reírse estrepitosamente.

—No es para tanto, señores, no es para tanto —dijo Morales, que entraba en aquel momento, adivinando el tema de la conversación.

Todos se volvieron hacia Morales y, como si la presencia real del testigo acrecentara el regocijo, volvieron a reír de nuevo, esta vez de mejores ganas.

Morales se encontraba desconcertado, perplejo, ante un éxito tan rotundo. Pero como reaccionaba en seguida, y ante el más ligero pretexto de controversia aparecía su carácter impulsivo y apasionado, se propuso violentamente defender a Mr. Bright.

—No hay tal ridículo —decía—; no hay nada de eso. La cosa es muy sencilla. Bright no ha hablado con Isabel sino una sola tarde, un momento; no tiene nada de particular que la haya confundido. Además, se parecen un poco... Yo mismo...

Las risas no le dejaron continuar. Las carcajadas le sonaban como golpes cariñosos en la espalda, como palmadas elocuentes que no dejaban pasar la trampa.

—Les aseguro —repetía, ya indignado—, que yo mismo me hubiera confundido. Había muy poca luz. Por supuesto —agregó, esta vez con una agresividad manifiesta en sus palabras—, esto me pasa a mí por contar tonterías a ton-tos.

Pepito se ruborizó. Los demás siguieron riéndose por lo bajo. Hubo que relatar de nuevo la historia, sin embargo, a la llegada de Paco Arolas. Paco Arolas quería conocer en sus detalles aquel incidente famoso, que oyó contar al marqués en Labradores hacía unos momentos. Morales estaba desolado. Arolas, por el contrario, parecía muy sereno y opinaba que el asunto era muy delicado. Se trataba de la honra de un amigo ausente, del honor de Manolo Hacha, de nuevo en peligro.

—Por lo visto —decía muy serio—, el Destino pone a estos dos hombres frente a frente. Esa mujer les es fatal.

Comenzaron otra vez las risas, más acentuadas por aquellos que conocían el antiguo lance y sus preparativos pintorescos. El mismo Morales no pudo disimular una sonrisa, que se le dibujó bien a pesar suyo.

—Señores —recomendaba Arolas—, mucha calma. Hemos de meditar seriamente sobre el asunto.

Al cabo de un rato propuso continuar la farsa. Hacía tiempo que en Sevilla se iba perdiendo el humor, y ésta era una ocasión para recuperarlo. ¿Quién recordaba ya aquellos primeros años de la tertulia, cuando vivía el pobre Joaquín Álvarez y se hizo famosa la peña colocando los papeles de alquiler en los balcones de la Pura y cerrándole la puerta de

la casa, mientras ella recibía en la estación a unas niñas de Córdoba? Aún recordaban algunos las caras de las niñas, y sobre todo la de Pura, al tropezar con las ventanas sin cortinas, dispuestas ya para un nuevo dueño. El, Arolas, se encargaba ahora de la maniobra. Por de pronto, lo primero era hablar con Victoria.

Los demás asentían, riendo siempre. Morales, amansado un poco con la charla, empezaba a encontrar el juego divertido.

—Has de pensar —le decía a Arolas a la media noche, camino de la calle de Monsalves—, que Bright no es tonto. Además, es posible que Victoria no se preste a la broma; parece un poco orgullosa. ¡Hay que ver el tren! Yo la conozco poco.

Arolas le explicó: Victoria no era orgullosa. Orgullosa, ¿de qué? El la había conocido en los primeros tiempos, cuando ella bailaba en Novedades. Entonces se decía que se teñía el pelo, pero no era verdad. El lo sabía. Rodó por todas las casas de cita de Sevilla, hasta que un día, o mejor una noche, se la encontró en una de ellas un tal Medina, un ricacho de Pamplona, que le puso un piso a todo lujo en Madrid para alegrar sus estancias en la corte. Ahora se decía que estaban reñidos, pero Arolas no lo creía; Victoria era muy interesada. Ella pasaba siempre los meses de abril y mayo en Sevilla, como para deslumbrar con su lujo a sus paisanas. Sí, era muy orgullosa... Bueno; orgullosa, ¿de qué?

Al mediodía siguiente, Paco Arolas dejó su coche en una calle céntrica, junto a un pasadizo, y penetró por él en una plaza, diminuta y callada, donde vivía Victoria. No le fue difícil dar con la casa. Casi toda la placetilla circular la bordeaba la muralla de un convento, blanca y sin huecos como una fortaleza. Llamó a la puerta y esperó largo rato. Tuvo que dar su nombre dos o tres veces y, al fin, le abrieron, no sin antes girar la mirilla de la puerta repetidamente, con un alarmante disimulo. De la calle se entraba

directamente a una salita amueblada con todo confort, y hasta con exceso de comodidades. Las paredes permanecían intactas, mates y limpias con su claro enjalbegado. Toda la decoración, incluso los muebles, terminaba a setenta centímetros del suelo, cubierto enteramente de alfombras, cojines y almohadones, mezclados en una calurosa confusión de matices. Era, aparentemente, la habitación de un oriental, pero de un oriental siete veces fatigado. Victoria llegó con los ojos alegres y sorprendidos por la visita.

—¡Chico! —exclamó con su voz bien timbrada, que hacía pensar en seguida en la risa espléndida de su dueña—. ¿Qué milagro es éste; qué ocurre en Sevilla?

Arolas la saludaba con grandes muestras de afecto, verdaderamente sorprendido de la belleza de Victoria. ¡Cómo cambiaba! Parecía como si la Naturaleza, a través de sus primaveras, se complaciera cada año en agregar un nuevo toque a su obra favorita, perfeccionándola cada vez más, hasta lograr un tipo acabado de mujer, demostración de su vida y de su arte. La encontraba más alta, más esbelta, con el busto terso y recogido bajo los encajes del corpiño, entrevisto con la efusión del saludo. La curva de las caderas, larga y suave, imprimía a su cuerpo una ligera ondulación de abandono, no desprovisto de fortaleza. Tenía los brazos desnudos hasta cerca del hombro y los cabellos rubios, brillantes, recogidos hacia atrás, descubriendo despejadamente la línea perfecta de la frente. Arolas la miraba sorprendido, con un confuso malestar que le hacía recordar a disgusto aquella época lejana de Novedades.

—¿Qué te parece? —volvió a decir ella, con un rápido guiño en los ojos—. ¿Me encuentras muy fea?

—Estás guapísima, guapísima —no pudo menos de exclamar Arolas, aún deslumbrado.

—Bueno, pues dejemos eso —atajó Victoria—. ¿A qué se debe esta visita, esta sorprendente visita?

Arolas, ya sereno, volvía a mirarla con curiosidad. ¡Qué extraño! El lance de Mr. Bright se le antojaba ahora de una absoluta lógica, de una increíble lógica. Era un parecido

evidente, claro, que él descubría en este momento del modo más natural. ¿Cómo él y sus amigos no lo vieron antes? Victoria era quizá más guapa, de una belleza más deslumbradora que María Isabel; pero las dos se recordaban mucho, a poco que la atención se fijara en una de ellas. Este nuevo descubrimiento no le agradó. La maniobra, como él decía, perdía a su juicio, sin saber por qué causa, la mitad del interés. Victoria insistió, preguntando:

—Pero, ¿me vas a explicar por qué has venido? Te veo ahí, en ese diván, sin que yo te haya dicho que te sientes, y aún no lo creo.

—Pues siéntate aquí —contestó Arolas, riéndose y haciéndole sitio junto a él—, y verás que no he venido a nada.

La otra acercó un taburete y se sentó frente al diván. Paco Arolas volvió a recostarse muellemente.

—Pues nada, niña. Ayer hablábamos unos amigos de ti...

—¡Chico —interrumpió Victoria—, no perdonáis a los personajes!

—“Chico”... “perdonáis”... —repuso Arolas, levantando la cabeza, con una mueca de asco en los labios—. ¿De dónde sacas esas palabras? ¿Te has vuelto madrileña?

—¡Anda éste! —repuso la otra—. ¡A ver si va a poder vivir la que pronuncia!

—Bueno, no seas *pamplinaza* —continuó Arolas—. Ayer hablábamos unos amigos de ti, como te decía, a propósito de una cosa muy graciosa que le pasó a uno de la peña.

—¿Me empiezo ya a reír? —interrumpió Victoria.

—¡Niña, niña! —le gritó el otro, incorporándose en su asiento, como quien toma una decisión.

—Pero no vayas a perder el sueño —repuso Victoria, empujándole por los hombros para que volviera a acostarse—. Esto no es más que la alegría por verte. Habla ahora. Ya estoy seria escuchándote.

—Pues nada —empezó a decir de nuevo Arolas, reclinándose en el diván—, tú figúrate que tenemos esta temporada en la peña a un inglés, un inglés graciosísimo. La de cosas que nos han pasado... ¿Para qué contártelas? Figúrate

que se ha enamorado, se ha batido, se ha cogido sus curdas... En fin, un gran tipo. Nosotros estamos encantados con él; nos divierte la mar. Es un poco simplón, ¿sabes? pero es buena persona. Más infeliz que un timbre.

—Tanto gusto —murmuró Victoria, como si se lo presentaran.

—No te rías —continuó Arolas—, es un gran tipo. Hace tiempo que está enamorado, ¿sabes de quién?, de la novia de Manolo Hacha, de esa jerezana tan guapa que se parece tanto a ti.

Victoria sintió que se le subían los colores a la cara, como le acontecía siempre que se impresionaba.

—Pues verás —siguió Arolas diciendo, como si no notara el efecto de sus palabras—, nuestro inglés la ha confundido contigo y está enamorado de ti. Se lo ha dicho a Joaquín Morales; ¿tú lo conoces?

—No —murmuró Victoria—, no lo recuerdo.

—Pues sí; parece que te ha visto en el paseo varias tardes y que te ha saludado. El pobre no cuenta nada; pero se le ve que está muy ilusionado contigo, es decir, con la otra.

—Entonces —repuso Victoria, que no había comprendido hasta ahora—, no es de mí de quien está enamorado, sino de esa señorita. ¿Para qué decías que estaba enamorado de mí?

—De la novia de Manolo, mujer —repuso Arolas—. El te confunde con ella. ¡Bueno, en el fondo está enamorado de las dos! En fin... El está también enamorado de ti... ¡Fíjate!...

Victoria comprendió al fin, no sin cierto despecho por compartir la gloria con una desconocida.

—Bueno —preguntó—, ¿y qué tengo yo que ver con todo eso?

—Verás, verás, mujer; no te impacientes. El le ha dicho a Morales que quiere hablar contigo; vamos, tener una entrevista...

—¡Chico! —interrumpió Victoria, con un gesto de cómico asombro—, ¿quién te conoce metido en estos recados?

—¡No, mujer! —protestó Arolas—. No se trata de lo que te figuras. ¡Qué cosas! Al contrario, se trata de una entrevista muy seria, por la reja. No te olvides de que tú no eres tú...

—¡Mira, niño —volvió a interrumpir Victoria—, déjate de líos! Todo eso son las guasitas de los amigos que quieren divertirse un rato. ¡Que se compren un piano!

—¡Claro está, de eso se trata, de divertirnos todos! Nosotros te acompañaríamos, estaríamos presentes en la entrevista.

—Pero, ¿qué estás diciendo? —preguntaba Victoria, cada vez más confusa.

Arolas amplió sus explicaciones, hizo un fiel relato del incidente tres o cuatro veces seguidas, recalcando mucho aquello de que Bright la había visto a plena luz sin darse cuenta del engaño. Además, Bright era tonto, ya se lo había dicho; parece ser que de resultas de una herida había quedado medio idiota. Arolas, creía, más bien, que había sido siempre idiota, porque ahora recordaba que la herida fue en el pecho, no en la cabeza. Se lo había oído contar a Bright muchas veces. Bright estaba un poco enfermo, pero era buena persona —también se lo había dicho. La cuestión era buscar un sitio donde hablar. Por supuesto, Victoria tenía que fingir muy bien. Bright era un simplón, por eso no había cuidado; Victoria podría fácilmente tirarle de la lengua. Sí, Bright era muy rico; riquísimo. Tenía una de las fortunas más grandes de Inglaterra. Además, los amigos no iban a reírse de Victoria, puesto que la acompañaban, iban a estar presentes, escondidos por supuesto. Irían pocos: Morales, Pepito La Mata, quizá nadie más. El marqués no iría de seguro, aunque estaba enterado. La cuestión era el sitio. El había pensado primero en la casa de Manolito, a las cinco de la tarde, cuando no hubiera nadie. A él le dejarían de seguro un cuarto con su reja. La ocurrencia del sitio tenía gracia. Pero después recordó que Bright conocía

la casa, podía recordarla; precisamente habían estado juntos hacía pocas noches. A Victoria tampoco le agradaba el lugar. ¡Cosas viejas! Tenía desde antiguo una deuda con Joaquina, la encargada; no llegaba a dos mil pesetas... Bien podía su amigo Paco, si tenía tan buena amistad en la casa, interceder por ella, decirle a Joaquina que esperara... Ella no tenía ahora dinero, el otro, el de Pamplona, estaba muy económico. ¡Cosas de los negocios! ¿Lo haría su amigo Paco? ¡No se fuera a olvidar! Joaquina le había escrito de nuevo hacía unos días, cuando supo su llegada a Sevilla.

Victoria se animaba, poco a poco, con el calor de la conversación. Sí, lo difícil era encontrar un sitio. En su casa no se podía pensar, pues ella, Victoria se encontraba muy a gusto viviendo en aquella paz calladita, al amparo solemne de la muralla del convento.

—¿Y por qué no —dijo de pronto, con un súbito entusiasmo— en casa de Asunción? Allí habría la ventaja de la esquina. Me podría asomar por una de las rejas, de manera que no se viese la puerta de la calle, por si acaso. ¡No creas! Es un sitio formal, de visitas serias. ¡Total, por una noche!

Arolas asentía, le parecía el lugar de perlas: céntrico, poco transitado. Victoria se encargaría de hablar a Asunción. El, mientras, prepararía con sus amigos a Mr. Bright. Sí; por la noche, era mejor por la noche; cuanta menos luz, mejor. No había cuidado, de todos modos; Bright era un simplón...

—Este lío tiene la marca de fábrica de la peña. No cambiáis con los años —dijo riendo Victoria.

—¡“Cambiais”...! —recalcó Arolas, volviendo a repetir el gesto de asco.

Ya despidiéndose, con la puerta abierta, Victoria preguntó de nuevo, con intriga:

—Y dime: ¿es tan rico, tan rico?

Arolas abrió los ojos expresivamente y sopló con la boca como quien sopla un montón de dinero.

V

Bright recibió "aquello" sin inmutarse, sin graves alteraciones en su espíritu, como lo que se espera desde hace tiempo con la sencilla convicción de que ha de venir así, forzosamente. Lo sentía; lo sintió siempre, desde el primer momento. Lo presintió y lo entrevió incluso como realidad corpórea; llegó a tener de antemano líneas precisas, condicionales. Más tarde supo concretar el instante, la víspera de la pertenencia. Luego nació, alarmante y tenaz, como un deseo pequeñito. Volvió a su amparo, descuidado a veces, sin embargo; más intenso y tenaz después del abandono, en el dulce pesar de la conciencia. Por último creció, se hizo grande e invisible, y ya no necesitó de su amparo. Más bien él, Bright, fue el débil y sumiso, buscador a todas horas de aquel fantasma protector en el que en vano pretendía hallar la vieja estampa. A veces era el mismo, a ratos fugaces, pero los más de los momentos se revelaba y adquiría formas nuevas, proporciones distintas, de apremiante interpretación. Entonces, Bright huía de sí mismo, se refugiaba en un mundo de variantes realidades, de imágenes sucesivas entre las cuales apenas se distinguía como un personaje en fuga y secundario. Pero el reposo era ficticio. Pronto volvía a ordenar sus ideas, a colocar cada cosa en su lugar, a ponerse a sí mismo, sobre todo, donde había de estar, en la primera fila de su vida, en la vanguardia de su acción, frente a todos los problemas que surgían y los cuales necesitaba resolver. Eran éstos los instantes en que "aquello" se transformaba de nuevo en lo de antaño, en lo

ya conocido, con sus líneas precisas. Venía, juntamente con este cambio, el reposo verdadero, el sentirse en sí mismo, acompañado dichosamente de su alma, de su obra y de su sueño. Así el amor, uno y múltiple, nació, creció y vivió, previsto, temido y deseado.

Bright releyó la misiva, unas pocas palabras: "mañana a las nueve". El encuentro se acercaba. Sin darse cuenta, apenas encadenando intencionadamente los sucesos, Bright llegaba al término de sus afanes. No se sorprendía; tal era la fuerza de su ilusión, la máxima eficacia que encontraba esta vez en sus deseos. Pasó, sin embargo, un día agitado, inquieto, indeciso ante la avalancha de las nuevas sensaciones que le esperaban. Hasta ahora, todo fue distinto: sólo un ligero dialogar con su ánimo, alborozadamente ciega, dispuesta a percibir y gozar múltiples y sabrosos panoramas, confundidos los unos con los otros y todos dentro de su alma, maravillado siempre con el espectáculo natural de su existencia, que lo empujaba y lo llevaba de un lado a otro, a todas partes, aturdido y feliz.

Al presente cambiaba: parecía decidirse su Destino, y el momento solemne influía notablemente en Bright. Así pasó, desconcertado y triste, fugazmente alegre a ratos, como si le iluminaran de pronto interiores resplandores, los últimos momentos de espera. Cuando llegó la cita, vuelta la revolución que lo desgobernaba, Bright salió del hotel sin propósito alguno, a ciegas.

Sin darse cuenta se halló frente a la reja. La calle estaba a oscuras, sombreada densamente por las grandes manchas de la noche caídas de los tejados. Las sombras parecían superpuestas unas a otras como láminas bien prensadas, de múltiples destellos, subiendo hasta los aleros, sobre el estrecho arroyo salpicado de fosforescencias extrañas. Por encima de este rincón sombrío, arañado aquí y allá de fugaces irisaciones, las estrellas brillaban más precisas, inmóviles en la oscura serenidad de los cielos.

Bright estaba deslumbrado. Se acercó tímidamente a la casa. Apenas la distinguía. La midió con la vista, empezando por la esquina que se aclaraba pobremente con la única luz de la calle. Después contó las ventanas sumergidas en las sombras, y más confiado, dio otro paso. Le pareció que le llamaban. Se detuvo de nuevo y ya, muy cerca de la reja, entrelazó su mirada angustiada por los hierros. El corazón le golpeaba el pecho. Tuvo que reforzarlo con la mano, apoyándola fuertemente, y aun así sentía el latido como las alas de un pájaro enorme que en vano intentaba aprisionar. Respiró trabajosamente y se arrimó, por fin, medio desvanecido, a la ventana. Dentro, sonó un grito ahogado de sorpresa. Bright se repuso, sin abandonar su postura, con la mano aún fija sobre el corazón como un hombre que va a disculpase.

—Me ha asustado usted —oyó que le decían.

Le pareció también oír una risa sofocada que venía de más lejos, de algún rincón del cuarto. Bright se cogió a los hierros de la reja y acercó ansiosamente su cara.

—¿Está usted ahí? —murmuró Bright, con un suspiro.

—No, señor —contestó la voz, ya más tranquila—; quien está es mi hermanita.

Dentro del cuarto volvieron a oírse unas toses contenidas, y la dueña de la voz, hasta entonces invisible, se acercó decididamente a la reja. Bright levantó la vista. La figura de Isabel se iluminaba ahora con los cabellos rubios.

—Buenas noches —dijo Victoria con desenfado.

—Buenas noches... Isabel —contestó Bright.

Victoria pareció desconcertarse por un momento, pero repuso en seguida, con igual desenvoltura.

—Me gusta la confianza. ¿Quién le ha autorizado para llamarme por mi nombre, señor Bright?

Y al pronunciar este nombre hizo con la boca una mueca difícil y graciosa. Bright se alarmó. El no se permitía ninguna confianza exagerada; ella podría, por otra parte, llamarle

Ricardo a secas; pero nada de señor Bright. Victoria rió abiertamente disipándole los temores.

—¿Está usted contenta? —preguntó Bright.

—Sí, muy contenta. ¿Y usted? —preguntó a su vez Victoria.

—Yo no. Yo soy feliz esta noche, nada más.

La otra pareció sorprendida. ¡Ya le habían dicho que Mr. Bright era un poco extravagante!

—¿Extravagante? ¿Quién ha dicho eso? Seguramente no habrá sido un amigo —concluyó, pesaroso, Bright.

Victoria se arrepintió de su ligereza. Sentía sinceramente haberlo lastimado. ¿Le perdonaba Mr. Bright su primera falta?

—Mire usted, Isabel —contestó Bright sonriendo—; usted no podrá nunca lastimarme. Usted podría, eso es, hacerme mucho daño; pero menos, no.

Victoria se quedó mirándole. Aquella traducción enrevesada del clásico español "me das la muerte", le producía como unas ganas irresistibles de reír, o unos deseos de preguntar lo que ocurría.

—Oígame usted; yo tengo prisa...

—Pues, ¡hasta mañana! —repuso ella prontamente, disponiéndose a marcharse.

—No es eso, no es eso —protestaba, disgustado, Mr. Bright—. Yo no tengo prisa ahora. ¿Qué le pasa a usted, señorita Alford? Yo decía que tengo prisa en arreglar nuestro asunto. No podemos perder tiempo. ¿Comprende usted?

—No comprendo nada.

Pero Victoria sintió cómo una mano, a ras del suelo, le apretaba fuertemente un tobillo. A punto estuvo de gritar, asustada.

—Perdone, Mr. Bright —dijo al cabo—. Estaba distraída. ¿Qué me decía usted?

—Llámemme Ricardo —pidió de nuevo Mister Bright.

—Bueno, Ricardo, ¿qué me decías? —repitió Victoria alegremente.

Bright se asió con ímpetu a la reja.

—Te decía que si tú quisieras...

—¿Qué? —preguntó la otra entusiasmada.

Pero Bright se contuvo. Había antes que tratar de otros asuntos.

—¿Y su novio? —dijo gravemente.

Victoria sintió ofendida aquella vaga y segunda personalidad que ostentaba.

—Yo no tengo novio —contestó con frialdad.

—Bien —repuso Bright muy tranquilo, como si esperara la respuesta—; en ese caso yo pensaba hablar enseguida con su padre.

—¿Con mi padre? ¿Para qué?

—Para casarnos. Yo quiero casarme enseguida con usted.

Victoria se sentó, se dejó caer más bien, en una silla. Las cabezas quedaban ahora a la misma altura, muy juntas y cara a cara. Victoria se esforzaba en mostrarle la suya, deseosa sin saber por qué, de romper el engaño. La presencia oculta de sus amigos le producía en este momento una profunda repugnancia. Sobre todo —recordaba— aquel marqués curiosón, aquel viejo hipócrita que había protestado hasta el último momento de la farsa y concluía uniéndose a los demás "por si pasaba algo", "por si hacía falta su presencia", y en el fondo era sólo por curiosidad, porque le gustaba meterse en todo. Victoria empezaba a enfurecerse consigo misma. Ella era la única responsable de aquel papel ridículo que estaba haciendo. Y, para colmo, aquel inglés estúpido se salía ahora diciendo que quería casarse con ella. ¡Cómo se estarían riendo los otros y la de cosas que se les ocurrirían! Bright le hablaba tranquilamente de sus proyectos. El era muy rico, podía casarse cuando quisiera. Bien es verdad que su madre no se lo había aconsejado nunca, pero él se encargaba de convencerla. Su madre era muy buena, un poco difícil de carácter, un poco voluntariosa, si se quiere, pero muy buena. El le decía riendo que era una irlandesa. A la gente de Irlanda no se la entiende nunca, no

se sabe cómo tratarla. Los irlandeses eran todos un poco desequilibrados. El era también irlandés, pero muy equilibrado. ¡Por parte de su padre había hasta escoceses...! Y Bright se reía muy gustoso de recordarlo.

Victoria no entendía una palabra. Se divertía, sin embargo, con la risa de Bright, oyéndole hablar de tantas cosas. Bright, por último, volvió a ponerse serio. La cuestión, como le había dicho, era hablar con su padre. El esperaba también convencerlo. Para los padres hay siempre unos cuantos argumentos que convencen: el amor, el porvenir. ¿Su padre era interesado? El podría probar que, además de su fortuna, heredaría con el tiempo a una tía suya, que vivía en el sur de Irlanda, inmensamente rica, con tres o cuatro castillos. El podría probarlo.

Victoria seguía riendo. Encontraba a su nuevo amigo francamente simpático. No era tan tonto, además, como le habían dicho. Por lo menos, ella lo creía así. Bien es verdad que aquel relato risueño de su fortuna le había impresionado. ¡Lástima —pensaba— no haber tropezado con Mr. Bright en otras circunstancias más naturales! Seguramente se hubieran entendido. ¡Y qué diferencia entre aquel muchacho fino, tan educado y tan alegre, con su amigo el de Pamplona, aquel Medina de los bigotazos y del bastón con puño de cuerno que le avergonzaba en todas partes con sus gritos y sus groserías! En fin, ésa era la vida: ella siempre soñando con ser princesa, y no pasaba de... Bright abordaba ahora el tema de su enamoramiento.

—Yo me enamoré de usted desde el primer día, desde que la vi. ¡Como en las novelas nuestras! —aclaró sonriendo—. Yo no lo supe hasta más tarde, hasta después del duelo...

—¿Hasta después del duelo? —preguntó Victoria sorprendida.

—Sí. Al principio me gustó usted mucho; era usted muy guapa y yo pensaba en usted, pero nada más. Fue luego, después del duelo, cuando yo comprendí que estaba enamorado. Nunca me había batido.

—De manera, Mr. Bright —volvió a preguntar Victoria—, que usted se batió por mí...

—¡Oh, no! —protestó Bright—. Yo nunca hubiera hecho eso. Me batí porque me obligaron, porque me dijeron que tenía que batirme. Me dijeron, también que era un cobarde.

—Y usted no lo es, ¿verdad? —dijo Victoria sin darse cuenta.

—¡Oh, no! —contestó Bright naturalmente.

Los dos callaron. Bright miraba a Victoria extasiado, agitado por dulces inquietudes. Los minutos revoloteaban sobre la Giralda como pájaros veloces y agoreros. Bright sentía la ansiedad del tiempo que pasaba, pero no rompía su mutismo. Se encontraba bien así en silencio, contemplando la imagen tantas veces entrevista en sus horas de soledad, cuando el tedio le convertía el soñar en un deseo impaciente por conquistarlo todo. Ya lo tenía; ya su deseo se amansaba. Victoria —Isabel— le parecía más hermosa ahora, sola e iluminada entre las sombras sin fondo y sin paisaje, sin la dura claridad del día y la más dura mirada de los hombres, inmaterial y viva, con su belleza de nuevo entrevista, pero real, verdadera.

Se oyeron unas voces junto a la esquina, en el lado oculto de la otra calle. Bright se estremeció.

—¿Salen de tu casa? —preguntó.

—Sí —contestó Victoria después de un silencio.

—Es ya tarde. ¿Van a cerrar la puerta?

—No creo —volvió a responder Victoria, como venciendo un escrúpulo—. Debe ser que se marcha una visita.

—Parece que se acercan.

Por la esquina aparecieron tres hombres hablando animadamente. Al divisar la reja enmudecieron sorprendidos, y pasaron, lanzando una mirada insistente al interior del cuarto. Llegados al otro extremo de la calle, volvieron de nuevo la cabeza, se detuvieron un instante, como perplejos, y desaparecieron al fin.

—¡Qué amigos curiosos! —dijo Bright sonriendo.

—Quizá no salieron de aquí. No pude verlos.

—Pues ellos miraban mucho. Seguro que salían de tu casa —concluyó riendo Mr. Bright.

—Esta no es mi casa —dijo Victoria muy seria—. Yo he venido aquí esta noche para poder hablar contigo.

Se abrió la puerta del fondo de la habitación y asomó una cabeza de mujer.

—Vamos a cerrar ya —dijo una voz—. A ver si terminas.

—¿Quién es? —preguntó Bright.

—Una criada vieja —le respondió Victoria, después de vacilar—. No sé por qué ha venido.

La puerta volvió a cerrarse y se oyó un ligero murmullo en el cuarto. Bright lo oyó esta vez.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó.

—No... no sé —contestó muy turbada Victoria—. A mí también me pareció... Debe ser en la habitación de al lado.

Pero Bright pensaba ya otra cosa. Se daba cuenta de que la noche terminaba sin haber hablado apenas de lo que tanto interesaba a los dos.

—Espera un momento —pidió—. Tenemos que hablar aún de lo más importante. Yo necesito hablar contigo antes de...

—Ahora no —interrumpió Victoria de pronto, como si hubiera tomado una súbita resolución—. Es ya muy tarde. Otra noche.

—¿Cuándo? ¿Mañana?

—Mañana tampoco. No sé... yo te avisaré. Sí, al hotel, no me olvido. Adiós.

Pero Bright no se movía. Parecía darle vueltas en la cabeza a alguna picardía, a juzgar por su sonrisa maliciosa.

—¿Qué otra cosa deseas? —preguntó Victoria, ya impaciente.

—Un beso —insinuó tímidamente Bright.

—No, eso no —atajó Victoria muy de prisa.

—Un beso, sí —volvió a decir Bright, como un niño contrariado—. Si tú me quieres me debes dar un beso. Yo no quiero sino uno.

—Bueno, con una condición —dijo Victoria, después de pensarlo un momento—. Te doy un beso si me prometes, cuando yo cierre las ventanas, irte por ahí —añadió señalando el final de la calle, por donde habían desaparecido los tres hombres— y marcharte derechamente al hotel, en seguida, sin volver más por esta calle.

—Prometido —contestó gravemente Bright.

Victoria acercó su cara a la reja. Los cabellos rubios rebrillaron junto a los hierros. Bright se cogió a la reja. Estaba muy pálido. Vio muy cerca de sus ojos la mirada clara y profunda de Isabel. La besó en los labios largamente, con una especie de angustia, que lo ahogaba. Después cerró los ojos. Cuando los abrió, Victoria había desaparecido.

Se alejó andando despacio, por el camino prometido. Poco a poco se tranquilizaba. Al llegar a la puerta del hotel había recobrado su dominio. Sólo le quedaba, como una dulce huella, un íntimo contento de sí mismo. Levantó la cabeza y miró la noche estrellada.

VI

La aventura de la cita fue debidamente comentada. Se celebraron todos sus pasajes. Demás está el decir que la proposición de matrimonio obtuvo un éxito completo. Bien es verdad que siempre fue opinión de los amigos la de que Victoria haría carrera, pero jamás pudieron sospechar, a pesar de la certeza de los méritos, que alcanzara un final tan elocuente y honesto como el matrimonio. Fue una sorpresa para todos. Más aún para los que, conociendo de antiguo a Mr. Bright, no pudieron sospechar la oculta pasión. No tanta sorpresa, por lo tanto, para los amigos que intervinieron en la farsa, para los más allegados, a excepción de Manolo Hacha. A éste hubo que contarle la aventura dos o tres veces, de vuelta de su viaje de novios por Andalucía, en la primera comida de casado con que obsequió a sus íntimos. Bebieron de lo lindo. El vizconde reía sobre la mesa la ocurrencia de sus amigos. La cosa estaba bien tramada. Pero, cesó de pronto de reír, pareció quedarse preocupado, y dijo al cabo con cierta displicencia:

—Por lo visto, ese majadero pretende aún burlarse de mí.

—Hombre, no —protestó Morales con su voz insegura—. Nosotros somos los que nos burlamos de él.

—Claro está, claro está —afirmó Siete Fuentes—; yo he protestado de eso, pero es así. Nos hemos burlado.

—Ustedes dirán lo que quieran —continuó el vizconde—, pero la cosa no está clara. El cree que me engaña.

—Desde luego —dijo Morales—; él cree engañarte, y lo gracioso es que resulta él el engañado.

—Pero, a mí me basta —replicó el de Hacha, alterándose— con conocer su intención. ¿Qué crees tú, Paco?

Arolas, que hasta ahora, había terciado apenas en la conversación, contestó fríamente:

—Yo no entiendo nada.

—¡Cómo! ¿Eres tú quien arma el lío y ahora dices que no lo entiendes?

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo —dijo Arolas sin inmutarse.

—A ver, explícate.

—Creo que la cosa, como tú dices, no tiene la menor importancia. Nos hemos reído, hemos pasado el rato, y nada más. El asunto está ya terminado.

—¡Claro! —gritó el vizconde enfurecido—; nos hemos reído... ¡Se ha reído ese mentecato de mí!

—No tanto, no tanto, Manolo —afirmaba el marqués cabeceando—. Yo he protestado, desde luego, pero hemos sido nosotros los que nos hemos reído.

—¡Eso! —afirmó en un ímpetu Manolo, como si hubiera encontrado la clave de lo que se discutía—. Se han reído ustedes, se ha reído Mr. Bright... Todos se han reído menos yo.

—Tú también te has reído, hace un momento —insinuó indiferentemente Arolas.

—Paco, entiende lo que digo. Digo que ustedes han hecho una tontería. Si querían divertirse, haber inventado otra cosa, pero yo no puedo consentir...

—¿Qué? —preguntó agresivamente Arolas.

—¡Señores! ¡Señores...! ¡Entre amigos...! —decía el marqués, doliéndose de no sabemos qué catástrofe.

—Pero, ¿tú crees —preguntó el vizconde, que en su acaloramiento no había notado el acento de reto de su amigo—; tú crees que yo debo consentir el que se confunda por un momento a mi mujer con una prostituta?

—¡Hombre, eso no! —saltó Moral de Morales—. Nadie ha pensado en eso.

—¿Cómo que no? ¿Y qué significa el hacer pasar a Victoria por Isabel?

—Pero, eso no lo sabe Mr. Bright —se creyó el marqués en el caso de aclarar.

—Entonces, tú quieres decir —replicó el vizconde, revolviéndose— que no sabiéndolo Mister Bright, yo debo conformarme con que crea que me ha engañado con mi mujer.

—Tampoco, hombre, tampoco —repetía el de Morales, dando unos golpecitos nerviosos sobre la mesa.

—Pues no lo entiendo —concluyó el vizconde.

Se hizo un silencio enojoso. El vizconde, maquinalmente, llenó de nuevo los vasos, atragantándose con el suyo. Los otros no bebieron. Sólo Arolas mojó los labios, en los que empezaba a inmovilizarse una sonrisa de despecho.

—Creo —dijo al fin— que has hecho bien en molestarte. Me he equivocado.

—Lo dices en un tono... —interrumpió el vizconde.

—Lo que Paco ha querido decir —intervino officiosamente el marqués—, es que aunque tú creas que debes molestarte no ha habido intención alguna de ofenderte por parte de él. ¿No es eso, Paco?

—No —contestó éste secamente—; no es nada de eso. Tú siempre empeñado en hablar por los demás.

—Supongo —preguntó Manolo con cierta altivez— que no has tratado de ofenderme.

Arolas lo miró. Por un momento brillaron sus ojos con la luz diminuta y fugaz que le empuñecía la mirada. Pero la apagó rápidamente, como asustado de la hoguera que iba a encender.

—Supones bien —contestó tranquilamente—. En lo que yo me he equivocado es en haberte creído amigo mío.

—¡Pero, hombre, Paco...! —volvió a interrumpir el marqués, emocionado.

—Déjalo, déjalo —decía el vizconde—; verás como resulta que yo soy el culpable.

—Tú eres el único culpable —afirmó Arolas— de esta escena ridícula. Los demás no la hemos provocado. Te debió bastar, si eras un amigo, con saber que era cosa mía lo que se te contaba.

—¡Claro! —añadió Joaquín Morales, sin dejar de teclear en la mesa.

—El procedimiento es muy cómodo —contestó el vizconde, esforzándose en reír—: yo me burlo de ti, pero, como soy yo quien se burla, tú no debes enfadarte.

—Así es —dijo fríamente Arolas.

Puesta la discusión en este terreno sentimental, tan propicio a las rectificaciones, y al calor de una animada sobremesa, todos llegaron al poco rato a un unánime acuerdo: allí no había sino amigos, que no podían dejar de serlo por tonterías. El marqués era el primero en congratularse por esta armonía, procurando, de paso, llevar la conversación por otros cauces. Evitaba, de esta manera, un nuevo choque entre los dos amigos, a poco que se borrara, con las copas consiguientes para celebrar la concordia, el pálido momento de la efusión. Morales, sin embargo, cometió una indiscreción imperdonable. Cuando parecía olvidado el incidente, dijo a manera de resumen:

—¡Y pensar que han estado ustedes a punto de reñir por supuestas burlas cuando, a mi juicio, el único que se ha burlado de nosotros ha sido Mr. Bright!

Arolas levantó la vista de su vaso, que acababa el vizconde de llenarle, y la clavó fijamente en Joaquín. Joaquín removía una de sus dudas.

—¿Crees tú? —preguntó sin alterarse.

—¿Que Bright se ha reído de nosotros? —preguntó también el marqués, sumido en la mayor de las sorpresas.

Manolo no dijo nada. Pareció sonreírse de un modo especial, que no le escapó a Joaquín.

—Yo no estoy seguro —replicó Morales—; no puedo estarlo, pero se me ha ocurrido a veces el pensarlo: ¿y si Bright fingió que lo engañábamos para aprovecharse de la aventura?

—¿Es posible? —dijo el marqués más y más sorprendido.

—Yo no sé si es posible, pero no he conseguido explicarme claramente lo ocurrido. Que Bright es tonto, no me cabe duda; pero que no tenga ojos, que no haya notado el engaño me parece difícil de creer.

—Sin embargo —repuso gravemente el marqués olvidando todas sus prudencias—, el parecido es exacto; a nosotros mismos nos ha sorprendido.

—Sí, es verdad —admitió Morales—, pero no basta para confundirlas. Hay diferencias esenciales de gesto, de educación —añadió dirigiéndose al vizconde, como dedicándole el cumplimiento.

—¡Pero, hombre —exclamó triunfante el marqués—; si sólo se han visto un momento! No tuvieron apenas tiempo de hablarse.

Joaquín miró al marqués como quien guarda su última arma. Los demás se dieron cuenta y se aprestaron al final de aquel duelo.

—Es que eso no es verdad —afirmó Morales bajando la voz—; es que se han visto otras veces, es que han seguido hablando.

El marqués se rindió con una última exclamación de asombro. Arolas murmuró:

—Lo suponía.

—De manera —siguió Morales, gozoso por su triunfo— que o se fingió engañado desde el principio o se finge ahora. De cualquier modo se ha reído de nosotros.

—O pudiera también suceder —se oyó decir al marqués con un tono quejumbroso— que no se finja engañado y sea simplemente el querido de Victoria. En cuyo caso, le hemos servido de alcahuetes.

Arolas destrozaba entre sus dientes un palillo dándole vueltas inverosímiles. El vizconde, por el contrario, reflejaba en su sonrisa tal placidez, que dijérase encantado de lo que oía.

—Por lo visto es un pollo de cuidado —dijo alegremente.

—Mañana lo sabremos —contestó Arolas, levantándose.

Salieron los amigos a la calle y se despidieron a los pocos pasos. Arolas se fue en busca de la prójima. A la madrugada, de vuelta de las Ventas, empezaron en el cuarto las confidencias, que duraban hasta bien entrado el día. La individua, en camisa, hacía el café sobre una silla, mientras Arolas, tendido sobre la cama, se adormecía con un diluvio de palabras.

Sí. Victoria, ya la conocía. Mucho postín ahora, y total, había sido como todas: una de tantas. Fueron compañeras, aunque Victoria era más vieja, bastantes años más. Después la perdió de vista. Alguna vez se habían encontrado, pero le molestaba mucho aquel saludo suyo tan afectuoso, con aquella sonrisa como queriéndole decir: "Ya ves tú a lo que he llegado". Y todo porque a la gente le había dado en decir que era muy guapa, y total un cabello rubio, unos ojos bonitos, y pare usted de contar. A la gente le gustaba mucho el pelo rubio, todo lo que parecía "de fuera"; pero ella prefería las mocitas sevillanas, morenitas y limpias. Pero, lo que es ésa, tenía el alma negra. ¿Sabía lo que hizo a Joaquina, la encargada de la casa? Pues le debía un dineral desde hacía la mar de tiempo. Joaquina se lo reclamaba siempre, porque andaba últimamente muy mal de cuartos: unas trampas, unos empeños. La otra, como si nada; muchas veces ni le contestaba, y cuando lo hacía, era para decirle que esperara, que no tenía dinero. ¡Como si se pudiera vivir sin dinero en la forma que ella vivía! Total, que la pobre Joaquina se vio acosada por sus acreedores. Fue a ver a Victoria y ésta le hizo una escena de llantos y ruegos. Por supuesto, todo preparado. Le habló, me parece, hasta de un

inglés muy rico al que va a arrimarse ahora, por lo visto. Y la simplona de Joaquina se lo creyó y le dio más plazo. Ahora se ha tenido que marchar de casa, por huir de las deudas, y se ha metido en esa taberna que hay frente a los muelles y que se llama LIVERPOOL. Ella piensa hacer dinero porque allí hay mucho negocio, pero ¡qué sitio! ¡No van más que marineros "de fuera" y gente borracha!

Arolas levantó la mano y descargó un golpe en la nuca de la individua, que casi derrama el café que estaba bebiéndose.

—¡Cállate ya y acuéstate! —dijo—. Hablas más que una cotorra.

Se levantó a la tarde, más temprano que de costumbre, y Arolas se dirigió a la taberna en busca de la Joaquina. Preguntó por ella y le hicieron pasar, por una puerta medio oculta, a unos departamentos de dudoso servicio. Las habitaciones, en su mayoría, estaban miserablemente amuebladas; algunas de ellas, más espaciaosas, con unas mesas alargadas en su centro, revestidas por grasientas cubiertas a través de las cuales se traslucía, sin embargo, la esperanza descolorida del paño verde. En un búcaro, como olvidadas, relucían unas fichas de hueso viejo, con sus números y signos cabalísticos.

Llegó la Joaquina y se fue con Arolas a un rincón de un pasillo oscuro que ventilaba los cuartos, donde hablaron, en pie, durante largo tiempo. Al despedirse, Joaquina parecía muy emocionada. Arolas decía:

—Ya sabes; cuando yo te avise, la haces venir aquí para arreglar el asunto de la deuda, amenazándola con un escándalo si no viene. Verás cómo cobras: o te paga ella o te pago yo, de todos modos.

Joaquina sólo pudo articular, entre lágrimas:

—¡Paco!

Arolas salió de la taberna, ya de noche, y tomó el camino de Labradores. Necesitaba un centro de información.

VII

Los primeros días que siguieron a la cita fueron muy penosos. Bright no recibía noticia y se pasaba las tardes y las noches vagando por la ciudad, sin rumbo fijo, sobresaltado de continuo por la cercanía de alguna casa que antojábasele, de pronto, la de Isabel. Atisbaba por las ventanas, por los zaguanes; subía la mirada hasta las altas azoteas. Después cruzaba inquieto la calle, volviendo la cabeza, con ese andar especial del hombre que se siente invisiblemente seguido por los ojos de la amada. Ya cansado, volvía sus pasos al hotel, cargado de enorme pesadumbre, sintiéndose naufragar en la triste inutilidad de sus paseos. Por último, una mañana, recibió noticias de Isabel. Volvía a citarlo por la noche, pero no en la misma calle de la primera cita, abierta a todas las curiosidades y ruta franca de todos los rumbos, sino en una plazoleta callada, lugar de arribo y no de paso, recogida y silenciosa, al amparo de una gran muralla, que amortiguaba los ruidos callejeros, infundiendo a la plazuela, a todo el contorno, un aire de intimidad, un ambiente doméstico, como de patio olvidado y perdido en el intrincado laberinto del barrio. Bright elogió el sitio. Le entusiasmaba aquel reposo, aquel apartado goce del silencio en la contemplación insaciada de Isabel, más bella cada noche, blanca y misteriosa en su aparición como el hada de aquel lugar, de aquella oculta maravilla.

Victoria hubo de explicárselo. Tampoco era su casa. Pero estarían más seguros aquí, más lejos de las indiscreciones,

más escondidos. Bright no insistió. Gustaba de aquella especie de complicidad.

Al principio fueron las citas por la noche, en la pequeña plazoleta, pero, en una de ellas, Victoria empezó a hablar de verse por las tardes. Eran sus horas más libres. Además, tenía un especial interés, un interés vivísimo, en que hablaran de día, a plena luz del sol. Estas eran las ventajas del sitio escogido: podían hablar a cualquier hora sin temor a que los molestaran. La plazuela estaba siempre callada, durmiendo su soledad. Bright aceptó: vendría al siguiente día por la tarde.

Otro motivo tuvo Mr. Bright para no olvidar la hora de aquella nueva cita. Fue un suceso sin importancia, al que apenas prestó atención en un principio y que, más tarde, sin embargo, llegó a intrigarle desagradablemente haciéndole desear más que nunca la hora del encuentro. Fue una carta anónima recibida la misma mañana de aquel día. Decía así:

“Pregunte usted a una persona que ve todas las noches si conoce a Victoria, la Trianera”.

La alusión era bien clara. No podía ser otra que Isabel la persona que él veía todas las noches. Pero, ¿qué quería decir lo demás? ¿Qué significaba esa curiosidad por saber si conocía o no conocía a esa mujer? Bright adivinó algo desagradable. No le agradaba, por lo demás, que le enviaran cartas sin firma.

—¡Fea costumbre! —pensó.

Y rompió la carta con cierta repugnancia.

A la tarde se encaminó a la plaza. Victoria le esperaba impaciente. Cuando le vio llegar, se puso en pie detrás de la reja, descubriendo su figura casi por entero. Bright, un poco turbado, contempló la aparición.

—Ricardo —dijo Victoria desde lo alto, con una insospechada gravedad en la voz—; fíjate bien en mí. Quiero que me mires mucho y que después me digas lo que pien-
sas.

Bright estuvo un largo rato mirándola, sorprendido y risueño. Victoria parecía muy nerviosa.

—¿Qué piensas, di? —preguntó, sin poder contenerse.

—¿Qué pienso? ¿De verdad? —preguntó Bright a su vez, como quien teme descubrir una censura.

—Sí, de verdad —volvió a decir Victoria ruborizándose—. No te importe decírmelo.

—Pues, bien, siéntate aquí —pidió Bright para su confesión. Después, bajando la voz, añadió: —Me pareciste que no eras tú.

Victoria inclinó la cabeza, avergonzada.

—Sigue —murmuró.

—Nada más —concluyó Bright.

Victoria levantó los ojos. Se hizo un silencio. Victoria volvió a decir:

—¿Nada más? ¿Y si realmente fuera yo otra persona?

—No comprendo.

—¿Si realmente fuera yo otra mujer distinta?

—Eso no es posible —dijo Bright—; tú no puedes ser sino tú misma.

—Bien. Pero, ¿si yo fuera de otra manera?

—Eso no es posible —repitió Bright—. Tú eres así, de una sola manera, como yo te veo.

—No es eso, no es eso —replicó Victoria—. Fíjate bien: ¿si yo no fuera como tú crees, sino de otro modo?

Bright la miró sonriendo. De eso sí estaba seguro. Ella era como él la creía, como se la había figurado siempre, como él la había soñado desde hacía muchos años, muchos antes de conocerla. Lo demás: cómo la conoció, el lugar en que estaba, sus amigos, sus padres, el duelo, ¡eso sí era distinto! Pero ella, Isabel, era la misma, idéntica, nacida de su sueño y por él creada. ¿Que si estaba seguro? ¿Cómo no iba a estarlo, si era su propia obra, engendrada por él, fruto de su vida y de su sueño? Ahora lo veía más claro. Isabel estaba junto a él desde aquellos días del colegio, desde los días más lejanos de su infancia. No se le había separado

nunca. Fue la constante creación de sus ocios, su obra maestra. ¿Cómo no iba a ser como él pensaba, si él la pensó así, tal como era?

Victoria le oía entristecida; no se hacía entender. Aquello era verdad, desde luego. Bastaba que él lo dijera con esa convicción que la asustaba. Pero, lo que ella necesitaba saber era otra cosa más simple.

—¿Qué pensarías tú —volvió a preguntarle— si supieras ahora que yo no me llamaba Isabel; que me llamaba, por ejemplo, Victoria?

Bright recordó el anónimo. Quiso hacer una pregunta y no pudo. Después, sonrió.

—¿Qué pensarías?

—No pensaría nada.

—¿Creerías, entonces, que yo era otra persona?

—No; tú siempre serías la misma.

—¿Y si yo fuera —se atrevió a decir Victoria, jugándose la última carta— una mujer que te había engañado, una mujer mala?

—De eso también estoy seguro —interrumpió Bright—. Tú no puedes ser mala.

Quedaron los dos en silencio. Bright sentía las palabras del anónimo quemándole el cerebro. Tampoco el anónimo era verdad. Era una triste mentira del mundo.

—¿No has oído hablar nunca —dijo al cabo Victoria— de una mujer que llaman la Trianera?

—Nunca —murmuró Bright.

La noche empezaba a caer. La plaza parecía empequeñecerse, ahogada entre las sombras por la pesada muralla del convento.

—¡Oyeme! —dijo de pronto Victoria, como agitada por un sobresalto—. ¡Sácame de aquí, llévame fuera de Sevilla!

—Cuando nos casemos nos marchamos en seguida —le respondió sonriendo Bright.

—No, antes, cuando tú quieras.

Bright la miró asombrado.

—¿Qué tienes? ¿Por qué dices esas cosas?

Era verdad; Bright no sabía nada de ella, no podía conocer su vida. ¡Si la supiera! Ella necesitaba salir en seguida de la ciudad, sin perder un momento. Si no, tendría que quedarse para siempre, enterrada para siempre en aquel barrio. Ella quería vivir, ver mundo, gozar de la vida, ser por lo menos, lo que había sido hasta ahora.

Bright se encontraba cada vez más sorprendido. Pero, ¿qué le pasaba para estar tan inquieta? Victoria tuvo que explicárselo, saltando sobre miles de obstáculos: la ruina, la ruina horrible que la consumía poco a poco. Ella no podía esperar nada de su familia, de nadie en el mundo. Estaba ya al borde de la pobreza, junto a la miseria.

Bright rió alegremente. ¿Y eso era todo? ¡Pobre Isabel y qué mal le oía! Ya le había dicho que él era muy rico. Con su dinero habría de sobra para los dos. Podrían vivir sin apuros, gozar de la vida, ver el mundo, viajar...

—Eso, viajar —interrumpió Victoria—. Me gustaría mucho salir de España, vivir fuera unos años, en cualquier parte.

—Nos llevaremos a mi madre con nosotros —dijo Bright.

Victoria enmudeció. Una sombra muy densa le cubrió todos los sueños. Eso no era posible. Bright no entendía el por qué; su madre era muy buena, un poco caprichosa —ya se lo había dicho—, pero muy buena en el fondo. Precisamente tenía una carta suya en el bolsillo. Y buscó en su americana la cartera. Sacó la carta y se la entregó a Victoria. Victoria leyó el sobre: "Señorita Carmen..."

—¿Qué es esto? —preguntó extrañada.

Bright leyó también y pareció desconcertarse, balbuceando unas excusas.

—Espera un momento —dijo Victoria—. Antes de devolvértela dime qué significa esta carta.

- Nada... No tiene importancia... Ya te explicaré...
- Explicámelo ahora. ¿Quién es esta señorita?
- No la conoces... No es nada.
- Dime quién es.

Y en un ímpetu irresistible, Victoria rompió el sobre. Unos cuantos billetes de banco cayeron sobre su falda. No pudo contenerse y exclamó.

—O me explicas en seguida lo que esto significa, o me marcho.

Bright estaba avergonzado, sin saber qué hacer.

—Yo te lo explicaré todo. Verás como no tiene importancia. Fue hace unos meses, cuando yo vivía en el otro hotel, donde estaba una muchacha a mi servicio que se llamaba Carmencita. Era muy buena y me cuidaba mucho. Llegó hasta contarme su historia. La gente del hotel, por lo visto, encontraban mal que nos habláramos. Pensaron otra cosa y la despidieron. Yo le había hecho un daño, sin querer. Averigüé dónde vivía y, desde entonces, todos los meses le envió su sueldo bajo sobre, sin decirle quién se lo manda, para que no se ofenda. Es muy pobre; tiene una hija pequeñita. Eso es todo. Hoy me olvidé de mandárselo.

Victoria se acercó a la reja para mirar de cerca a Mr. Bright. Sabía que no la engañaba. Lo miró largamente, sin interrumpir sus excusas, con una nueva ternura en el alma.

Bright parecía conformarse con sus propias palabras. No tenía otra explicación que darle. ¿Estaba enfadada todavía?

—Acércate —dijo Victoria—; tienes que perdonarme mucho.

Bright volvía a reír, alegre y aturdido.

—Acércate tú también —dijo a su vez—; tienes que decirme cuánto me quieres.

—¿Cuánto? —preguntó apasionadamente Victoria, separándose de la reja.

Desapareció y, al poco rato, abrió la puerta de la casa que daba a la plazoleta. Hizo una seña a Mr. Bright. Bright se acercó, deslumbrado. Oyó que Victoria le decía:

—¡Entra!...

VIII

Al cabo de unos días, Arolas explicaba a sus amigos el término de sus gestiones. Era la hora de un mediodía caluroso, hirviente, que filtraba sus vahos a través de las lonas suspendidas sobre las calles de la ciudad, curvándose con la densidad de los calores; entintando con sombras difusas las calles más estrechas, apagados sus ruidos con el enlosado tosco y uniforme, despiertos sus ecos, más tarde, con el canto febril de las aguadoras, de los vendedores ambulantes, con el canturrear monótono de los mendigos, con el diálogo lánguido de la flauta y el tamboril con que los rifadores anunciaban sus tesoros. Toda la parte de la ciudad en sombra, bajo el rebrillar apagado de los toldos, adquiriría un momento, a la hora de la siesta, la apariencia remota de un arrabal judío, consumido y cansado, alterado su sueño de tiempo en tiempo por el tráfico de su mercado, por el paso de su comercio trashumante, pregonado a gritos.

Más abajo, en la Plaza Nueva, abierta y soleada, se cegaban todos los ruidos. En el patio fronterizo del Casino se adormecía, también, la tertulia, ante el culto espumoso de los refrescos. Arolas decía:

—No ha habido fundamento para sospechar nada. Bright sigue lo mismo, creyendo en su conquista. La otra, Victoria... ésa va a lo suyo. Parece que el de Pamplona la ha dejado y piensa ahora consolarse con el inglés.

—De manera —interrumpió Manolo Hacha con su voz soñolienta—, que ese bárbaro sigue creyendo que me engaña.

—Eso lo sabremos esta tarde.

—¿Esta tarde? —preguntó Morales bostezando.

—Sí, esta tarde —respondió Arolas—. Tengo preparada una pequeña juerga a la que va a acompañarnos Mr. Bright.

El marqués despertó. ¿De qué se trataba? Seguramente sería de una nueva salvajada. Arolas protestaba de las palabras del marqués. Morales volvió a intervenir:

—Pero explícanos en qué consiste la juerga.

—Pues, ¿en qué ha de consistir? En lo que consisten todas las juergas: en vino, cantos, mujeres, y algún disgusto. ¡Valiente pregunta!

—¿Qué mujeres?

—Pues, mira tú, he estado dudando; pero, en vista de que las mujeres honradas iban a aburrirse, me he decidido por las otras. ¿Te enteras?

—Sí, hombre, sí; pero es que podrías tenernos preparada una sorpresa.

—Sí que la hay —repuso Arolas—. Hay una sorpresa, grande; sobre todo para Mister Bright.

—¿Dónde va a ser? —preguntó Morales, enderezándose en su asiento.

—El sitio es otra sorpresa: un descubrimiento de última hora. Se trata nada menos que de LIVERPOOL, una magnífica taberna con todo el prestigio que merece.

El marqués volvió a protestar. Encontraba el proyecto escandaloso: ¡meterse en una taberna por la tarde, sabe Dios en qué taberna, a juzgar por el nombre, y beber hasta emborracharse, como marineros, rodeados de gente sucia...!

—Eso no —dijo Arolas—. Vamos a estar solos, completamente solos. Es decir, los presentes y Mr. Bright. Acaso nos acompañe también la Joaquina que está ahora allí de encargada... del bar. Va a ser una juerga en familia.

—De todas maneras —argüía el marqués—, es dar el escándalo. No olvidemos que Manolo está recién casado. Todo se sabe en Sevilla.

Manolo desvaneció los temores con un gesto de hombros desdeñoso. Por él no había cuidado. El marqués insistía, sin embargo, con sus más sensatos argumentos. Procuraba disuadirlos del capricho, a su juicio disparatado. El, claro está, no había de pregonarlo, pero todo se sabría. ¡Una juerga así, en plena tarde, en una taberna del muelle! Arolas aseguraba ahora que no se trataba de una juerga ruidosa. Bien sabía él lo que hacía. El marqués no lo dudaba, pero había creído su deber poner los reparos más prudentes. En último caso, él estaba dispuesto a acompañarlos por si pasaba algo, por si su presencia era necesaria. Los demás sonrieron. Quedaron, en fin, en ir a las cinco al hotel a buscar a Bright, hora que fijó Arolas después de algunos cálculos allá en su mente.

En cuanto a Bright, amaneció aquel día con una amarga tristeza. Se despertó tarde, bien entrada la mañana, con esa especial sensación de ahogo que nos asalta, a veces, después de una pesadilla. Sin embargo, no recordaba haber soñado. Aquella sensación, más bien, era producto de su despertar, tal vez del crudo contacto con la luz que se le entraba por la ventana. Quiso cerrarla, pero no se movió. Le vagaba la mirada por todo el cuarto, por las paredes, como en espera de algo extraordinario que necesitaba su tristeza. Después, cerró los ojos, pensativo, hasta sumergirse en un mar de amargura. Decididamente, había una causa, próxima o remota, que influía en su ánimo de tal manera. La buscó afanoso, con un deseo tenaz de encontrarla, pero no pudo. Tropezó, por el contrario, en sus adentros, con una serie de recuerdos, todos de igual índole, felices, prometedores. Y no consiguió vencer, sin embargo, la gran tristeza que le dominaba.

Abrió los ojos y los fijó obstinadamente en la claridad de la ventana. El verano —pensó— debía estar ya adelantado.

Poca gente quedaría a estas horas en Sevilla. El debió también marcharse antes de que empezaran los calores. Lo pensaba ahora por primera vez y se asombraba. Debía ser el mes de julio. Hacía mucho calor. Volvió los ojos a un rincón en sombra del cuarto. Sí, marcharse; su madre estaría disgustada. El no escribía hacía tiempo. De pronto, se incorporó en la cama, una angustia muy grande le apretaba el pecho. Miró a la puerta, creyendo que alguien llamaba.

—Adelante —dijo.

Escuchó largo rato. El hotel estaba en silencio, como a la hora del mediodía. Miró el reloj: las doce. De un salto dejó la cama. Era una mala costumbre ésa de levantarse tarde. De ahí le venía su tristeza: de su pereza y de su sueño. Pero ¡se acostaba a unas horas! Quiso consolarse, y no pudo. Se hundía a cada momento más y más. Se bañó y se vistió despacio, a desgana, pensando a disgusto mil cosas indiferentes. Luego, casi vestido, se animó un poco recordando la cita de aquel día. Pronto, no obstante, volvió a invadirle aquel desasosiego.

—Adelante —repitió, mirando la puerta.

Nadie respondió. La abrió de un golpe y salió al pasillo. El pasillo estaba desierto. Echó a andar por él y bajó las escaleras distraído, huraño. Se sentó en el patio a esperar la hora del almuerzo. Le pareció que un amigo suyo, de Londres, estaba sentado en el otro extremo. Se levantó a saludarlo y, al aproximarse, comprendió que se había equivocado. No era su amigo. ¡Qué ocurrencia tuvo! ¡A quién podía ocurrírsele que viniera nadie a Sevilla en este tiempo! Cogió un periódico y empezó a hojearlo. Leyó unos artículos largos sobre administración. Eran cuentas del Estado, que no resultaban muy claras, según el articulista. Se interesó en el asunto. Después arrojó el periódico con gran desdén. Al artículo le faltaban datos concretos, estadísticas. Sin estadísticas no era posible hablar de administración. Pero, decididamente, aquel que estaba sentado allí era su amigo. ¡Cómo se le parecía! Recordó más tarde que su amigo no

era tan grueso, ni usaba bigotes... Pero, se parecían, se parecían de todas maneras.

La hora del almuerzo llegó. Bright volvió a subir las escaleras y entró en su cuarto. Al cabo de cierto tiempo pareció recordar algo y bajó al comedor. Estaba desesperado.

Poco antes de las cinco llegaron sus amigos. Venían a invitarle, Bright se excusó primero de asistir pensando en su cita, pero los amigos no podían insistir con más afecto. Se trataba sólo de pasar un rato juntos. Mr. Bright los tenía olvidados. Además, se le necesitaba para inaugurar un nuevo sitio pintoresco que se llamaba nada menos que LIVERPOOL. Bright no podía faltar tratándose de ese homenaje. Era cuestión nacional. Bright se excusaba sonriendo, agradecido a las bromas cariñosas de sus amigos. Efectivamente, el gran puerto lo merecía todo. Ofrecía, desde luego, su entusiasmo por la causa. Y hasta les acompañaría un rato —rectificó de pronto, sin darse cuenta—. En realidad, por lo que le contaban, la taberna debía estar muy próxima. La cita, además, era a las seis y media. Podía pasar una hora en compañía de sus amigos. Recordaba, también, su tristeza de aquel día, su humor, su desaliento. Sin duda alguna le convenía aquel rato. Salió gozoso del hotel, dispuesto a ahuyentar su melancolía. Pero, a los pocos pasos, tuvo un encuentro enojoso. Saludó al vizconde de Hacha que, por lo visto, estaba esperándoles en la calle. Bright dijo dos o tres frases de cortesía y el otro se excusó de no haber entrado. Se había detenido hablando con un amigo. Siguieron juntos, a pie, camino de los muelles. Bright estaba desconcertado con el encuentro. Desde la escena del duelo apenas se habían visto. Cambiaban un saludo muy ligero, de pura fórmula, casi sin mirarse. No es que Bright le guardase rencor, pero, últimamente, el asunto de Isabel los separaba irremediablemente. Bright sospechaba la enemistad del vizconde. ¿Es que ahora iba a olvidarse todo, entre los amigos, a borrarse la antigua huella? Mejor era así. Bright se sintió aliviado.

Llegaron a la taberna. LIVERPOOL, ese amplio nombre de grandezas, no cubría, por el momento, sino una cueva inmunda, la clásica taberna de puerto de mar, de río en este caso, donde se expende principalmente ginebra y tabaco de contrabando. Ofrecía, sin embargo, ésta de ahora, ciertas innovaciones notables: un salón espacioso para beber y bailar; salas, más reducidas, para jugar y perder; y, por último, como término de tantos afanes, unas alcobas misteriosas para dormir y descansar, amén de interioridades. Todo este sistema exigía una especial organización. Dentro de la unidad que representaba, como símbolo inmutable, el nombre glorioso del gran puerto; cada departamento, llamémoslo así, conservaba su vida autónoma, su conducta o costumbre, el culto a su índole, si bien la mutua dependencia se regulaba por los altos intereses de la comunidad. Materialmente estaban asimismo separados. Una puerta, hábilmente trazada, comunicaba la taberna propiamente dicha con los lugares de recreo. Para llegar hasta éstos era preciso atravesar todo el salón, a través de mesas y de mostradores, sufriendo de continuo la múltiple tentación de las botellas. Pero, si hábil y disimulada era la comunicación de que hablábamos, más intrincada y laboriosa se presentaba la que unía los lugares de recreo con los más íntimos rincones de la casa. Las alcobas habían de buscarse por el oscuro pasillo, torciendo infinidad de veces la dirección de los pasos, abriendo y cerrando puertas, marchando otra vez por las sombras de un inmenso cuarto desierto, resto de almacén, desembocando, por último, en un patio interior de servicio, de tan penetrante humedad, que desvanecía por momentos los sentidos, haciendo buscar el apoyo de la escalera, estrecha y quejumbrosa, que conducía a las habitaciones superiores. Dentro de los cuartos, la miseria no se mostraba por sus jirones, sino por la más fría desnudez y desamparo.

Esta era la parte del negocio que regentaba la Joaquina. De la taberna y el juego cuidaba, alternativamente, el propio amo. Se había reservado, para estos dos delicados compo-

nentes del negocio, los privilegios de su inspección personal. Al principio fue él solo quien asumió la total dirección del establecimiento, complicado mecanismo que, por sus diversos engranajes, no podía atender como debiera. Así lo comprendió al cabo de algún tiempo y se decidió a segregar del cuerpo común, aunque siempre dependiente, el factor más ingrato del negocio, las mujeres, que encomendó a la sabia tutela de Joaquina, reservándose, en todo caso, la más suprema de las inspecciones. En cuanto a la clientela, constante y rumbosa, se la surtían los muelles inmediatos, los barcos cansados y silenciosos que remontaban el río, el indudable incremento del puerto sevillano, el Guadalquivir, padre de todo progreso, y la policía. Todo estaba previsto de antemano, con ese atinado orden que requieren siempre las difíciles especulaciones. En cuanto al nombre, surgió, naturalmente, como síntesis de aquel mundo diverso, de diversas radas, de alineadas bahías para refugio y seguridad de los viajeros. Era, además, un nombre evocador. LIVERPOOL, ya que no rico y potente como su homónimo, bien podía pasar, a poco que se meditara, por una indudable predilección de los marinos.

Los amigos entraron en la taberna, hundiéndose poco a poco por la ancha escalera que conducía al salón subterráneo desde la calle. Para mayor confusión en la topografía, los dos primeros departamentos —así los hemos llamado— se asentaban sobre un plano que había más tarde que rectificar, con nuevos escalones ascendentes, al entrar en los dominios de Joaquina.

Atravesaron el salón, y Arolas se separó un momento del grupo para hablar con el mozo, que sustituía al dueño a aquellas horas. La taberna se animaba sólo por las noches. Durante las horas del día permanecía callada, con su piso recién humedecido, como un rincón de apetitosa sombra frente a la violenta claridad del río. Los amigos penetraron por la puerta misteriosa en un largo pasillo, y de allí, a una de las habitaciones, la más espaciosa, completamente a oscuras. Hubo necesidad de encender el carburo, que lanzó

sus resplandores lívidos sobre las paredes, sobre la estera usada y retorcida, sobre el techo recién pintado. Se mezclaba el olor de la lámpara con el de la pintura fresca, de acre y voluptuoso perfume, despertando recuerdos inverosímiles, de confusa definición.

Sentáronse alrededor de una mesa, nerviosos, contrariados, y pidieron un par de botellas. Todos sentían una sed imperiosa. Vino, vino es lo que hacía falta. Hasta el mismo Bright confesaba su sed; ahora, que no se explicaba la eficacia del vino. Hubiera pedido otra cosa.

Trajeron las botellas. El vizconde se entretuvo en abrirlas, despidiendo al mozo, mientras Arolas desaparecía por el pasillo cerrando la puerta del cuarto. Empezaron a beber. Cuando Arolas volvió, de las dos botellas en pie sólo quedaba una. La otra rodaba vacía por la mesa, como un ahogado sobre las olas. Arolas volvía contento. Bright bebía un vaso de agua con unas gotas de vino. El vino solo le irritaba. Hacía demasiado calor. Los otros pidieron más bebida, con un afán precipitado de alegrarse. El marqués protestaba de aquel modo de beber sin medida y sin tino. ¿Y las mujeres? Las mujeres vendrían ahora, se estaban arreglando.

—Por supuesto —explicaba Arolas—, no hay que esperar grandes mujeres. ¡La verdad es que el sitio!...

Morales creía lo mismo y daba vueltas con la mirada a la habitación, comprobando la calidad del lugar.

—Esto es horrible —afirmó el marqués.

—No tanto —exclamó Morales, en quien el vino empezaba a hacer efecto—. En estos sitios, a veces, se suelen encontrar grandes cosas. ¿No es así, Paco? —concluyó, haciendo un guiño.

—Veo que tú sabes distinguir —contestó Arolas—. Las mejores mujeres de Sevilla me las he encontrado yo en estos sitios.

—Me parece que exageras —sugirió el marqués.

—Nada de eso. Tú no sabes de estas cosas. Hay muchas mujeres que vienen aquí precisamente porque a nadie se le

ocurriría pensar que pudieran venir. Estos sitios son la mejor garantía para las casadas, para las comprometidas.

—Ninguna mujer casada es capaz de venir aquí —aseguró el marqués.

—¿Ninguna?

Arolas bajó la voz:

—Hay una esta tarde.

Morales y el vizconde soltaron la carcajada. El marqués los miró desdeñosamente, sin comprender la causa de la risa.

—Este es un sitio miserable —dijo—. Lo que venga aquí es de lo último.

Bright estaba disgustado. Sentía como un creciente malestar, que le impedía estar contento, alegre, celebrando las risas de sus amigos. Hubiera querido marcharse. Miró el reloj.

—Y hablando de otra cosa —dijo el vizconde, ya calmado, llenando una vez más su vaso—; ¿cómo le va al señor Bright por Sevilla?

—Mister Bright —se apresuró a decir Morales, aunque con cierta dificultad en las palabras—, es un tío con suerte. Me parece que ha encontrado lo suyo.

Bright se ruborizó balbuceando unas palabras.

—¿Es cierto eso, señor Bright? —preguntó el vizconde.

—A mí me han dicho —intervino Paco Arolas—, que se las entiende con una mujer muy guapa. No sé quién es ella.

Bright lo negó. Habíase quedado confuso, aturdido, con aquella conversación inesperada ante el vizconde. El sitio además le repugnaba para hablar de Isabel. Prefería que hablasen de otra cosa. Pero Arolas insistió.

—Y me han contado más —dijo—. Me han dicho que el amigo Bright pela la pava como un buen sevillano.

—Amores honestos —murmuró el marqués, mirando a Mr. Bright.

—No, ahí está lo gracioso —añadió el otro—. La reja es sólo para despistar. Cuando llega cierta hora, el amigo se cuela.

Bright miró a Arolas, indignado, pero se contuvo enseguida. No estaba seguro de haber entendido bien.

—¡Vamos! —intervino Morales, atragantándose—. ¡Dejar en paz a Mr. Bright! Cada uno hace lo que puede.

El vizconde bebía en silencio. Poco a poco se le iba oscureciendo el semblante, tomando una expresión rencorosa.

—Creo que a mí me han contado también —dijo al cabo de un momento— algo de esa aventura de Mr. Bright. Parece ser que se trata de una muchacha conocida, que estuvo a punto de casarse. ¡El novio debe ser un imbécil! —concluyó, con una rabia taciturna.

—Pues según mis noticias —dijo a su vez Arolas—, no se trata de una muchacha, sino de una mujer hecha y derecha. Parece ser que le gustaba mucho a uno de los amigos de Bright, pero éste se le adelantó. ¡Esto le pasó al amigo por fiarse demasiado!

El marqués entendía ahora. Recordaba aquella escena de la reja, en casa de Asunción, que tan buen rato le había hecho pasar; aquellas escenas más lejanas del duelo, de los preparativos. ¡Todo había pasado ya! Pronto arreciaría el verano y se dispersarían los amigos; acaso alguno no llegara al otoño. El era el más viejo. Llenó su vaso y bebió. Morales dormitaba sobre la mesa.

—¡Un imbécil! —repetía el vizconde, como hablando consigo mismo.

Después empezó a reír y a empujar la mesa sobre el marqués. Morales levantó la cabeza.

—Me parece que oigo pasos —dijo.

—Silencio, señores —pidió Arolas.

Se oyó al fondo del pasillo el ruido de una puerta al cerrarse.

—Son las mujeres —dijo—. Vamos a sorprenderlas.

Y abrió de un golpe la puerta del cuarto. Todos miraron al pasillo. Victoria se detuvo sorprendida. Bright se levantó de un salto del asiento y quedóse en pie, inmóvil, profundamente pálido. Victoria entró apresuradamente en la habitación, pero se contuvo a los pocos pasos y dijo con mucha calma, volviendo la cabeza hacia Joaquina:

—¿Qué significa esto?

Joaquina bajó la cabeza y desapareció. Victoria, entonces, se dirigió a los amigos:

—¿Qué significa esto? —volvió a preguntar serenamente.

—Esto significa —dijo Arolas, rompiendo el silencio—, que vas a beberte una copa con nosotros.

Victoria lo miró con extrañeza. Luego fijó la vista en Mr. Bright. Bright la miraba asombrado, como un loco, con una mirada desorbitada y quieta.

El vizconde se levantó tambaleándose, con un vaso en la mano.

—¡Oye tú! —dijo a Arolas, con voz de mando—. ¡Que yo no tolero que nadie ofrezca nada a mi mujer!

Victoria no lo oía. Habíase quedado a la entrada del cuarto, como hipnotizada, pendiente de los ojos de Bright. Empezaba a comprender aquella mirada angustiosa, de alarma. El vizconde se le acercó y le puso una mano en el hombro. Victoria no se movió. Bright la miraba siempre, como un obsesionado. Su semblante era ya lívido, desencajado, perdida toda la expresión a fuerza de sufrimiento.

—Bébetelo —le ofreció Manolo, cogiéndola por un brazo.

Victoria se estremeció.

—Anda, bébetelo —insistió el vizconde apretándole un brazo.

—¡Suéltala! —dijo de pronto Mr. Bright.

Todos se volvieron sorprendidos. El vizconde no podía creer lo que oía.

—¿Qué ha dicho? —preguntó asombrado, sin soltar a Victoria.

—¡Suéltala! —repitió Bright con decisión.

Manolo no pudo contener una carcajada a la que hicieron coro los amigos. Sólo el marqués parecía un tanto nervioso.

—¡Oye, tú, inglés de m...! —dijo luego el vizconde, poniéndose serio y con un tono de gran soberbia—. Yo hago lo que me da la gana. ¿Te enteras?

Bright dio un paso atrás y sacó una pistola.

—¡Suéltala! —dijo, esta vez apuntando al vizconde.

Todos retrocedieron asustados. Manolo no se movió. Su cara reflejaba por momentos una indignación creciente y, de pronto, en un ímpetu salvaje, como un animal furioso, cogió a Victoria por el cuello, la atenazó con sus dedos y dijo a gritos, zarandeándola:

—¡Fíjate, fíjate bien! ¡A pesar de todo, de ti, de tu pistola, la cojo y la abrazo y la beso y hago con ella lo que me da la gana porque para eso es una...!

Bright disparó. El vizconde soltó a Victoria, fue a apoyarse en la mesa y cayó de rodillas en el suelo, con los ojos muy abiertos. Victoria, despavorida, como dándose cuenta, al fin, de lo que pasaba, corrió a Mr. Bright, lo cogió por una mano y lo arrastró al pasillo.

—¡Corre! —dijo precipitadamente.

Y sin soltarlo, se precipitó hacia la puerta que comunicaba con la taberna. La abrió con la misma carrera, empujándola con el cuerpo, atravesó como en un vuelo la taberna vacía, subió los escalones y se lanzó a la calle. Corría hacia Triana, hacia su barrio, siguiendo el pretil del paseo, a lo largo del río. Corría mucho, mucho. La mano de Bright se aflojó. Victoria quiso animarlo, volviendo la cabeza. Bright cayó junto al muro.

IX

—No hemos de olvidar —resumió Alvaro, terminando su relato— que la vida de Bright carece, como decía, de determinado heroísmo, de verdadera historia. Lo dije con anterioridad, pero he de insistir de nuevo sobre este punto, tan importante en la vida de nuestro amigo. Bright no se supera nunca. Cuando más tenaz vemos su esfuerzo, cuando adivinamos su personalidad, vacilante, en vísperas de una decisión, cuando sus facultades todas están preparadas, dispuestas para el camino, la fatalidad, esa vieja enemiga que jamás lo abandona, le sale al paso, lo detiene y lo disminuye. Bright, carne hecha espíritu, alcanza quizá sus goces; pero Bright, carne hecha de carne dolorida, fracasa y muere. La tierra, suelo histórico, no puede recoger sus frutos; son frutos perdidos, abstracciones, pensamientos, a lo más, que se pierden impalpables en la confusa vorágine del mundo.

—No tendré, por lo tanto, necesidad de explicar —añadió— el por qué la última de sus aventuras no tuvo ninguna consecuencia. Baste decir que no pasó absolutamente nada. O, dicho en otros términos, se echó al asunto la consabida tierra y se evitó el escándalo indudable, que tanto temía el marqués. El herido, por lo demás, curó bien pronto. La bala, a través de la pierna, había encontrado un camino llano, abierto, sin obstáculos alarmantes. El vizconde mismo lo comprobó, pasados los primeros momentos, al examinarse la herida, después del estupor causado por la escena.

—Sólo Bright quedó mal parado. Fue trasladado al hotel por los mismos amigos, que habían salido de la taberna,

persiguiéndole. Lo llevaron en coche, lo instalaron en su cuarto y lo acostaron. Bright continuaba desvanecido. Al cuarto día se agravó. Los amigos tuvieron, aún, más atenciones con él. Gracias a sus influencias con el gerente, Victoria pudo entrar todas las noches en el cuarto de Bright, a altas horas, cuando los demás huéspedes dormían. Bright murió al noveno día, en una madrugada sin fin del mes de julio.

—Su entierro fue solemne. La estación no se prestaba a una "nutrida manifestación de duelo", como escribieron los periódicos, pero puede decirse que cuantas personas de viso, de posición o de nombre se encontraban entonces en Sevilla, acudieron espontáneamente a la ceremonia y acompañaron conmovidos el último paseo de Bright, cuya popularidad era grande y merecida. Está enterrado en el cementerio de San Fernando, en su parte nueva. Lo cubre una lápida sencilla, con unas iniciales y una fecha. Junto a la lápida crece un romero perenne y oloroso.

* * *

Alvaro terminó su relato. Mr. Eales disimulaba su evidente turbación tosiendo fingidamente, con un pañuelo sobre la boca. Pareció muy interesado durante el curso de la narración. Aunque le quedaba por satisfacer una curiosidad.

—¿Y la señorita Isabel? —preguntó—. ¿Qué se hizo de ella?

—Para consternación de sus amigos —le respondió Alvaro—, la señorita Isabel abandonó a su marido a los pocos meses de casada. Claro está que Manolo era un salvaje, pero la decisión de Isabel, si es que la hubo, debió ser más sensata, más en armonía con sus costumbres y hasta con su nombre. Hoy está dedicada a una vida licenciosa, pública, de continuo escándalo, que hace estremecer en sus cimientos las venerables tradiciones de la sociedad española. La vi, la última vez, en Madrid, el pasado otoño, en compañía de Victoria. El destino, por lo visto, las unió. Recordé mucho a Mister Bright. Efectivamente, el parecido era notable. Juntas las dos, formaban el amor unificado de Bright, esa

vieja unión del alma y la materia, suprema expresión de belleza, que tanto ha perseguido el mundo a través de su arte y de sus filósofos. Ahora que, en el caso presente, hubiera sido difícil una acertada distribución de símbolos. ¿Victoria? ¿Isabel? Las dos vivían en el alma de Bright, inseparables. ¿Para qué separarlas nosotros? Bright —esto es lo único cierto— era un gran corazón.

—Era un buen inglés —afirmó Mr. Eales.

—¡Oh, no! —protestó Alvaro alarmado—. ¡Era todo, menos un inglés! Bright es el hombre de instintos, poco intelectual, atento siempre a la corazonada. No hay un cálculo en toda su vida. Su función cerebral es, también, pobre, de escasa aplicación. Bright es el hombre sentimental, enemigo de toda inteligencia. Casi no pertenece a una comunidad de hombres. Nos parece extranjero, porque lo vemos desenvolver su vida en un medio bien acusado, Sevilla, y en tal ambiente, sus costumbres, sus palabras, y hasta sus mismos gestos, han de destacarse más. Pero, en el fondo, Bright no es inglés, ni español; es el pobre diablo, el paria, el hombre sin tierra y sin amigos, sin patria y sin mundo; el hombre inepto, inútil, incapaz de servir para nada.

La conversación terminó. Salimos a la calle. La nieve había cesado de caer y el viento soplaba ahora por la plaza desierta, silenciosa, llevándose las últimas hojas de los árboles.

—Propongo —dijo Mr. Eales mientras andábamos, insinuándonos tímidamente su estado de ánimo, oprimido por la conversación— irnos ahora a un teatro alegre del West End, a cualquiera de ellos.

—Son las ocho —objetó Alvaro—. No tendremos tiempo si cenamos.

—Propongo el teatro —repitió Eales—. Cenaremos después.

Frente a nosotros se prolongaba la perspectiva eléctrica de Regent Street. Nos lanzamos decididos al mar de luz, en dirección al teatro.

—Bright —volvió a decir Mr. Eales al cabo de un momento, como exteriorizando el resumen de sus impresiones— tuvo gran parte de culpa en su fin desdichado. Aquella vida suya de desorden, su afán constante de aventuras, su afición a conocer gentes de toda clase, su misma pereza, su despreocupación por todo, hasta por su propia salud, su falta de ocupación en algo serio, su ir y venir inconsciente por la vida, no podían conducirle a otro destino que a aquél tan lamentable de su muerte.

En realidad, lo que deseaba Mr. Eales era mostrarnos las excelencias de su vida ordenada, quieta, consagrada por entero al trabajo, al cuidado solícito de su consulado, pendiente de los negocios del Imperio, encerrado en un celibato prudente, que no agriaba —¡al contrario!— su carácter. Y mientras hablaba, Alvaro, cultivador eterno de la síntesis, creyó encontrar en las palabras de Eales como una especie de admiración, de velado entusiasmo, hacia la vida apasionada y ciega de Mr. Bright.

FIN

Montaña de los Lirios
Gran Canaria, 1923

Jorge Rodríguez Padrón (Las Palmas, 1943), es Licenciado y Doctor en Filosofía y Letras y Periodista. Actualmente reside en Madrid donde ejerce como Catedrático de Literatura. Su labor literaria se ha centrado en la crítica literaria, dedicando especial atención al estudio de escritores canarios e hispanoamericanos. Sus principales publicaciones son: *Domingo Rivero, poeta del cuerpo* (Madrid, 1967), *Tres poetas contemporáneos: Valéry, Pavese, Paz* (Las Palmas, 1973), *Octavio Paz* (Madrid, 1976), que fue el primer ensayo de conjunto sobre el poeta mexicano publicado en España, *Antología de Poesía Hispanoamericana 1915-1980* (Madrid, 1984) y *Una aproximación a la nueva narrativa de Canarias* (Tenerife, 1985), que mereció el Premio de erudición "Viera y Clavijo" del Cabildo Insular de Gran Canaria.

Ha publicado, a su vez, numerosos artículos en la prensa local y nacional y en revistas especializadas españolas e hispanoamericanas, y ha preparado diversas ediciones de títulos de la literatura canaria e hispanoamericana, como *El paraíso de los nudos*, de Agustín Millares Sall (Las Palmas, 1980); *Guad*, de Alfonso García Ramos (Tenerife, 1983); *Fetasa*, de Isaac de Vega (Tenerife, 1984), y *El tamaño del infierno*, de Arturo Azuela (Madrid, 1985).

Claudio de la Torre nació en Las Palmas (1895) y murió en Madrid (1973), ciudad esta última en donde residió la mayor parte de su vida. Hizo estudios primarios en su ciudad natal y se trasladó a Londres para completar su

formación e iniciar una carrera universitaria. Ante el comienzo de la guerra europea (1914), se ve obligado a regresar a España. Estudia entonces Derecho, en la Universidad de Sevilla, obteniendo la Licenciatura en 1920.

Pronto se establece en Madrid y se integra en los movimientos literarios más significativos del primer cuarto de siglo. Publica entonces *En la vida del Sr. Alegre* (1924) y estrena su primera pieza teatral, *Tic-tac*. Colabora activamente en las publicaciones literarias de las islas, identificándose con los propósitos de la denominada generación de intelectuales (*Alonso Quesada*, Saulo Torón, Fernando González, Pedro Perdomo Acedo, Agustín Millares Carlo...). Y en los primeros años treinta se traslada a París donde trabaja como director cinematográfico en los estudios franceses de la Paramount.

Fue galardonado, en tres ocasiones, con el Premio Nacional de Literatura, y le fueron concedidos también los premios Ciudad de Barcelona, y Piquer y Alvarez Quintero, de la Real Academia Española.



Biblioteca Básica Canaria

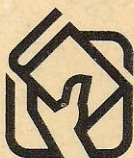
1. *Historia de la Literatura Canaria*: María Rosa Alonso Rodríguez.
2. *Romancero Tradicional Canario*: Maximiano Trapero.
3. *Lírica Tradicional Canaria*: Maximiano Trapero.
4. B. CAIRASCO DE FIGUEROA: *Antología*.
5. Antonio DE VIANA: *Antigüedades de las Islas Canarias*.
6. Silvestre DE BALBOA: *Espejo de paciencia*.
7. Fr. Andrés DE ABREU: *La vida de San Francisco*.
8. Cristóbal DEL HOYO, Vizconde de Buen Paso: *Carta de Madrid*.
9. José DE VIERA Y CLAVIJO: *Historia de Canarias*.
10. José CLAVIJO Y FAJARDO: *El pensador*.
11. Tomás DE IRIARTE: *Fábulas*.
12. Nicolás ESTÉVANEZ: *Mis memorias*.
13. Benito PEREZ GALDÓS: *La Fontana de Oro*.
14. Luis y Agustín MILLARES CUBAS: *Antología de cuentos*.
15. Benito PÉREZ ARMAS: *La vida, juego de naipes*.
16. Angel GUERRA: *La Lapa y otros cuentos*.
17. *Ensayistas canarios*: Alfonso Armas Ayala.
18. Miguel SARMIENTO: *Obra narrativa (Antología)*.
19. Domingo RIVERO: *Obra Completa*.
20. *Antología de la Poesía de finales del siglo XIX*: María Rosa Alonso Rodríguez.

21. Manuel VERDUGO: *Obra poética*.
22. Tomás MORALES: *Las Rosas de Hércules*.
23. Alonso QUESADA: *Insulario (Verso y Prosa)*.
24. Saulo TORÓN: *El caracol encantado y otros poemas*.
25. Francisco IZQUIERDO: *Medallas y otros poemas*.
26. Claudio DE LA TORRE: *En la vida del señor Alegre*.
27. Emeterio GUTIÉRREZ ALBELO: *Enigma del invitado, Romanticismo y cuenta nueva y Campanario de primavera*.
28. Fernando GONZÁLEZ: *Obra poética*.
29. Agustín ESPINOSA: *Lancelot, Media hora jugando a los dados y Crimen*.
30. Josefina DE LA TORRE: *Antología*.
31. Domingo LÓPEZ TORRES: *Obra Completa*.
32. Pedro GARCÍA CABRERA: *Entre cuatro paredes, Transparencias fugadas y Dársena con despertadores*.
33. Pedro PERDOMO ACEDO: *Antología*.
34. Pedro LEZCANO: *Paloma o Herramienta*.
35. Agustín MILLARES SALL: *La palabra o la vida (Obra poética)*.
36. Félix CASANOVA DE AYALA: *Poesía*.
37. Manuel PADORNO: *Obra poética*.
38. Arturo MACCANTI: *El eco de un eco de un eco del resplandor (Obra poética)*.
39. Luis FERIA: *No menor que el vacío*.
40. Justo JORGE PADRÓN: *Antología poética 1971-1988*.
41. Lázaro SANTANA: *Obra poética*.
42. Eugenio PADORNO: *Teoría de una experiencia (Obra poética 1964-1988)*.

43. Juan JIMÉNEZ: *Itinerario en contra (Obra poética 1961-1975)*.
44. Isaac DE VEGA: *Fetasa*.
45. Rafael AROZARENA: *Mararía*.
46. Alfonso GARCÍA RAMOS: *Guad*.
47. Juan Manuel GARCÍA RAMOS: *Malaquita*.
48. J. J. ARMAS MARCELO: *El árbol del bien y del mal*.
49. Luis LEÓN BARRETO: *Las espiritistas de Telde*.
50. Juan CRUZ RUIZ: *Crónica de la nada hecha pedazos*.
51. Luis ALEMANY: *Los puercos de Circe*.
52. Nivaria TEJERA: *El barranco*.
53. Víctor RAMÍREZ: *Cada cual arrastra su sombra*.

Se acabó de imprimir
el día 22 de marzo de 1989,
en los talleres de
MARIAR, S. A.,
de Madrid.

En la vida del Sr. Alegre nos cuenta la peripecia de un individuo singular en un mundo extraño para él; pero a causa de la relativa proximidad histórica entre los sucesos y el relato de los mismos, lo que en aquélla encuentra el autor es a sí mismo reflejado en el espejo de su pintoresco protagonista.



Biblioteca Básica Canaria



VICECONSEJERIA DE CULTURA Y DEPORTES
GOBIERNO DE CANARIAS

socadem